



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Anón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Irujo, Arizaga, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Ceste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Callanque, Dacarrete, Díaz José María, Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguíluz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figuerola (Angustio Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renté, Güelvenza, Guerrero, Incenga, Hartenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guíjarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Marios, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mané y Flaquer, Merello, Montesinos, Molins, Marqués de, Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgá, Ortiz de Pinedo, Olzaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poesy, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Riera, Riera, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ros y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarrinaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velaz de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Julio de 1881.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moya.—La comunicacion como fórmula del progreso comercial, por D. Julio Domingo Bazan.—La peor prostitucion, por D. Manuel Prieto y Prieto.—Rusia, Pablo I, por D. Eusebio Asquerino.—Ligeras observaciones sobre los acentos de nuestro idioma, por D. Antonio M. Duimovich.—Biografía: Don Manuel Carpio, por D. Bernardo Couto.—República argentina, por D. Héctor Florencio Varela.—Las ciencias positivas en Calderon de la Barca, por D. José Grinda.—El murciélago, por don Camilo A. Echevarría.—La madre de Cecilia Acosta, por D. Héctor Florencio Varela.—Secuestro de dos súbditos ingleses, por D. Julian Zugasti.—Suelto.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Para excitar la envidia del calor y vengarnos así de sus rigores, hagamos la apología del deseo. Es del color del oro, ha inventado el porvenir y acaba de darnos prueba indudable de cómo adelanta en sus conquistas. Hemos convenido en que la gente emigra de Madrid por romper la monotonía, y ya sabemos que no es así. Necesitaríamos para decirlo, los teatros abiertos, las tiendas concurridísimas, las aceras intransitables y el paraguas bajo el brazo, y en cambio se nos ofrecen de continuo las calles desiertas, las fondas cerradas, los cafés restaurándose, ni más ni menos que si fuesen monumentos nacionales, y en moda los vestidos de gasa color lila pálido, que de las oscuridades del Prado han menester para salir de paseo. Hay más. Madrid no cesa de presentarnos sorpresas de gran efecto.

Para los aficionados á la tragedia, cientos de cadáveres con piel de distinto color, que un día antes ladraban contra los bandos del municipio; para los melancólicos, la fuente de la Puerta del Sol, el baño de los Jerónimos y las mangas de riego, mucha agua; para los que se aburren, el Retiro con chocolate y mogicon de día, y con música y cuerpo de coros por la noche.

La fiesta del 14 de Julio se ha celebrado este año en París con suntuosidad extraordinaria. En las calles se veían decoraciones espléndidas, arcos, estatuas, telas riquísimas. La muchedumbre lo invadía todo. Las iluminaciones del bosque de Bolonia, de los Campos Elíseos y de la plaza de la Concordia, ofrecían un espectáculo variadísimo, admirable, deslumbrador. Y sin embargo, en aquel concierto de tantas voluntades dos notas sonaron

más altas que otra alguna. El culto al orden, el cariño ciego por la democracia.

Muy otras de estas escenas, trazadas por el entusiasmo con el visto bueno de la cultura, han sido las que Roma acaba de presenciarse. Al ser trasladado el cadáver de Pio IX, en la noche del día 12, á la iglesia de San Lorenzo, su última y definitiva morada fúnebre, según la disposición testamentaria del Pontífice difunto, ocurrieron disturbios de que han dado cuenta los telegramas y las cartas de la Ciudad Eterna, y que el espacio no nos consiente describir con minuciosidad. Si hay motivo para culpar á alguien por los sucesos, no es ciertamente al Gobierno italiano. A los gritos de una muchedumbre cubierta de harapos, ni republicana ni teocrática, dispuesta á improvisar ovaciones y á producir escándalos, dieron ocasion las imprudentes manifestaciones de los socios de la Juventud Católica, que deseaban, sin duda, aprovechar un momento solemne para hacer publicos votos por el poder temporal del papa y protestar contra la unidad de Italia y contra el Gobierno italiano.

Dejemos que los ultramontanos de todas partes protesten, y que en España se escriban pastorales que más parecen órdenes del día del cuartel general de un ejército en el campo de batalla. De la última notable Encíclica de Su Santidad Leon XIII, se ha salvado la civilizacion moderna. De las imprudencias de los ultramontanos, forzoso es que alguien nos salve.

Paul de Saint-Victor, el ilustre crítico francés cuyas obras de eternal juventud tanto se admiran, el sustituto dignísimo de Gautier, el autor inspirado de *Hommes et Dieux* y los *Deux Masques*, ha muerto en París cuando todavía podían esperarse valiosísimos frutos de su ingenio. Además de ser literato eminente, era un hombre bueno. Su talento le conquistaba la admiracion de cuantos le leían; su carácter afable, el cariño de cuantos le trataban.

El estilo de Saint-Victor es primoroso y fácil. Su erudicion, variada y amena. Los pensamientos delicados, las frases bellísimas abundan en sus escritos como en el campo las flores cuando Mayo llega. Nada hay en él que pueda atribuirse al rebuscamiento ó á la pedantería. Amaba los sublimes atrevimientos del romanticismo, pero sin olvidar por eso el culto de la antigüedad clásica. Tiene la pasion de todo lo grande. Estudia á Esquilo, á Homero, á Shakespeare; se apropia su manera de ser, los admira, los retrata y los juzga luego.

Puede decirse de él que hablaba como Tácito y cincelaba como Juvenal.

A pesar de esto, no era Académico. Enorgullecámonos. En España le habria sucedido lo mismo.

**

La respuesta dada por el Gobierno francés á la nota del Ministerio español sobre los sucesos de Orán, ha llegado ya. No conocemos exactamente sus términos; pero no se niega á reparar los perjuicios causados á los colonos españoles de Argelia por la ferocidad de Abu-Hamema.

España tenia derecho en este asunto á reclamar de Francia que castigase á los rebeldes, y el Gobierno francés se prepara á castigarlos, para lo cual ha enviado á Argelia al general Saussier, que organiza en estos momentos una campaña activa contra las tribus del Sur. Nuestro Gobierno podria tambien exigir de Francia, que castigara á las autoridades militares que, con su falta de celo, dejaron en miserable abandono y á merced de los rebeldes, á nuestros compatriotas de Orán. Antes de que España las formulase, ambas reclamaciones han sido satisfechas. Aquella, mediante los preparativos que se hacen en la colonia y que empezarán á ejecutarse cuando venga la estacion de las lluvias; esta última, por la destitucion decretada ya de los jefes militares más caracterizados.

Quedaba un tercer punto pendiente y de ese se ocupa la nota de Francia.

Mr. de Saint-Hilaire ofrece en ella compensaciones, reparacion de daños y no indemnizacion, porque en los casos de fuerza mayor el derecho internacional no la admite, ni las prácticas de la diplomacia la han sancionado nunca. Pero esas compensaciones se relacionan con otras, á que el Gobierno español cree tener derecho en nombre de sus nacionales, y por esto continuará el asunto debatiéndose y gestionándose, hasta llegar, todo permítase esperar, á un acuerdo definitivo y satisfactorio, que estreche los vínculos de amistad entre ambos países.

La sensatez ha podido más que el motin del egoismo.

**

Ante la proximidad de las elecciones para diputados á Córtes, la junta directiva del partido democrático-progresista se ha creído obligada á decir al país en un notable manifiesto cuál es su actitud enfrente del actual Gobierno y qué es lo que espera de la lucha que en los comicios se avecina.

En el primer punto, la junta del partido democrático-progresista se ha mostrado tan enérgica como digna; en el segundo, no menos resignada que entusiasta y valiente.

O el Gobierno se detiene, retrocede, y renegando de sus compromisos solemnes, emprende una política igual ó análoga á la funesta del anterior, ó avanza resueltamente por el camino del progreso y de la libertad, consagrando en la ley los derechos que hoy viven tan sólo de su tolerancia, y llega á proponer al país la sustitución de la Constitución doctrinaria vigente por la democrática de 1869, cuyo espíritu invocó repetidamente el partido gobernante por boca de sus más ilustres miembros.

Si lo primero, el partido democrático-progresista abandonaría su actitud de prudente reserva, para adoptar con energía la que los partidos liberales creyeron siempre justa y necesaria en circunstancias extremas, como las que aquella política implicaría. Si lo segundo, también cambiaría de conducta, más para adoptar con toda nobleza la que siempre sostuvo la democracia como única, justa y conveniente.

Si el partido democrático-progresista va á la lucha electoral, á pesar de los grandes obstáculos que se oponen, no es por que confía en el triunfo, sino porque importa mucho que en la tribuna se defienda la causa de la democracia, y es, sobre todo, necesaria á los partidos la intervención directa en la lucha que las amaestra en las lides propias de los pueblos libres, y concentra manteniendo en provechosa actividad, estos poderosos núcleos y centros de atracción y de propaganda, enseñando á todos al propio tiempo á ejercer con perseverancia y con valor el oficio de ciudadanos.

La debilidad, dice la junta directiva del partido democrático-progresista, sería temeraria complacencia, y el alandono punible crimen. Tanta ó más eficacia que los principios y las ideas, para atraer y formar la opinion, tienen los abusos, contra los cuales se levanta enérgica é implacable la acusación de un partido víctima de ellos. Proclamamos, pues, con las naturales reservas, una política de legalidad en que las leyes no sean meras fórmulas escritas, sino garantía positiva y eficaz de los derechos, escudo y abrigo contra todo linaje de injusticias. Es preciso que sepa el país hasta dónde llega la justicia del Gobierno y hasta qué punto sus promesas son falaces ó sinceros sus propósitos de legalidad.

Para los partidos gobernantes el terreno electoral es campo de batalla; para el partido democrático-progresista, campo de maniobras; aquellos, pelean por la precaria dominación del presente; éste, por la conquista segura del porvenir.

**

Desde que hay la posibilidad de contar entre los descubrimientos de este siglo el de vivir sin comer, no hay quien no se entretenga en proyectar nuevos planes de vida para lo futuro. Piensan los gastrónomos en el suicidio; anda desesperado el entusiasmo, buscando la manera de sustituir dignamente los banquetes; calculan los avaros que todas las ganancias podrán ser ahorro; discurren los teólogos acerca del valor de la bienaventuranza que dice el Catecismo gozarán los hambrientos; sonrien llenos de noble satisfacción los maestros de escuela; se han acabado de convencer de que eran sabios los perezosos; lloran su próxima ruina los tenderos de ultramarinos; y los dueños de fondas dudan si dejarse coleta ó emigrar á la luna por si en ella queda todavía alguien que coma.

Una mujer jóven y bonita decia la otra noche á su marido:

—Creo que ahora no te negarás á llevarme á Biarritz ¿Que es caro? Pues bien. Puedes gastarte este verano lo que hubiésemos necesitado para comer este invierno.

Algunas no lo dicen. Pero lo hacen.

**

En la Casa de Campo.

—Le digo á Vd., señora que no se cómo hay quien piensa en salir de Madrid. Mi esposo empuñado en que habíamos de ir á baños minerales, y luego á San Sebastián y despues á París... pero yo se lo he quitado de la cabeza. ¿Salir de Madrid! ¿Y para qué? Para gastarse un dineral y pasar trabajos... De ningún modo.—Yo estoy tan acostumbrada á las comodidades, que solo de pensar en las casas de huéspedes y en los «restaurantes» me pongo mala... Y luego que es lo que yo me digo. ¿Dónde habrá un paisaje como éste ni aunque le busquen en pintura?

—Apuesto que ni Suiza tiene comparación con la Casa de Campo: ¿no cree Vd. lo mismo, señora?

—¡Vaya sí lo creo! Malo dicen que es el verano en Madrid; pero á mi, en dándome mi Casita de Campo por la mañana y mi siestecita de cuatro horas por la tarde, y mi sillita en el Prado hasta las diez de la noche, que no me hablen de San Sebastián, ni de Biarritz, ni de la Granja ni de ningún puerto de mar habido y por haber.

—¡Para eso dicen que toda la gente de la buena sociedad veranea!

—¡Novela!... Sin ir más lejos, sé que no han salido de Madrid, ni piensan salir en todo el verano las de Martínez, las de Pérez, las de Fernández...

—Ni nosotras.

**

En la estacion.

—¿El jefe?

—Ese de los galones dorados en la gorra.

—Señor de jefe... usted dispense... nosotras somos visita de D. Agapito Saldeapuros, que nos recomienda á usted... Si tuviera usted la amabilidad de colocarnos en un sitio cómodo y desahogado... ¿No podríamos ir en berlina?... Traemos billetes de segunda clase, porque ya ve usted, que confundirnos con esa gentuza de bota y botijo... ¡Dios nos libre! ¡Pues digo mis niñas!... ¡Niñas, cuándo acabais de despediros!... Yo no sabia lo que era un tren de recreo; pero ya se ve, las de Dominguez, ¿usted las conocerá? Las hijas del brigadier, que vienen los martes á casa á jugar á las siete y media, ponderaron tanto los viajes de recreo que por probar... Este burdel me sofoca... ¿Pero con quién hablo yo?... ¿Pues no me ha dejado con la palabra en la boca?... ¡Vaya un jefe de estacion! ¡Qué autoridades las de España!... ¡Tratar de esta manera á una señora!... Yo le diré á D. Agapito que tiene un amigo muy soez y muy... Niñas, niñas, ¡ay Dios mio! El tren se va... Subamos aquí... ¿No hay asiento?... En ese otro... Muchas gracias... Siéntate Mariquita... Gracias á Dios que echamos á andar... ¡Ay!... No, no es que me pongo mala es que... he perdido los billetes.

**

La última nota de esta revista va á ser copiada. Sabido es que los árabes tienen decidida afición á las sentencias y á los cuentos. Hé aquí un apólogo muy repetido entre ellos.

Un sábio se embarcó en una lancha para atravesar un ancho río. Al comenzar la navegacion el sábio se dirige al barquero y le dice:

—¿Conoces la historia?

—No.

—Entonces has perdido la mitad de tu vida. ¿Conoces las matemáticas?

—No.

—Pues has perdido las tres cuartas partes de tu vida.

Apenas habia pronunciado el sábio estas palabras, una fuerte ráfaga de viento hizo zozobrar la lancha.

—¿Sabes nadar?—preguntó á su vez el barquero al pobre sábio que hacia esfuerzos desesperados para sostenerse á flote.

—¡Ah! No.

—Pues, entonces, has perdido toda tu vida.

MIGUEL MOYA.

LA COMUNICACION

COMO FÓRMULA DEL PROGRESO COMERCIAL.

Más propio y más seguro para mí habria sido ir á buscar, en vez de la *comunicacion*, cualquiera otra institucion que se rozara de un modo más directo con la Economía política ó con la particular esfera del comercio, ó alguna otra que ofreciera más novedad; pero aunque sea esto cierto, para llegar á otros fines, para alcanzar otras consecuencias, para deducirlas ó inducir leyes ó principios que se relacionen directamente con la vida comercial, es, y será siempre, la base, el fundamento, el nexo, esta idea de la *comunicacion*. Y digo la comunicacion, refiriéndome sie apre á la resultante de las distintas y múltiples relaciones humanas, porque ampliando su sentido encontraremos que la comunicacion es la base de la produccion de la fuerza, base maravillosa y secreto fundamental de toda la creacion. Si se refiere á los astros, es la gravitacion universal, atraccion molecular ó cohesión en los cuerpos; en la inteligencia, lógica, y en los individuos, amor. Y esas atracciones se combinan, y cuando la inteligencia se une al mundo, produce el arte, y cuando se unen el pensamiento y la accion, nace la Historia, y cuando la esencia y la forma se enlazan, se produce la vida. Y de estas atracciones que de comunicacion en comunicacion multiplican los medios que realizan la fórmula superior de la existencia, cuya trabazon marca en el mundo la huella dejada por las generaciones al pasar, aparecen sucesivas y continuas las modificaciones de las ideas preexistentes, combinándolas sin cesar para producir un hecho más perfecto, un ideal más completo, una síntesis más clara y general.

Y nada escapa á esas transformaciones. Comunicacion es vida; vida es armonía; armonía es belleza; belleza es bien que gozamos, y el bien es la más alta aspiracion de los seres, el verbo universal de lo creado.

La palabra *comunicacion*, restringida á las relaciones humanas, puede encerrarse en tres grandes manifestaciones; ó se refiere á un individuo con otro, ó á uno con varios, ó á uno con el total social. En el primer caso le damos el nombre de *obligacion ó contratación*; en el segundo, *asociacion* y en el tercero, *predicacion*.

El organismo humano, tan admirablemente constituido para poder comunicarse, para proyectar en un momento determinado las fa es todas de su individualidad, determina una fuerza imponderable, sea cualquiera el sentido de su accion. Si nosotros observamos de cerca este punto, si analizamos la suma de facultades que la relacion entre dos hombres solamente produce, asombra el resultado que se obtiene, y es tanta y tanto aumenta con el número, que no debemos extrañarnos que llegara un dia en que el coloso de la humanidad se dirigiera al creador preguntándole para qué habia

hecho los mundos y por qué los habia lanzado á rodar bajo sus órbitas.

Estas relaciones tienen una ley que las regula, dígame lo que se quiera en contrario. Esa ley es la libertad. Así que, la vida de la comunicacion no tiene otro límite que la libertad en cada esfera. La coaccion, pues, no debe nacer sino allí donde se perturbe la libertad de cualquiera de ellas. Sólo debe restringirse cuando haya lesion, ora sea para la que produce la relacion, ora para los demás. Este principio es invariable y debe aplicarse á cualquiera de las tres manifestaciones que produce el hecho de la comunicacion, porque así como donde no hay libertad no hay vida posible, porque el fin humano no se cumple, así cuando se abusa de ella tampoco se cumple porque aparece la delincuencia.

¿Y sabeis por qué? Porque la vida no es más que una serie continua de manifestaciones del principio de la libertad. Así, la impresion que en nosotros produce la voz que confirma ó modifica nuestro pensamiento, llega hasta producir esas grandes explosiones sociales que dan por resultado ideales completamente distintos de los que proceden. Sólo por este principio se explica que hayamos llegado al actual momento histórico; sólo así pueden inducirse las leyes que rigen á la sociedad, guiándola á través de todas las ruinas, de todos los obstáculos á su paso acumulados, como la columna de fuego guiaba á la tierra prometida á los hijos de Israel.

¿Cómo no abogar por la libertad de la comunicacion? Nosotros, es cierto, desconocemos aun la verdadera ley de la libertad humana; pero sí sabemos que cuando las manifestaciones de la vida no responden á este principio, cuando se opone por una causa cualquiera á que la libertad no se cumpla, aparecen en el individuo los hechos absurdos, las contradicciones y las antítesis de su vida psicológica, que se llama guerra, tiranía y rebelion. Pero aun estos mismos daños han servido y sirven aun, porque, por desgracia, se manifiestan en la época presente, para producir el bien, para realizar la comunicacion. ¿Cómo, si no, explicar la razon de esos acontecimientos insensatos, de esos duelos, de esas luchas que se han apoderado y apoderan de los cerebros de pueblos enteros, y que llenan la historia, que nace segun el relato bíblico en el regazo de la madre, entre dos hermanos, y despues de asolar la redondez entera la tierra, parece no decir aun la última palabra? De ellas, sin embargo, han surgido las transformaciones, que se llaman Oriente, Grecia, Roma, Cristianismo, Edad Media, Renacimiento, Reforma, Revolucion francesa y Parlamentarismo. En todas ellas aparecen la libertad y el progreso, luchando juntos para alcanzar la unidad que empieza por la familia y concluye por llamarse humanidad. Y si empieza por un motivo exíguo, por una idea mezquina, termina por la conquista de los derechos de la personalidad humana, y si se empieza por matar al vencido sin misericordia, sin nocion alguna de la idea de la piedad, hoy al que sucumbe á nuestra fuerza, continuamos respetándole y le llamamos nuestro hermano.

Pero las guerras se hacen cada dia más difíciles; á esa desviacion de la fuerza le va reemplazando una idea nueva, que, en vez de convertir en negativa la idea de la continuidad, la hace, por el contrario, fecunda, y abre camino al verdadero concepto de la comunicacion. Destruyense las preocupaciones, y si la intolerancia manda los cristianos al circo y mata á los apóstoles del Cristo, y arrastra á Hipatia por orden de San Cirilo, y asesina cobardemente á Giordano Bruno ó á Servet, encierra á Galileo y á tantos y tantos otros hijos del progreso, un dia puede Francklin lanzar al mundo, sin morir, su frase célebre que le ha inmortalizado.

¡Ah señores! con razon pudo decir el físico americano que, al mismo tiempo que el rayo á las nubes, arrebatada el cetro á los tiranos; se inauguraba una nueva época; se apoderaba de los espíritus el principio del libre exámen, que iba á herir la más fuerte de las tiranías, la tiranía política; la más potente de las preocupaciones, la preocupacion religiosa.

Por la tiranía política, los hombres fueron las cosas de los hombres; por la preocupacion religiosa, la humanidad ha detenido su marcha al ver ahogada su libertad. Y las clases directoras del movimiento social al decirse predestinadas, porque siempre en la historia esta idea de la predestinacion ha vivido unida á la idea de soberanía, han usado de la fuerza de los demás hombres, como la inteligencia usa de la materia, para explotarla, y nada más. Por eso los héroes y los primeros conquistadores se titulan hijos de los dioses y forman las primeras aristocracias, que cambian de nombres y de fines al compás de las transformaciones sociales. La dominante en estos tiempos es la aristocracia del dinero, que todo lo puede, relegando á la obediencia y á la pasividad el resto de los hombres.

El rico puede aspirar á todo: el pobre no puede pensar en ello. Pero ha surgido otra nueva, que lucha valerosamente; la aristocracia del talento, la mejor, la más respetable de todas. Esta se encarga de combatir las viejas preocupaciones, arruinando las creencias que paralizan el vuelo del genio humano, y predicando en la medida de la libertad que conquistan la destruccion de las barreras levantadas contra el progreso durante tantos siglos, facilitando la obra de la comunicacion entre

los hombres. De cuando en cuando se oyen ruidos extraños, voces misteriosas que no se sabe de dónde vienen, como ciertos meteoros, que acusan en hervor en el seno de la masa social, y estallan en terribles explosiones, revelando, como los volcanes, la turbulenta ebullición de la masa planetaria, la existencia de vida comprimida hasta el exceso y que termina por rebelarse y por triunfar. Aparecen las revoluciones demolidoras, de incierta marcha, tortuosas como las corrientes mismas de la lava borrando la nueva ola el paso de la anterior, destruyéndose á sí mismas, surco del arado en las arenas de una playa. Pues bien; este es el período que atravesamos, próximo á terminar. Nos encontramos en el momento en que todos los poderes luchan entre sí, en que las preocupaciones todas pugnan por sacar adelante sus derechos; lo hecho hoy, desaparece mañana, y sólo queda flotando sobre este mar embravecido el símbolo de los hombres nuevos, los hijos de los principios de 1789.

Consideraba un momento hace los obstáculos puestos á los reformistas, á los que quieren que la comunicación humana sea una verdad, que han hecho vestir á la europea á los sucesores del Profeta, y roto por mil partes la gran muralla de la China, que desdennan las excomuniones pontificias y las leyes opresoras y pregunto: ¿De quién será el triunfo? ¿Será posible que esos hombres del pasado, sostenidos por los grandes intereses que militan en su favor, escudados por la tradición de la Iglesia que promete á sus adeptos, no sólo los bienes de la tierra, sino los demás allá, armados con el poder de los restos de las dominaciones seculares, arrollen á esos otros hombres del porvenir, que traen como únicas armas la ciencia y la idea transformadora? La duda es insostenible; el triunfo pertenece á los últimos; aquellos luchan con el terror y la desesperación; éstos con la esperanza y con la fé.

Cuando nosotros nos fijamos, por ejemplo, en el pueblo francés y le vemos sometido á la tiranía, primero; rompiendo momentáneamente sus cadenas, para caer despues bajo la dominación de un César sin valor, y llegar por último con lentitud, pero con incontrastable firmeza á la conquista de sus sagrados derechos, tal como se nos presenta en el actual momento histórico, sentimos la evidencia de nuestra anterior afirmación. En los tiempos presentes, Francia y su capital hacen olvidar las miserias de la Europa. Y es que esto es una ley ineluctable de la vida. Cuando un pueblo olvida la fórmula del progreso, cuando resiste á la transformación, cuando se hace refractario, cuando llegado á su mayor grado de esplendor se cree inmortal y se entrega á los vicios y no progresa porque cree el progreso innecesario, ese pueblo muere y le sucede inmediatamente un pueblo nuevo. No lo decimos nosotros, lo dice la historia de la humanidad. Así murió el Egipto de los Saitas; así murió el Oriente de Ciro; la Liga Aquea; Roma, el imperio de Oriente, el Califato, el poder de los pontífices, la monarquía de derecho divino, y todo poder que trate de resistir al movimiento progresivo de la necesidad social. Nos encontramos, como manifestaba poco há, en los momentos críticos en que un ideal desaparece y otro le reemplaza; en el ideal proclamado por la revolución francesa que pide su complemento para armonizar aquellas ideas con nuevas exigencias. Desconocerlo es un absurdo; el hecho se verifica inevitable, fatal y lógicamente, y es imposible soñar con reacciones en ningún orden social. No podemos volver á las intolerancias del siglo XVI; los tiempos han cambiado, el progreso ha roto la traba de las preocupaciones, como el huracán rompe los obstáculos que se oponen á su paso. Decidle á la ciencia que se atengan á las deducciones y á los principios señalados por la Iglesia; se encogerá de hombros desdeñosa. ¿Cómo creer que todo el depósito de ciencia, toda la suma de conocimientos, de martirios, de individuos que han tenido fé en los destinos de la humanidad y demostrado siempre su abnegación, han de quedar sin resultado fecundo, y morir en el olvido? Ciertamente que no.

La Europa, en esta lucha con todos los ideales, parece rechazar los que se indican como expresión de la fórmula nueva, el credo de las nuevas ideas; pero los que las aceptan han ido á civilizar otros países, y hoy se presentan ante el mundo de la historia dos colosos, como se presentaron en la Edad Media el Patriarca de Constantinopla y el Pontífice romano. Ya sabéis lo que pasó; mientras se consumían en Oriente en discusiones tan estériles como inútiles, entraron los turcos y sentaron el estandarte de Mahoma sobre la cúpula de Santa Sofía.

Este carácter polemista parece ser el génio de la Europa; y al paso que aquí continúa la discusión sobre la propiedad, el derecho hereditario, las jerarquías y las limitaciones, la América se va cubriendo de ciudades, multiplicando su riqueza y dispuesta á lanzar el reto á este viejo y ergotista continente. Y la guerra no es ya de lanzas ni de espadas, sino de trabajo, de productos y gastos materiales. La ventaja está de parte de los que han tenido prevision y han creído en el dogma de la libertad, y le mantiene como el único capaz de salvar el mundo.

Yo no sé si la Europa es capaz de regeneración; yo no sé si andando los tiempos está llamada á levantarse contra ese sistema reaccionario; pero si no lo hace, la despoblación primero, y la mise-

ria y la insalubridad despues, serán la consecuencia de su funesta obcecación.

Decía al exponer mi doctrina, que la palabra *comunicación* debía entenderse bajo tres conceptos, y uno de ellos era la comunicación del hombre á la sociedad, á la cual llamaba *predicación*, ó más claramente, libertad de la palabra, libertad de emitir el pensamiento. Me ocuparé sucesivamente de la *asociación* y de la *contratación*, despues de tratar del primer aspecto que acabo de indicar. Y he de insistir un momento sobre estos tres conceptos, porque forman el nexo, la trabazón, por decirlo así, de mi artículo.

Esta misma palabra *libertad*, que para unos es objeto de odio, para otros de espanto y por muy pocos comprendida, amada por mí en el entusiasmo del creyente, es, sin duda, el símbolo de la vida, el principio regenerador de la existencia social. Por ella, por sus manifestaciones ha sido posible avanzar en medio de la ignorancia y la superstición de la Edad Media; ella ha sido la que ha hecho comprender que mucho de lo que se tenía por utópico, absurdo ó imposible, no era sino la consecuencia de un hecho natural; ella la que ha hecho unir en un momento dado las exigencias diversas de la sociedad, mezclándolas entre sí como se confunden en el Océano las aguas de los rios; ella ha hecho posible la conciliación de los elementos opuestos, la que ha dado aliento para destruir las servidumbres que han aparecido en todos los tiempos; que dió inspiración y fuerza á Moisés contra los Faraones, á la Grecia contra la Persia, á Demóstenes contra Filipo, á Sócrates contra la mezquina envidia de sus émulo, á los Macabeos contra Antiocho, á Jesús contra la tiranía de la antigüedad; que nos ha dado el aliento para rechazar la opresión que ahoga nuestra vida, allí y en el momento que se niega; que con la imprenta, que fija en el papel los movimientos todos del espíritu, hemos mostrado al mundo la serie de hombres inmortales, levantándolos en nuestra admiración y gratitud sobre el nivel de los demás; que ha hecho creer en el progreso científico y hemos acortado las distancias; que ha permitido que con la lengua de fuego de su palabra enmuercieran las esfinges, dejando solo á la contemplación del viajero los descifrados monolitos del Carnac; que por ella se ahuyentaron los moradores del Olimpo griego realizando la predicción de Esquilo; que dejaron desierto el Pantheon romano y que destruirá otras creencias más modernas, y que, por último, ha desorganizado todos los restos de dominación para que el hombre y la sociedad se presenten á cumplir desembarazadamente el fin de su destino.

Pero sucede que al par que estos ideales se realizan, se elevan por todas partes voces contra este principio de la libertad del pensamiento, y es que la idea no está aun completamente definida; no se ha prestado bastante consideración á ese principio, que, referido á la creación, es la armonía universal, y con respecto al hombre, exigencia de su naturaleza. El desconocimiento no ha sido fortuito, sino por el contrario, calculado con perfecta prevision por la conveniencia de obrar con arreglo á este fin propuesto; y no he de citar casos ni decir cuál ha sido el proceso contra la libertad del pensamiento, sino explicarlos el por qué. La civilización que hoy tenemos responde á las consecuencias de añejas preocupaciones, modificadas por los hombres de la revolución moderna. Militan entrambos elementos; las exageraciones de los creyentes de las primeras entorpecen por doquier el camino del progreso, y se alzan entonces las protestas de los segundos; como las exageraciones del siglo XVI dieron lugar á la reforma que produjo grandes catástrofes en su lucha con el dogma anterior, decretando aquella intolerancia la célebre guerra de los 30 años. Pues bien; aquella lucha no terminó en la Westfalia, sino que ha continuado hasta hoy sin punto de reposo, pues todas las dificultades de la actualidad parten de aquél hecho perturbador. En la Edad Media el hombre no tenía más misión que empuñar la espada para adquirir la idea de la nacionalidad mientras que en los claustros y en el sòlio de Roma se discutían los problemas sociales y el grado de la libertad humana. Pero sediscutían con un criterio sumamente erróneo en favor siempre de la dominación autoritaria, y al ponerse la intolerancia en abierta oposición con las tendencias progresivas del espíritu, que se manifestaban aisladamente pugnando por darse á conocer, creando nuevos intereses á medida que crecían los adeptos, no comprendieron los doctores y magnates que los tiempos cambian y con ellos las necesidades de la sociedad. De aquí nacieron esas luchas y esas proscripciones en que alternativamente han sido unos los perseguidores y otros los perseguidos, segun la dirección tomada por la fuerza. Estas fluctuaciones han ido á las leyes, y al paso que para unos la libertad del pensamiento debía ocupar en el hecho jurídico el lugar más preferente, para otros se le señalaba un castigo en el Código penal.

Estas contradicciones que yo señalo con dolor, revelando la precipitación en los unos, y en los otros extrema dureza de principios, desde la aparición de los elementos sociales que han contribuido á formar la época presente, tiene que continuar hasta que cese la resistencia y termine la intolerancia por parte de los hombres del pasado. Y acontece que, al compás de las modificaciones de los tiempos y las ideas, esos hombres de ayer, en vez de dejar su puesto, establecen bases más ó menos arbitrarias; haciendo concesiones, ceden más, y

en la imposibilidad de detener el curso de la Historia, visten el ropaje moderno dispuestos á desgarrar sus vestiduras á cada exceso, preparado por ellos muchas veces para defender la idea vieja y cuidar la lámpara vacilante de un sepulcro, en vez de gozar la luz que centellea en el sol de la libertad. Pero la idea nueva avanza majestuosa, se va apoderando de todos los espíritus, y marcha como la locomotora sobre los carriles que señalan su camino.

Los hombres de ayer se apoyan en la revelación para impedir la revolución, y no piensan que esta vive dentro de nosotros, en nuestro cerebro y en nuestro corazón; no quieren comprender que esto es sencillamente absurdo y que hay necesidad de mirar algo más á la tierra y algo menos al cielo. Considerad, pues, qué esfuerzos habrán sido precisos para desviar la actividad humana de la contemplación muda y llevarla á ese movimiento, que es el verbode este siglo, á despecho de la preocupación de tantas generaciones.

Los primeros trabajadores no servían en la India más que de bestias de carga; en Egipto para hacer ladrillos y labrar piedras; en Grecia para los oficios viles, y en Roma para toda profesión no ennoblecida. Poco á poco se fué dignificando, desapareciendo las barreras que les separaban de los hombres libres, como aislaban las castas á los hijos de Brahma, hasta que ha llegado un día, que los productos encerrados, primero en círculos por las fronteras políticas de las naciones, han salido á buscar su cambio entre sí, dando lugar en el orden de la economía política á dos grandes elementos, á dos poderosas escuelas, la proteccionista y el libre cambio.

Entrambas se disputan la primacía, á la primera la llamo reaccionaria y título á la segunda liberal. Aducen los defensores del sistema proteccionista tales razones y tamaños argumentos, que á primera vista seducen y llegan á confundir á aquellos que no están acostumbrados á estudiar estos asuntos. Afirmino este sistema que asegura el trabajo nacional y aumenta la riqueza. ¿Pero qué es la riqueza? ¿Es el capital-dinero? Es mucho más, muchísimo más. Es el derecho á disponer del capital, á usar de todos los recursos que la sociedad tiene para mejorar las condiciones del trabajo, como el derecho á la educación que tiene todo individuo; es, en suma, el goce de todos los beneficios que proclama la escuela liberal.

Por consiguiente, si no se hace esto, y se restringe el concepto á lo que entiende el sistema protector, caemos en lo absurdo. Pues qué, ¿acaso por estos giros del pensamiento, y en virtud de unos principios hipócritas y falsos se crean los fundamentos de las relaciones sociales? ¿Es acaso en virtud de este fundamento económico, como podremos enlazar y relacionar todo? Sobre este punto hay que entrar en algunas consideraciones, que voy á permitirme hacerlos.

Es una creencia general en nuestra España, por ejemplo, que ésta es capaz de realizarlo todo, especialmente en el orden económico. Se ha supuesto que nuestro país es una especie de mina sin explotar; que es riquísimo porque en la antigüedad se le llamaba el granero del mundo. No, nuestro país es bastante más pobre, debido, tanto á cierta falta de actividad, como á las condiciones de gran parte de su territorio, sumamente desfavorables para el desarrollo de ciertas industrias. Creerán muchos que la harina con que se fabrica el pan que nos alimenta es toda española, ¡qué error! Mucha parte de ella ha atravesado centenares de millas antes de ser destinada á nuestro consumo. ¿Y qué sucedería si nosotros adoptásemos el proteccionismo? No lo que suponen sus defensores, porque las malas cosechas son más numerosas que las buenas, sino que nos veríamos reducidos á un estado semejante al que atravesamos el siglo XVII. Digámoslo de una vez; el sistema protector es, y ha sido, la causa de las desgracias que se han experimentado en el orden económico.

Es muy bello, sin duda alguna, el decir, mostrando al mundo el conjunto de las industrias nacionales, «todo esto es nuestro», aunque la cantidad sea exígua y haya necesidad de apelar al extranjero para liquidar el saldo en contra que aparece en el consumo. Pero al lado de las idealidades del pensamiento, se presenta la realidad. No hay nada más inflexible, más rotundo y más categórico que la cifra; id á un comerciante y presentadle todas las utopías del sistema protector, él os pedirá en seguida los datos, la fórmula que más concretamente le dé una idea de las probabilidades de éxito, y si no lo haceis, porque eso es imposible, desistirá de aquel principio y marchará resultadamente al libre-cambio.

Cuando los proteccionistas hacen la exposición de sus ideas defendiéndolas por medio de esos sofismas que son la única base de sus principios, citan, como apoyo, que los Estados Unidos, despues de la guerra separatista, adoptaron el proteccionismo para restañar las heridas que la guerra habí causado. Esto tiene una explicación tan natural como sencilla. Ciertamente que lo hicieron, pero aquello no fué sino un balance despues de la quiebra; se trató por este medio momentáneo de llegar á conocer el capital que les quedaba, y una vez en posesión del conocimiento del hecho, volvieron á la normalidad, á su ley fundamental en el orden económico, al libre-cambio. Lo mismo en aquella nación que en todas, al desarrollarse las industrias puede admitirse como posible el sistema protector; pero despues no cabe admitir la per-

manencia del fenómeno, porque es equivalente a la perpetuidad de la tutela, y esto no es admisible. En hora buena exista en el período de crecimiento como en el menor, pero en cuanto las combinaciones demuestran la plenitud de la vida industrial, entónces aparece la necesidad del cambio-libre. Otra cosa, es atrofiar la iniciativa, esterilizar la riqueza y matar la producción.

¿Creeis por ventura, muerta la causa del libre-cambio, porque el canciller alemán reniegue de la libertad y se aferre al sistema protector, porque Inglaterra con su escala alcohólica impide que vayan a su mercado nuestros vinos, y Francia denuncie los tratados de comercio? Nada de eso; la Alemania es la primera y más necesitada de las ideas salvadoras del libre-cambio, y antes que ninguna otra nación tocará los resultados de la política desastrosa y reaccionaria en que se ha empeñado, en odio a la libertad; la inconsecuencia de Bismarck, digan lo que quieran sus inconscientes admiradores, lleva rápidamente a la ruina al artificial imperio de Alemania. Y si la Francia denunció los tratados de comercio, no es una cuestión definitivamente resuelta, porque muchos han vuelto a su anterior modo de ser y no parece deducirse de las declaraciones presidenciales una tendencia tan clara en favor de la reacción. Es más; dudo mucho que entre la República vecina por ese camino, podría afirmar que, defendiendo el libre-cambio, arruinará a su rival y hará volver las cosas a su estado natural.

Aun puede vacilar la voluntad ante los ejemplos aducidos; pero de seguro, donde se encastilla el partido retrógrado es ante la consideración de la política comercial de la Inglaterra, como nación de más valía que España.

Esa raza de comerciantes de mala fé, esa moderna Cartago que tiene que sucumbir como aquella sucumbió, no me ha entusiasmado nunca; permitidme que os lo diga. Soy y seré siempre su destructor. Dícese que tiene la misión de llevar la libertad a todas partes y que la practica en el seno de su sociedad; esto es inexacto. Sin más leyes que las del momento, sin más norma que su propia utilidad, aprovechando los elementos de los demás pueblos para aumentar su bien personal, les ha quitado aquello que podía serles perjudicial. No hay una nación en la redondez entera de la tierra que no haya sufrido los daños de la política británica. Comprendo que todo inglés se sienta orgulloso de su nacionalidad, pero comprendo que se les aborrezca en todas partes. Id de nación en nación, llamad a sus puertas y preguntadlas a qué precio han comprado los beneficios de la Inglaterra, sea cualquiera el orden de la vida, ellas os responderán. Un día entrará en que aquel país, todo lo que ha repartido por el mundo, y tendremos ocasión de ver la ruina de su soberbia, y el fin de su orgullosa supremacía.

Yo no quiero entrar en la investigación de las ignominias, en virtud de las cuales ha podido adquirir tan inmensos territorios; no es el sentimiento de la nacionalidad el que me hace proclamar estas ideas: es la voz de la justicia y la razón las que me están diciendo a voces que los ha adquirido torpemente.

Ha habido un hombre, Locke, que en su admirable *Ensayo del entendimiento humano*, adivinó el espíritu de su pueblo y era su encarnación: leedle y vereis si me equivoco. Tuvieron otro que, por fin de la actividad humana, señaló la utilidad y con ella el pensamiento permanente de su política, que ha de hacer de los ingleses lo que hizo con aquel rey de las leyendas mitológicas; desfallecer en medio de las riquezas que producía todo lo que se hallaba a sus alcances. Un inglés de gran corazón censuraba duramente las iniquidades inglesas, y por eso lord Byron, que este era, encontraba angosto aquel recinto, frío aquel cielo, egoísta su nacionalidad y detestable su política. Ese pueblo que dice: llevar la antorcha de la civilización tiene el hambre y la miseria más horrible dentro de su seno, y mientras los lores engañan aun por su fausto y el recuerdo de gloriosos nombres, en Londres recorren a millares los pordioseros sin sustento, las huelgas arruinan condados enteros y el hambre se apodera de inmensos territorios.

Yo he citado estos ejemplos, que hablan por sí elocuentemente, para deciros el error en que viven los que se informan en falsos principios. Esos azotes que les agobian no son castigos providenciales, son operaciones matemáticas: allí donde existe una diferencia hay necesariamente una cantidad mayor y otra menor, esto es, una inarmonía, un desequilibrio que lleva la ruina tras de sí. Sólo los principios progresivos son los únicos capaces de sostener el edificio social.

Condenaré siempre la reacción, porque en mi escaso tiempo de observación y estudio, he adquirido la certeza de que aquellos pueblos que en nuestra misma Europa han seguido un rumbo contrario al principio por mí sostenido en esta noche, han ido a sumirse en el descrédito, sin comprender los reaccionarios que ellos, que a sí mismos se atribuyen el dictado de directores de la actividad social, se convierten inconscientemente en perturbadores del reposo y conculcadores del derecho. Bajo ésta ó aquella ocasión virtual, han querido reprimir lo que titulan exageraciones revolucionarias, y no han considerado que, como decía el gran historiador italiano, los males de la libertad se curan con la misma libertad.

Cuando yo veo a esa Alemania, que ha podido

reducir una de las naciones más bellas de la Europa a las duras condiciones que tanto la humillaron, desmembrando la nacionalidad francesa, sacando una cantidad inmensa de metálico, como represalia en capital é intereses de la indemnización de Tilsitt y cuando considero que al muy escaso tiempo ingresaban de nuevo en ese país republicano 1.000 millones, la quinta parte del rescate, no puedo ménos de sentirme admirado. ¿Por qué este fenómeno? No sólo por el patriotismo, sino por su fé en el trabajo. Mientras que Alemania, envanecida con sus triunfos encerraba los cañones en sus parques y los tesoros en Spandan, la Francia se rehacía rápidamente, hizo renacer la prosperidad por todas partes, ha vuelto a ser respetada en el exterior y opulenta en el interior. Alemania no puede hacer frente a su deplorable situación económica. Y eso os probará lo que he manifestado anteriormente, que no es el dinero la sávia que regenera las sociedades: es la libertad. Podrán plantearse en Europa de nuevo los principios proteccionistas pero sólo transitoriamente: podrá la reacción asomar su cabeza pero desaparecerá de nuevo; cuando ha habido precisión de edificar con bases fundamentales y sólidas, ha sido siempre preciso apelar al libre-cambio.

Pero como decía poco há, este principio no es exclusivamente económico; es económico y social. Es un principio mucho más complejo de lo que cree la escuela economista, que considera que todo puede resolverse por las leyes de la industria. Aquí, en Europa, los cambios han aumentado; las producciones son en mayor número; las necesidades se han multiplicado; esto no cabe negarlo. Y como yo sostenía que la comunicación en los hombres es necesaria para que el todo pueda marchar en concierto comun y producir la armonía, si no lo verificamos producimos un daño. Por eso la asociación debe inspirarse en los principios que la faciliten y la hagan posible para todos los fines lícitos; esto es, que no perturben el derecho de los otros en lo mismo que en ellos sería perturbado. Ya habreis visto que distamos mucho de esto; por esto hay que pedirlo, y si se niega, conquistarlo. Sin embargo, ya en algunas partes se realiza.

Contemplad a América, y observareis que allí, donde se ha comprendido lo que es la vida, se anulan todos los obstáculos a la asociación. Cuando se funda una colonia, cuando se levanta una ciudad, asombra el ver al poco tiempo las altas chimeneas con sus penachos de humo, atestigüando el incremento industrial y el vigor de la producción. Aquí aun subsisten preocupaciones que nos impiden borrar las diferencias entre los hombres; aquí lo único que hemos podido conseguir ha sido decretar el trabajo libre, pero no hemos avanzado más; la libertad de asociarse dista mucho de obtener su aplicación. El obrero sigue siendo esclavo porque carece de recursos para ejercer su actividad; se llama socialista y anárquica la escuela que proclama el principio de la participación del capital. Una cosa es la propiedad colectiva de las máquinas, y otra el derecho a que la actividad no quede paralizada por falta de recursos. No quiero entrar en largas consideraciones, que, aunque muy pertinentes, darían otro sentido a mi discurso; pero sí proclamaré muy alto que la muerte aquí es la imposibilidad de obtener crédito por parte del trabajador. Sin aquél, nada hay posible, porque el capital no quiere transigir, y sólo se ablanda cuando puede ser explotador. En vez de unir las fuerzas, como las correas de trasmisión unen el volante a los tornos más distantes, sólo sirven en Europa, por regla general, para atraer el producto del trabajo, dejando en el mismo estado de miseria al individuo que contribuye a desarrollar la riqueza de una industria.

Esto no sucede en los Estados-Unidos; cuando un individuo tiene una profesión ó una industria garantizada, ó da pruebas de capacidad, tiene derecho a un crédito en proporción de su actividad. Allí los Bancos prestan; aquí hay país en donde su primer establecimiento de crédito sólo sirve para atestigüar la miseria de la nación y la incapacidad gubernamental. Allí lo primero que se hace es asegurar el respeto y consideración a los individuos en su derecho personal; aquí lo primero que se hace es aumentar los conventos y sentar los reales de la ignorancia.

Antes de terminar este aspecto que estoy examinando, debo declarar que la asociación la entiendo por igual, tanto para el hombre como para la mujer. Hace poco un ilustre orador hablaba de la educación de la mujer. He tenido el sentimiento de no oír su discurso; pero por las noticias adquiridas, sé lo suficiente para declarar mi conformidad con sus ideas. Yo he recorrido varios países, y he visto que la primera condición para que una mujer pueda figurar dignamente en la sociedad es tener un oficio ó profesión. En España, no tan sólo no es así, sino que hasta el hombre padece el error de creer que las mujeres no deben ocuparse en nada, no deben saber nada, ni aun saber criar hijos. Este absurdo sólo puede explicarse por nuestro estado social, que niega a la mujer la independencia; se la considera como un sér de distinta naturaleza, y por eso no tiene las condiciones que debiera. En vez de admitir que entre los hombres y las mujeres no hay más diferencias que las que nacen de sus sexos, se mantiene el principio oriental apenas modificado. Y por eso aquí vive en la ignorancia, siendo el adorno de la casa, relegada a su fondo, como las griegas en el gineceo

ó las romanas en el cubículo, transformaciones del harem enervante del Oriente.

¡Qué diferencia en otras partes! Cuando he visto grandes empresas comerciales dirigidas por mujeres; oficinas del Estado desempeñadas por mujeres; servicios públicos importantes cumplidos por mujeres, he tenido ocasión de observar la exactitud de las razones aducidas en pro de su completa educación. Cuando he observado la delicadeza con que todas las funciones son llevadas a cabo por la mujer, no puedo ménos de sentir en mi conciencia una voz que me impele a abogar entusiastamente por la causa de su emancipación.

Voy a ocuparme del tercer punto de vista de la palabra comunicación. Decía yo, que cuando esta frase denota relación meramente individual, se llama *contratación*. Aun se lee en los Códigos españoles, en la ley del Ordenamiento de Alcalá, que sea válido todo lo que cualquier hombre quiera contratar con otro; esto es, que sea ley. De este principio, aplicado al comercio, se han derivado graves consecuencias. No, señores; el hombre no debe, aunque pueda por las leyes, contratarlo todo; no debe contratar sino lo que sea justo, y hoy estamos en un momento histórico en que la obligación inmoral ofende, porque se va reconociendo al fin, que lo que es un pecado en la conciencia, es una violación en el derecho, y no puede sostenerse ante la justicia ni ante la razón, ni dar fuerza de ley al contrato en el que exista el dolo ó la usura. Y el dolo es siempre un delito. Por eso los pueblos van borrando de sus legislaciones los contratos aleatorios; por eso inspira horror el usureroy muchos de sus contratos no son admitidos en los tribunales; de ahí la compasión que inspira el comerciante quebrado sin culpa propia, proporcionándole los medios de rehabilitación, sin que desmerezca su honra en el concepto público; de ahí, finalmente, que en vez del casuismo y sutileza de la contratación del derecho romano, un sentido más levantado, una idea más moral y una tendencia más humanitaria hayan venido a informar el concepto de la obligación, asimilando los contratos en general al contrato de compra venta.

De aquí también se desprende, que cuando un comerciante cambia sus mercancías por dinero y el precio resulta caro, sentimos que notamos un vacío y sospechamos que, si el comercio debe ser libre, es con la condición de la moralidad; que si no hemos hallado la fórmula de la restitución *in integrum* para este caso, un día la comunicación puede llegar a suprimir esta clase de comerciantes. El precio caro que no se justifica, es doloso, y no sirviendo para unir al productor con el consumidor, el comerciante es una rémora. Pero no creo llegué esto a suceder; las corrientes del comercio son distintas, su carácter de cosmopolitismo le llevan a buscar siempre el nivel, traducido en lo que llamamos precio corriente. Los precios se imponen por una ley compensadora que destruye al llamado comercio nacional. El verdadero comerciante se ríe de esta definición; decide que se sujete a la tarifa arancelaria, la desconocerá; y si no puede realizar su vida dentro de la ley proteccionista, apelará al contrabando, haciendo los cambios a sus espaldas, y al hombre de la fuerza y del fusil, opondrá el hombre del fusil y de la fuerza.

Es preciso ver claro en esto; es necesario marchar según indica la ley que regula los movimientos del comprador y la de venta, en una palabra, ha de realizar los fines económicos que le hemos indicado.

Para la comunicación de pensamientos es preciso guiarse por la idea de la libertad y el principio fecundo del trabajo; para la asociación y la contratación, la moralidad y la justicia.

Es preciso no sentir miedo; las grandes causas necesitan gran corazón; es preciso que comprendamos de una vez que tenemos que llenar un misión que consiste en restablecer la armonía, que no tenemos aun dentro de la sociedad.

Consideremos que en virtud de los principios de la escuela liberal ha sido posible la realización de lo hecho hasta hoy; consideremos que falta aun mucho camino que recorrer en la esfera de nuestra actividad en todos los órdenes de la vida. Tenemos en el orden moral la palanca que Arquímedes buscó en la mecánica, sin encontrar quien se la diera. Cuando recurrimos a la historia y observamos a esos pueblos dominados por la tiranía más absurda y degradante, fundar sus ideales y esperanzas en el progreso, y libertarse al fin de sus pesadas cadenas; cuando vemos a la intolerancia y al fanatismo transigir cada vez más con el movimiento moderno; cuando al contemplar estas leyes sociales nos damos cuenta de su poder incontratante, sentimos crecer nuestros esfuerzos y nuestra fe en los dogmas sacratísimos de la libertad.

JULIO DOMINGO BAZAN.

LA PEOR PROSTITUCION.

Cuando se pronuncia la palabra prostitución, parece como que se divisa en lontananza la mujer cínica ó desvergonzada, que vende sus favores por un puñado de oro y cotiza sus venales caricias por algunas pesetas.

¡Pobre mujer!

Siempre calumniada, pocas veces comprendida, raras amada y considerada como merecedora.

Ponemos en manos de la mujer libelos obscenos; n útrimos su imaginación de niña con nove-

las saturadas de brutal sensualismo; la ofrecemos en el teatro trasuntos de adulterio, magníficamente versificados por consuetudinarios adúlteros; bañamos su vivacidad inteligente, en el fluido vital de un excepticismo bochornoso; la adulamos cuando nos conviene: mentimos á su oído felicidades en que no creemos; la seducimos, la obligamos á que abandone sus padres, á que engañe á su marido, á que haga caso omiso de sus hijos, y cuando loca, de ira, fascinada y sedienta de una imposible dicha, se arroja en nuestros brazos y todo lo deja por nosotros, entonces... pasado el fugaz capricho, nos cansamos de la extraviada... y cuando se hunde en el fango del burdel, ó se precipita en la sima del escándalo... sonreímos con satánica sonrisa y decimos señalándola... —¡Hé ahí una perdida!

Zola descompone las dulzuras del hogar, por el estercoráceo prisma de un hediondo naturalismo.

Alejandro Dumas, hijo, ofrece en crudo á quien quiere aceptarlos, detalles en relieve de la vida de las cortesanas, revelando los misterios impudoros del modo de ser de cínicas hermosuras, cuyos despojos fúnebres, corroe la gangrena en clínicas sombrías.

Emilio de Girardin avanza por la terraza del escándalo y escupe su gota de hiel sobre la femenil entidad.

Ernesto Renan afirma, que ningún hombre casado puede ser fiel á su mujer.

Y cuando la mujer que ha visto esto, que ha leído esto, que ha estudiado esto, vacila y cae, y se sumerge en la ola de la lubricidad, la sociedad, como si viera una bestia feroz, persigue á la pobre loca, la apostrofa, azuza contra ella á los necios y á los sandios y grita, —á ella, á ella,—como si se tratara de una loba rabiosa, como si se persiguiese á una fiera.

Pero esto no obsta para que viejos en quienes la lujuria es ya un mito; adolescentes linfáticos minados por diátesis tremendas, que los convierten en prematuros decrepitos; ricos ociosos, aristócratas cínicos, grandes funcionarios, acuden al cubil infame, doblan la rodilla ante las grandes meretrices, y robando la dote á sus mujeres, el pan á sus hijos, el porvenir á sus familias, regalen costosos trenes, obsequien con valiosísimas alhajas, se sometan á los estúpidos caprichos de cortesanas sin vergüenza, de cuya voluntad pende á veces, el porvenir de una generación, la vitalidad de un partido, el progreso de un gran pueblo.

Lora la mujer honrada en el desierto hogar, la vileza de su marido; tiritan los niños en lo más rudo del invierno, faltos de abrigo y de alimento, mientras el mentecato esposo, mientras el padre criminal, hollando sus deberes, ofrecen á la procaz manceba cuanto falta, y más, á la atribulada familia.

Pero ya se vé: como los hombres hacemos las leyes y formamos la opinión, y somos y valemos, por el derecho del más fuerte, para nosotros existe siempre *bill de indemnidad*, para la mujer, el halago, y luego la falacia, y después el escándalo, y siempre la acusación, y constantemente la calumnia.

Que la mujer prevarique; que la mujer se desvanezca y tropiece y se derrumbe por la pendiente del placer, se comprende.

Es sensible, es débil, es impresionable.

La disculpan su ignorancia y su constante tensión nerviosa.

Pero que el hombre viva de su hermosura, y se afemine, y cubra las necesidades de sus apetitos nefandos á costa de la mujer, sin consideración á la soltera, sin respeto á la casada, sin veneración á la madre.

Pero que el merodeador de placeres acepte todas las edades en la mujer, todas las condiciones en la mujer, todos los estados de la mujer, semejante al nocturno ladrón, que así roba algunos céntimos como guarda millares de pesetas, eso no tiene nombre conocido: para esa infamia de infamias, no existe en el diccionario calificación á propósito.

El vértigo de la pasión aturde á la mujer pecadora, la que, muchas veces se deshonra, por amar con entusiasmo, por creer con demasiada inexperiencia.

A la mujer entonces se la califica con todos los tonos de la acerbía de la vileza.

Calculista el rufián, vive, triunfa, goza, gasta, roba, infama; mancha el honrado hogar, penetra á traición en la familia, la envenena, la disuelve... Y para tan repugnante sér no hay acusaciones.

Si además es duellista y sabe asesinar á mansalva, posee todo lo que el gran mundo necesita, para grabar en mármoles el nombre del perdido de frac, del canalla de corbata blanca, del vampiro elegante, del petardista de fama, del listo de profesión, del adorable seductor, del admirable robador de voluntades y avasallador de caprichos, á quien se abren las puertas de los salones á la moda, en quien se fijan los gemelos de los curiosos cada vez que al teatro asiste.

Hé ahí, generalmente, el resumen de la prostitución en su más genuino significado.

Hay, empero, existe desgraciadamente, otra prostitución peor.

Es muy antigua.

Data de los fines de la sensual Grecia, de las postrimerías de la excéptica Roma, de la fea y repugnante agonía del Bajo Imperio.

Filtrase por las sombrías estancias de la Edad Media, cruza veloz el Renacimiento y toma carta de naturaleza, en las modernas sociedades.

Tácito la conoció perfectamente, cuando dijo:

«*Omnia pro dominatione serviliter.*»

La mujer vende su cuerpo... ¡Quién sabe si por necesidad!

La mujer se prostituye... Acaso para mantener á sus ancianos padres, acaso para dar pan á un hijo.

La mujer se deshonra... quizá movida por una conformación orgánica, quizá impulsada por una de esas terribles enfermedades incubadas, larvadas en los misterios fisiológicos de intensidades nerviosas, que estudia la patología y depura la medicina legal ante el legislador.

Todos estos casos, y otros que no nombramos, están previstos en el tribunal de la conciencia.

Los borra, los anula una palabra de origen divino: la caridad.

Para la infeliz mujer que se hunde en los abismos de la lubricidad, existe el perdón.

Hay desdichas que se fraguan en la oscuridad.

Sumergida á la mujer en piélagos de luz, y la mujer se sostendrá sobre la creencia, auxiliada por el pudor, dignificada por el trabajo; bendita por el amor, porque esa luz es la enseñanza.

Ni tregua ni descanso para borrar de todas las frentes, el oprobioso estigma de la ignorancia.

Ni frialdad ni indiferentismo, para realizar la obra de redención que arranque á la mujer de las garras del remordimiento, espaciación dolorosísima que experimentan las almas de las pecadoras, cuyos cuerpos, se disuelven lentamente en los helados fondos de sufrimientos físicos, que atenazan bellezas esculturales, y reducen á putrilago vitandas infecciones.

Todo esto es terrible; todo esto arranca lágrimas de amargo desconsuelo, sollozos de tristísima amargura.

La familia tiembla, la familia se sobrecoje de espanto, ante la irrupción ferocísima de este mal social.

Pero aun hay algo, lo repetimos, más sombrío y más fatal que todo esto.

El hombre, mintiéndose á sí mismo y mintiendo á sus semejantes, con la doblez en el sentimiento y el cinismo en la conciencia, es el sér abyecto, que se coloca muy por bajo del nivel infame, de la mujer más perdida, de la cortesana más escandalosa, de la Celestina más abyecta.

A medida que las civilizaciones progresan, á medida que los pueblos avanzan en cultura, el bienestar material, parece como que relaja la fibra de la virilidad de sus pueblos.

La severidad de las costumbres desaparece poco á poco.

Dios abandona los altares.

En su lugar brilla el histórico becerro de oro. Acuden al ara maldita los especuladores de profesión.

¡Y qué especuladores!

Los que comercian con el alma, y subastan los más nobles sentimientos del corazón al postor que más ofrece.

Cubre ofendido el rostro la moral, y parece como que se oye en lontananza el sordo rumor de la tormenta, que avanza y ruje con imponente estrépito.

Perfórmense formidables trepidaciones semejantes al retemblar de las rocas en los Alpes, heridas por la inmensa pesadumbre de avalanchas gigantes desplomadas, de colosales masas de fundido hielo.

La negación y el placer corren unidas con vertiginoso movimiento.

La sed de riquezas abrasa muchos cerebros.

La inmoralidad os sale al paso por doquier, y os hace una horrible mueca.

Vivir para gozar.

Me he equivocado.

Existir para hojar.

Eso halaga, eso atrae, eso impera, eso encanta.

La conciencia... al lodazal con ella.

La honra... al bazar con la honra.

El hombre hace abstracción de la vergüenza, y prostituye su dignidad, y es de ver lo que se vé.

Filósofos de pacotilla que hacen del ateísmo más crudo y repugnante, gala y ostentación para sus fines particulares.

Militares sin honor, defensores de cien causas y traidores á todas.

Hipócritas de por vida, para quienes Dios es el vientre, el culto un modo de vivir, la religión una pantalla, que oculta toda infamia y sirve de escabel para medrar.

Tribunos de la plebe, quienes después de haber glorificado los más repugnantes instintos del populacho, después de haber adulado á las turbas ébrias y harapientas, han tiranizado á las masas, han abandonado al pueblo, gozando, sibaritas nuevos, las dulzuras y los encantos de una bochornosa vida, saturada de mentiras, preñada de iniquidades.

Periodistas corrompidos, atentos á intereses de empresa, buenos para humillar á jóvenes de fé, á escritores inteligentes, esclavos blancos de torpes eminencias, que creen falsificar la pública opinión, suponiendo menguadamente, que la nación está significada por los suscriptores que, diariamente saborean las bellezas de inteligencias excépticas y corrompidos corazones.

Políticos menguados, que varían de partidos

como la luna de fases; hambrientos ganapanes de *alma ancha* y elástica conducta, hoy ultra-anárquicos, mañana conservadores insolentes, más tarde *apostólicos* pazguatos, con la patria en los labios, con el orden por divisa, con la devoción por maniquí, falsos apóstoles de la libertad, mentidos defensores de la familia, ridículos panegiristas de la religión.

Hombres de negocios,—¡ah que frase!—hombres de negocios, diputados, senadores, constituidos en autoridad provincial ó municipal, defraudadores de los intereses públicos, ayer miserables y pobres, quizá quebrados, hoy opulentos, hoy insolentes, hoy agasajados, honrados y aclamados, luciendo lujosos trenes, riéndose del Evangelio y escupiendo á la moral.

Reparad, reparad en esas vías de escándalo y disolución social.

Por ellas camina lo más granado de la sociedad visible.

Por ellas marcha lo más notable de la gente que bulle.

Al lado de la feliz y opulenta manceba, el condecorado rufián; acaso entre ambos, el marido risueño, que se alimenta de su honra infecta.

Los que han asaeteado el Tesoro público; los que han vivido de la penuria de los Gobiernos; los que han medrado á la sombra de los incendios y las vandálicas escenas de la guerra civil; los negreros que han aspirado la sangre africana y se han enriquecido con la gente de color; los contrastistas sin entrañas que han hecho del hambre del soldado, de la debilidad del soldado, de la sangre y la salud del soldado en campaña, la base de la fortuna infame amasada con lágrimas, que hoy lucen en saraos y diversiones, todos esos, todos esos y los otros, son miserables prostituidos, para quienes el Código no guarda castigo, para quienes la moral social no encuentra correctivo, para quienes el mundo es un burdel, la sociedad un lupanar, la familia una casa de tolerancia, el hogar una manceba.

Se habla mucho de las Aspasias y las Phrinés, y las Laís.

¿Y por qué omitir á Alcibiades?

Se motejan y denostan á Cleopatra y Mesalina, y no nos paramos ante la infamia de Marco Antonio y la corrupción infinita de Julio César.

Ninón de Lenclos y las cortesanas de los reinados de Luis XIV y Luis XV, asustan á los pacatos y no hay una palabra de horror contra Dubois.

Talleyrand llega á ser príncipe; el convencional renegado del Oratorio, se llama duque de Otranto.

¡Cuánta niebla y cuanto baldón!

Suprimid la prostitución del hombre, y habreis suprimido la de la mujer.

Si la historia mancha sus páginas con el nombre de Agripina, los anales de la Humanidad, se avergüenzan de consignar el de Neron.

De los labios de la impura meretriz, viértese el escándalo que repugna y asusta.

Pero hay algo de valerosamente cínico, de impuramente franco, en la palabra y en la mirada de la mujer víctima de un torpe sensualismo.

Del corazón del hombre corrompido, del alma del hombre sin pudor, se exhalan la acerbía del ejemplo que mata, la deshonra del sentimiento que aniquila.

Flor de un día la cortesana, ve con espanto la aproximación de la vejez, helado antro, donde toda gracia se borra y toda hermosura desaparece.

Muchas veces, el arrepentimiento redime á las infelices extraviadas.

No pocas, las iras brutales, de más brutales amadores, constituyen en la sombra, la expiación sangrienta de la vida de escándalo de las diosas del placer un tiempo, no muy largo siempre.

María Magdalena y María Egipcíaca, se redimen por un segundo bautismo de lágrimas tiernísimas, de penitencias asombrosas.

La prostitución del hombre es horrible.

Encallecida la conciencia, baja por los peldaños del cinismo, á las sombras de lo infinito, cada vez con más desvergüenza.

Para esos hombres no existen ni la expiación ni el escarmiento; su alma es dura, más dura que la roca, más dura que el diamante.

La prostitución del hombre gangrena el corazón: la de la mujer, destroza el cuerpo; la prostitución del hombre, mata la vida del alma; la de la mujer, abrevia la corpórea.

Una última reflexión.

Cuando la prostitución del hombre, avanza y avanza, y crece y crece, la sociedad está en peligro; la patria gime triste; el descaro sustituye al patriotismo.

Porque la prostitución del hombre, enjendra la de la mujer y ataca el santuario de la honra, la familia.

La mujer pierde el pudor cuando se prostituye. El hombre falsifica el pudor y arroja la vergüenza, del alma.

Por eso, la del hombre es la peor prostitución.

MANUEL PRIETO Y PRIETO.

RUSIA.

PABLO I.

Catalina había alejado de su presencia á su hijo Pablo, le rodeaba de espías, le humillaba en todo, sus favoritos más jóvenes nadaban en riquezas y él carecía de lo necesario, le privaba de la

ternura maternal y ahogó en su alma todos los sentimientos de justicia y sus disposiciones para las ciencias. Después de treinta y cinco años de ofensas y desprecios, y á los cuarenta y tres de edad, Pablo I subió al trono de Rusia y su hijo Alejandro, presuntivo heredero de la corona, fué nombrado gobernador militar de San Petersburgo, que le encadenaba al lado de su padre. Dió el bastón de mando que lleva el ayudante de campo general del día al favorito de su madre y le dijo estas palabras: «espero que me servireis tan fielmente como la habeis servido.» Mantuvo en sus empleos á los ministros y á los jefes de los departamentos; su primer ukase anunciaba ideas pacíficas y debía ganarse las simpatías de la nobleza; algunos castigos justos y gracias merecidas llenaron de admiración la corte y la ciudad. Se comenzaba á creer que Catalina había desconocido su carácter; todo el mundo se creyó felizmente engañado. Suspendió una terrible plaga que su madre al morir pareció haber legado á Rusia, el levantamiento de cien mil hombres, porque estaba decidida á obrar contra la Francia, atacar la Prusia y socorrer al Emperador de Austria; quiso también doblar el precio de la moneda. Pablo destruyó estas dos medidas tan desastrosas.

Fué al convento donde estaba depositado el cuerpo de su padre, los monges abrieron el ataúd y pagó un tributo de lágrimas á sus restos. Buscó á todos los oficiales que estaban adheridos á su padre antes de la catástrofe y los colocó á su servicio: el varon Ungern Hernberg, viejo respetable, fué creado general en jefe, encontró un retrato de Pedro III relegado á un granero y adornó con él un gabinete y dijo al baron: «yo quiero que ese retrato sea testigo de mi reconocimiento por sus leales servidores.» Todos los pintores de San Petersburgo no podían bastar á hacer las copias que se les pedía. Hizo la ostentación de exhumar las frias cenizas de Pedro III para ofrecerlas á la adoración pública. El ataúd que las contenía fué trasladado con gran pompa al templo construido al efecto, y expuesto al lado del de Catalina: entonces solamente los dos esposos permanecieron en paz.

La venganza que tomó de alguno de los asesinos de su padre, fué muy notable. El célebre Alejandro Ortos, el vencedor de Fecheviné, antes tan poderoso, tan distinguido por su estatura gigantesca y por su traje á la usanza antigua, fué obligado á seguir los restos de Pedro y atrajo todas las miradas. Este acto duro y cruel debió despertar en su corazón el remordimiento que en su larga prosperidad había sin duda adormecido.

Los guardias que habían destronado á su padre fueron incorporados en los diferentes regimientos, distribuyó los oficiales en todas las compañías, tenientes, y capitanes fieles ascendieron á comandantes y brigadieres; cabos y sargentos á oficiales, y los que pertenecían á las primeras familias pidieron licencia, y les obligó á abandonar la capital en el término de veinticuatro horas para volver á su casa. Muchos jóvenes trasportados fuera de la ciudad, sin asilo, los de las provincias distantes, faltos de auxilio, perecieron en el camino por los rigores del frío y por la miseria.

Extraordinario fué el cambio que se verificó de un día á otro en la conducta y en los actos de Pablo I.

Los castigos sucedieron con rapidez á la profusión de las gracias. Muchas personas espermentaron estos dos extremos en un día. Ya no pudieron atribuirse los primeros favores á la política, sino á la pasión, así como las desgracias que amenazaron á los favorecidos, confundieron de espanto á todos los que antes habían admirado su proceder magnánimo.

Fijó su atención en los más leves detalles de la milicia; la forma de un morrion, el color de un plumero, la altura de una gorra de granadero, las escarapelas, los uniformes, fueron negocios que le absorbieron con actividad asombrosa: condenó los sombreros redondos, y los agentes de policía se arrojaban sobre los transeúntes para arrebatárselos el sombrero y maltrataban á los que se defendían.

El mismo hacia la ronda para sorprender á los soldados y oficiales en las faltas del servicio, atravesaba muchas veces el cuartel para que salieran á la puerta á hacerle el saludo militar: si percibía que algún oficial se retiraba y ocultaba para evitar su presencia, le hacia salir, y era conducido arrestado al cuerpo de guardia; de suerte que los oficiales después de un ejercicio fatigoso diario, no podían gozar de un instante de reposo, obligados á tener sus asistentes ó criados en acecho para avisarles si el Emperador se dirigía hácia sus alojamientos. Unas veces hacia resonar el tambor dos ó tres veces por día, para asegurarse de la actividad y vigilancia de sus tropas. Un día, descontento del servicio, declamó furioso contra los rusos en general, los acusó de negligentes, y que sólo á fuerza de cuidados y de penas lograba formarlos como máquinas, pero que era imposible darles energía y actividad. El gran duque Alejandro defendió á las tropas, y respondió sobre todo de la prontitud y buena voluntad de la guarnición, que se podía poner á prueba en toda ocasión, dándole una falsa alarma. Pablo cojió la palabra á su hijo, le ordenó batir la generala en la noche misma á una hora muy avanzada. Alejandro le pidió la orden por escrito, y la colocó en su pecho.

Pablo estaba sumergido en el sueño: á la hora indicada se bate la generala en todos los cuarteles, y salen las tropas, resuenan las campanas, los ha-

bitantes se levantan asustados, pueblan la ciudad las gentes del pueblo y los soldados, las casas se iluminan, reina la alarma en todas las clases sociales. Pablo no recuerda su orden, se levanta agitado, ordena que se ensille su caballo; el temor y las sospechas le hacen perder la calma, cree que la hora de la revolución ha sonado, se viste de prisa, el espanto se difunde en el palacio del emperador; éste desciende, monta á caballo, y toma al gran galope el camino de Gatchina seguido de dos hombres solamente.

El gran duque va á palacio á decir á su padre que las tropas aguardan sus órdenes; se sorprende al saber la huida de su padre, encuentra sus huellas, le sigue al galope de los caballos, el emperador se cree perseguido y redobla su carrera y no quiere detenerse, hasta que su hijo, dejando su comitiva, avanza solo, alcanza á su padre y le explica lo que ha pasado.

Pablo mostró repugnancia por todo lo que fué de uso de su madre. No quiso colocar sobre su frente la diadema que ella había llevado con tanto brillo. El joyero Duval fué el encargado de hacer una corona mucho más rica, evaluada en muchos millones. Sería un artículo muy largo el describir solamente los honores y ceremonias con que fué trasportada al palacio del emperador. Este no quiso residir en ninguno de los palacios habitados por sus predecesores, ni el palacio de Invierno, ni el de Schepolet, el de Jauride, el de Anitschkon y otros no le bastaron. Hizo levantar un nuevo palacio dedicado á San Miguel, que costó millones, y resaltaba menos por el gusto y por la magnificencia de sus adornos que por la celeridad con que fué construido. Hizo borrar á los mercaderes de sus muestras la palabra *almacenes franceses* y sustituiría con la *tienda*, diciendo que sólo el emperador podía tener almacenes de maderas, de harinas, etc. Creyó gobernar la nación como su casa, 30 millones de hombres como el regimiento de sus guardias.

Metamorfosé los platos, la vagilla, los cubiertos, que se habían dado con profusión á los gobernadores de los estados, en cascos, corazas y otras piezas de armadura de 400 guardias, y esta tropa, reducida luego á 80, y agotada la Caja imperial, se abandonaron las armaduras de plata á los joyeros que las habían fabricado por el precio de su trabajo, y á esto se redujo esta operación financiera; sus prodigalidades á favoritos ineptos, sus innovaciones mal concebidas, inútiles, perniciosas, dejaron exhausto de recursos al Erario.

Cerca de su castillo de Pantoviski había un terrado, desde el que se podía ver los centinelas más distantes, sirviéndose de un antejo, y ordenaba abotonar ó desabotonar un boton de más ó de menos, de tener el arma más alta ó más baja, de dar el paseo más ó menos largo alrededor de su garita.

Pantoviski, villa abierta, tenía guardias que inscribían á todos los que se presentaban: era preciso decir dónde se iba, de dónde se venía, y lo que se quería.

Cada tarde se hacia una visita á cada casa, para ver si había extranjeros: se detenía al que llevaba un sombrero redondo ó tenía un perro.

Eran frecuentes los raptos nocturnos, las ejecuciones arbitrarias, las desapariciones súbitas de personas conocidas: se cerraban las casas hospitalarias á los extranjeros, la sospecha flotaba sobre todas las cabezas, la inquisición secreta dispersaba todas las familias, las delaciones habían destruido la confianza, las visitas domiciliarias deramaban en todos los moradores las alarmas y el terror; cada uno se alejaba de este infierno de opresión. Pablo reinaba, y San Petersburgo esclavizado, así como el resto del imperio estaba cubierto de duelo. La población de aquella ciudad sufrió una disminución considerable.

Las Ordenanzas de este déspota, hasta la demencia, fueron terribles. Si su coche pasaba por las calles, era preciso que los coches que se encontrasen se detuvieran, y todas las personas descendieran para saludarle á pié. Dos damas fueron afeitadas y azotadas, por que no se habían prosternado ante el tirano; otra que venía á la ciudad á buscar un médico para su marido, enfermo en el campo, no advirtió que pasaba el coche del brutal emperador y fué presa; sus criados fueron condenados al servicio militar, la dama perdió la razón, desesperada por haber sido separada de su marido, que murió después. En las audiencias solemnes era de rigor hacer tres reverencias. El príncipe Galitzni fué desterrado por haber besado indolentemente la mano del Czar.

Publicó la ley de sucesión que pertenecía al hijo mayor del emperador, y á toda su posteridad varonil, á falta de esta el hijo segundo y su posteridad era llamada al trono, y no habiendo varones concedía este derecho á las hembras, conservando la proximidad. Si la heredera poseía una corona extranjera, debía renunciar á ella, antes de tomar la de Rusia. En caso de minoría, el monarca nombraba el regente de su sucesor; si no le nombraba, la regencia pertenecía á la madre del soberano menor; á falta de madre al pariente más cercano, y la mayoría fué fijada á los diez y seis años. Se ejercía la censura más severa para impedir la entrada de libros extranjeros, y examinar con rigor todo lo que se publicaba en Rusia.

Suprimió los bailes y otras reuniones numerosas; las casas iluminadas, los coches reunidos á la puerta de un hotel, despertaban las sospechas de la policía.

La Rusia, desde Pedro I y Catalina II, meditaba planes gigantescos. Dueña de Persia, podía aprovechar las circunstancias más favorables para reinar en el imperio del Sultan. Era vastísimo su proyecto de conducir el comercio de las Indias por el golfo Pérsico en el mar Negro ó el Caspio. Pedro I sacrificó 50 000 hombres sin éxito. Ana se contentó con un comercio fácil con las provincias septentrionales de la Persia. Isabel no pensaba en ello, Catalina II volvió á este pensamiento, que no fué el menos grandioso de su reinado.

Pablo hizo esfuerzos para rechazar los efectos morales de la revolución francesa, pero las conquistas de la república, el génio de Pitt, y su odio profundo contra los republicanos franceses, le impulsaron á entrar en la alianza de Inglaterra contra la Francia, y se declaró el jefe de la coalición, que reorganizó sobre más sólidos fundamentos.

El general Souvarof, tan célebre por su valor feroz y por su carácter excéntrico y raro, había sido desterrado por Pablo, que le llamó á la corte para colocarle al frente del ejército que debía combatir en Italia á la Francia.

Souvarof era también un gran cómico. Se cargaba de escapularios, de reliquias en todos los conventos. Restaurador de las antiguas creencias supersticiosas, afectaba una devoción exagerada y fortificaba la preocupación de aquel pueblo esclavo, que creía que al morir en la guerra contra infieles, así llamaba á los franceses, resucitaría más libre y más feliz después de su muerte. Se ha notado que Souvarof, en Italia, no se mostró en el campo de batalla como él tenía costumbre de hacerlo en Moldavia y Polonia, acaso porque la superioridad de la artillería de los franceses y la puntería de sus tiradores le impusieron más prudencia, ó tal vez por verse generalísimo en una guerra cuyo triunfo parecía depender de su fortuna y de la confianza que inspirase á sus tropas, se condujo con una circunspección que no se le conoció, pero que no influyó nada sobre la audacia de sus maniobras y la prontitud de sus resoluciones.

Sus discursos fueron más groseros, sus órdenes más despóticas, y sus proclamas más orgullosas; todos los informes más autorizados han elevado á 40.000 hombres el ejército que Souvarof condujo á Italia, y muchos de sus mismos oficiales han asegurado, que cuando reunió á los rusos para pasar el San Gotardo, no encontró más que 12 000 hombres en estado de seguirle á Helvecia. Pablo le confirió el título de príncipe con el sobrenombre de Itálico: sin duda mandó que se le considerase el más grande de los generales antiguos y modernos, por haber dejado 23.000 rusos muertos en estos campos itálicos, regados con la sangre de naciones tan diferentes y de generaciones tan diversas.

A su partida de Italia, dejó la victoria á los austriacos, y al crear Pablo otro ejército que marchase sobre el Rhin, se dió la orden á su jefe Korsakow, de obrar de acuerdo con el archiduque Carlos, para el plan general de la campaña, pero de combatir siempre separadamente con el ejército ruso, para no mezclar su gloria y sus triunfos con los de Austria, como había sucedido en Italia.

Cuarenta mil rusos fueron trasportados al corazón de Suiza, á la patria de Guillermo Tell, y sorprende el especioso pretexto que les condujo á restablecer la libertad, la religión y el orden social, á los que sufrían la esclavitud ignominiosa del autócrata ruso. Profanación impía, sarcasmo cruel del odioso emperador que violaba los derechos más sagrados de la humanidad en su país, y los invocaba pérfidamente en la libre Helvecia.

Pero sus ejércitos sufrieron la ley de la justa espacion: Korsakow fué derrotado completamente delante de Zurich, que era su cuartel general, y los almacenes, los heridos, las mujeres, los equipajes, una parte del tren del ejército y la caja militar cayeron en poder del vencedor, del héroe Massena, general de la República francesa.

Souvarof hizo una marcha rápida, atrevida, extraordinaria, é imprevista, desde los alrededores de Novi hasta las cimas de San Gotardo, vencedor de todos los obstáculos de la naturaleza, y de las resistencias de los destacamentos de soldados que encontraba á su paso, amenazaba ya la derecha del ejército de Helvecia, y se vió dueño por el éxito de sus primeros ataques de tres pequeños cantones. En esta cuna de la libertad estaba marcado el escollo de su más formidable enemigo. Allí supo la derrota del general Hotee, que mandaba el cuerpo del ejército austriaco, formando él á la izquierda de los rusos, al que estaba próximo á unirse, y el desastre de Korsakow delante de Zurich. A estas noticias el viejo general, trasportado de furor y de rabia, balbuceó largo tiempo sin poder hablar. Las amenazas y el nombre de Souvarof reanimaron los restos desesperados de Korsakow: tres mil hombres de caballería cargaron tres y cuatro veces dos medias brigadas de infantería francesa, sufriendo sus tiros certeros, y el fuego terrible de la metralla que destruía sus escuadrones.

Massena detuvo á Souvarof, que desesperado de pasar con sus doce mil hombres sobre el cuerpo de su ejército victorioso, para llegar á unirse con Korsakow, puesto en huida por segunda vez, Souvarof debió pensar en la retirada. Massena maniobró en vano para atraerle fuera de los desfiladeros, con la esperanza de hacerle prisionero y al ejército que mandaba y al joven gran duque Constantino que le acompañaba.

Terrible fué la situación de éste altivo general, que en todas las maniobras que mandaba había prohibido siempre los fuegos de retirada, diciendo que un ejército bajo sus órdenes no tendría nunca necesidad de esta vergonzosa maniobra y fué obligado á ordenarlo por la vez primera. Souvarof se retiró delante del enemigo, como un viejo león que se vuelve cuando los perros le acosan desde muy cerca y los detiene mostrando su frente aterradora y su herizada melena. Los generales franceses han confesado que su marcha fué digna de tan admirable caudillo. El general encargado de perseguirle, sólo pudo apoderarse de dos ó tres batallones de granaderos que se sacrificaron para salvar el resto del ejército.

Souvarof se mostró en Rusia como en Italia, devoto, supersticioso é hipócrita. Sabía que entraba en países católicos donde despues de largo tiempo se amalgamaba el fanatismo de la libertad con el del papismo. Visitaba los curas, les pedía bendiciones y les declaraba que iba en nombre de Dios y de los emperadores ungidos por el Eterno á restablecer la santa religion y á exterminar los impíos. Arengaba á los que encontraba y se mostraba el más grotesco y bufon para parecer popular. Pero estas farsas perdieron pronto su prestigio, porque la licencia y la indisciplina fueron los medios que empleó Souvarof para atraerse á los soldados que se distinguieron por los excesos y por el pillaje, y los hijos de Tell conocieron la diferencia entre los cosacos satélites del despotismo, y los soldados de la república francesa.

EUSEBIO ASQUERINO.

LIGERAS OBSERVACIONES SOBRE LOS ACENTOS EN NUESTRO IDIOMA.

De todas las cuestiones relativas á la ciencia de los idiomas, pocas han suscitado tantas controversias como la de los acentos y ninguna permanece más envuelta en la oscuridad. Y es que la palabra acento representa á la vez muchas ideas distintas, y los que han pretendido resolver este punto, de suyo complejo, han confundido casi siempre lo que era diferente, separando otras veces lo que en realidad resultaba idéntico.

La etimología de la palabra acento (que el gramático Diomedes llamó alma, espíritu, esencia del vocablo), se encuentra, á no poderlo dudar, en la voz latina *cantus* ó en *accentus*, *ad-cantus*, derivado de *canere*. *Accentus* vale, pues, *ad-cantun*, *prope cantun*, que es como quien dice una cosa como *canto*, un *casi-canto*. Esta etimología nos indica que el acento de los latinos no consistía, como el nuestro, en una mera insistencia de la voz, sino que se marcaba por una verdadera modulacion musical.

Es sabido que los acentos ocupan un lugar principalísimo entre nuestros signos ortográficos, y que todos los gramáticos los dividen en *agudo*, que designa la elevacion de la voz en la vocal sobre que está pintado; en *grave*, que pide por la inversa que bajemos la voz, y en *circunflejo* (hoy desechado enteramente), que siendo un compuesto del agudo y del grave, no puede estar sino sobre una sílaba en cuya pronunciaci6n gastemos dos tiempos, uno para subir y otro para deprimir nuestra voz.

Nadie tenga esta materia por indiferente, pues no solo pende á las veces de su buena ó mala puntuacion el sentido de una cláusula, sino que las mismas voces tienen un significado muy diverso, segun la sílaba en que se nota y pronuncia el acento.

En los ejemplos: *él ama*, y *el ama*, vemos que el primero se refiere á uno que ama, y el segundo á una ama de cria.—En *lo que se me dice*, observamos que el *se*, pronunciado como si llevara acento, no parece pronombre, sino persona del verbo *saber*.

En este otro ejemplo: *si te pregunta si quiero té, dile que sí*, advertimos que el primer *si* es igual al segundo, y que ambos se pronuncian con ménos fuerza que el tercero, así como el primer *te* con ménos fuerza que el segundo.

Arteria es un conducto de nuestra sangre, y *arteria* sagacidad ó astucia, *cabrio* es voz de heráldica, y también un madero que sirve para la construccion de las casas, y *cabrio* lo perteneciente á las cabras; *célebre* significa insigne ó distinguido, *celebre* es la tercera persona del singular del futuro de subjuntivo, y *celebré* la primera del pretérito absoluto de indicativo. Igual diferencia ocurre en *interprete*, *interprete* é *interpreté*. Del mismo modo *intimo* y *legitimo* son nombres, *intimo* y *legitimo* primeras personas del singular del presente de indicativo, é *intimó*, *legitimó*, terceras del pretérito absoluto; *lucido*, participio pasivo de *lucir* y *lucirse*, es el que desempeña algo con lucimiento, á diferencia de *lucido*, que significa lo que despide luz ó es luciente; *citara* vale tanto como un instrumento de música, *citara*, pretérito subjuntivo ó condicional de citar, y *citara*, futuro indicativo del mismo verbo; *venia*, permiso, y *venia* de venir; *regia*, real, y *regia* de regir; *tenia*, lombriz, y *tenia* de tener; *sera*, espuerta, y *será* de ser; *continuo*, *continuo*, *continuo*; *ánimo*, *ánimo*; *amplio*, *amplio*; *cántara*, *cántara*, *cántara*; y otro tanto sucede respecto de otras muchas dicciones.

En cuanto á la palabra *pié* (el pié) se presenta la dificultad de cómo deberá escribirse esa misma

voz expresando accion pasada de *piar*, puesto que si ponemos *pié* significa el pié, cuya significacion no es la de haber piado; y si acentuamos en la *i*, *pié*, significa el deseo ó el temor de que *el ave pié ó dé piadas*. Esta dificultad puede resolverse colocando dos puntos sobre la *i* y acentuando la *e*. Y como *piar* no se usa sólo para expresar la voz de las aves que pian, sino que también significa clamar con vehemencia ó pedir con anhelo una cosa, bien puede uno decir: *Yo pié porque me llevarán al lado de mi hijo*. En ese, y tal vez algun otro caso parecido, es necesaria la diéresis.

No deberian acentuarse *corlés* (adjetivo y apellido), *delfinés*, *inglés* y *leonés* (nombres gentilicios), en el adjetivo *montés*; pero conviene expresar el acento en la *e* última de estas palabras, para que no se confundan con los plurales *cortes*, *delfines*, *leones* y *montes*.

Admiten acento todas las *i i* tónicas, pues igual trabajo cuesta poner un *acento*, en vez de un *punto*. Así se evitará el barbarismo prosódico de los que hacen esdrújulas las voces *expedito*, *mendigo*, *opímo*, *perito*, etc. y *grave* la de *prístino* y otras.

Un maestro en el arte de escribir, Hartzenbusch, ridiculizó el mal uso de los acentos con estos versos de una de sus fábulas:

Hay gente que dice *cólega*
y epigrama y estaláctita,
púpitre, *méndigo*, *sútiles*,
hóviles, *córola*, y *áuriga*.
Se oye á muchísimos *perito*,
y alguno pronuncia *mámpara*,
díploma, *erúdito*, *pérfume*,
Pérsiles, *Tíbulo* y *Sávedra*.

La norma general debe ser, acentuar en castellan la misma vocal tónica de la palabra latina, ó latinizada, correspondiente. Y esta es la pauta que real é instintivamente se sigue, salvo algunas pocas excepciones que, unas por eufonia, y otras por ignorancia, se han ido introduciendo, como en *ánalisis*, *médula*, *cónclave*, que deberian ser *graves*, y han venido á ser *esdrújulos*. A *cólega*, que iba prevaleciendo se ha conseguido ponerle remedio, y de esperar es que al fin dirá también todo el mundo *interválo*, *méndigo*, *perito*, que es el legítimo modo de acentuar estos vocablos.

El acento ejerce indudable influencia en la versificación castellana. Segun esté colocado el último de cada verso, los heptasílabos se reducen á seis sílabas, ó se prolonga á nueve sin perder su semejanza, regla común á todo género de métrros. En este verso de Garcilaso:

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas!

el adjetivo posesivo *mi* no suena con acento y se pronuncia como unido á su sustantivo *mal*; pero si trastornando el sentido sin alterar las palabras, haciendo de *mi* pronombre personal, y convirtiendo el *mal* en adverbio de halladas, dijésemos:

¡Oh dulces prendas, por mí mal halladas!

entónces los acentos se trocarian, descargándose de la palabra *mal*, y cayendo sobre la palabra *mí*. El oído ménos ejercitado conocerá la diversidad de cadencia en uno y otro modo de recitar este conocido verso. Con razon advirtió Juan de la Cueva en el *Ejemplar poético*, que el poeta ha de ser

Puro en la lengua y propio en los acentos,

lo cual, pudiera también referirse al prosador, pues ya hemos demostrado anteriormente, que la mala acentuacion de una frase ó de una voz, puede oscurecer y aún alterar su verdadero sentido (1).

ANTONIO M. DUMOVICH.

BIOGRAFIA.

DON MANUEL CARPIO.

Don Manuel Carpio nació en la villa de Casomaloapan, de la antigua provincia de Veracruz, el día primero de Marzo de 1791. Fué octavo hijo de D. Antonio José Carpio, nativo de Monte-Mayor en el reino de Córdoba, y de doña Josefa Hernandez, señora de buena cuna en la ciudad de Veracruz. La familia queria descender de Rodrigo Ronquillo, el famoso alcalde de Zamora en tiempo de las comunidades de Castilla. Si esta noticia fuese fiel, habria en ella un nuevo ejemplo de la mudanza que con el trascurso del tiempo y de las generaciones suele tener la índole humana, pues en el poeta de Méjico no quedaba rasgo alguno del bravo carácter de su progenitor.

Su padre, que se empleaba en el comercio de algodón, habia formado un capital, fruto del trabajo y la diligencia. El mismo comercio le obligó á trasladarse á Puebla con la familia, y allí murió el año 96. Los bienes de fortuna desaparecieron

(1) Para escribir este artículo, hemos tenido á la vista las siguientes obras:

Salvá: *Gramat. de la leng. cast.*, ed. de París, 1867.
Baralt: *Art. acento*, en el tomo I. de la *Enciclop. Mod.*
Camus: *Princip. de arte metr. cast.*
Salazar: *La Ortograf. al alcance de todos.*
Acad. Esp.: *Gramat. de la leng. cast.*, últ. ed.
Monlau: *Vocabul. gramat. de la leng. cast.*
Hermosilla: *Arte de hablar en prosa y verso*, edicion de Salvá.
Canalejas: *Literat. gen.*

luego, y nuestro D. Manuel, al salir de la niñez, se encontró sin más abrigo que el amor maternal, y sin esperanza de otra cosa en el mundo, que lo que pudiera él alcanzar por sus merecimientos. Mas aquello en realidad fué un bien, porque desde temprano sintió la necesidad de valerse á sí propio, de no permitirse nada irregular, de adquirir reputacion y ganar un puesto en la sociedad. Debía á Dios un excelente natural, y á sus padres educacion frugal y religiosa. Aprovechando estos dones, supo captarse la estimacion de sus maestros y condiscípulos en el Seminario Conciliar de Puebla, donde estudió latinidad, filosofía y teología. Entre sus maestros lo distinguió mucho D. José Jimenez, profesor de esta última ciencia, eclesiástico aplicado, y que tenia una abundante biblioteca. Carpio mostró desde mozo grande afición á la lectura, que es uno de los signos del talento. En la librería de su maestro, y guiado por las indicaciones y consejos de éste, leyó bastante de libros de religion, historia antigua, y clásicos griegos y latinos, que allí conoció, y de los cuales quedó prendado para siempre.

Concluido el curso de teología, fué necesario pensar seriamente en su estado futuro. El estudio que acababa de hacer, debía llevarle á la carrera eclesiástica, y sin duda fué ese su propósito al emprenderlo. Mas para entonces tenia ya ideas tan elevadas de la santidad del sacerdocio, y se repuntaba á sí propio tan poco digno de ejercerlo, que resolvió tomar por otro camino, y empezó á cursar la cátedra de derecho en el mismo Seminario.

Pero no cogió amor á la ciencia; lo cual, en mi concepto, fué una desgracia, porque, segun la idea que pude formar de las cualidades de su entendimiento y de su corazon, para pocas cosas tenia tanta disposicion natural como para la magistratura, y si hubiera entrado en el foro, habria sido, no un gran abogado, pero sí un excelente juez. Por último, se decidió á seguir la medicina. Cuando tomó esta resolucion, no habia entre nosotros ramo de enseñanza más descuidado, ora fuese por la poca estima que de tan útil ciencia se hacia, ora porque su ejercicio se tuviera en ménos. Solo en las Universidades de Méjico y Guadalajara habia cátedras de aquella facultad: en ellas se aprendía poco, y de eso poco quizá una parte eran errores que valiera más ignorar que saber. Respecto de cirugía, en la capital se cursaba por término de cuatro años en el Hospital Real, bajo la direccion de dos cirujanos que deban lecciones de anatomía, sin exigirse estudios previos: en Puebla se hacia el mismo curso, aunque de una manera más imperfecta (si cabe), en el hospital de San Pedro. Ya se ve que tan encogida enseñanza no podia contentar á un jóven del talento de Carpio. Por fortuna, al tiempo que él, abrazaron la misma carrera otros alumnos del Seminario, jóvenes despejados, y que de verdad querian aprender (1). Unidos todos, mientras seguian el desaliñado curso del hospital, formaron una academia privada para estudiar por sí medicina, y ofrecieron al público el primer fruto de su estudio en un acto de fisiología, que dedicaron al señor obispo de la diócesis, don Antonio Joaquin Perez. Carpio fué uno de los sustentantes. Sus compañeros lo hicieron presidente de la academia para el año siguiente, al fin del cual hubo nuevos actos, que presidió, sobre anatomía y patología externa é interna. Aquellos ejercicios llamaron mucho la atencion en una ciudad donde eran del todo nuevos. El protomedicato, por los informes de su delegado, expilió á los sustentantes títulos de cirujanos latinos. Sin embargo, el señor obispo quiso que Carpio hiciese regularmente la carrera académica de medicina, y lo envió á Méjico, asignándole una pension, para que siguiera aquí los cursos de la Universidad. Siguiólos, en efecto, con exactitud, y por término de ellos recibió el grado de bachiller; pero no tomó el de profesor en medicina, hasta que suprimido el protomedicato en 1831, y reemplazado con una junta de facultativos que se denominó *Facultad médica del distrito*, tuvo ante ella los exámenes requeridos. Esto pasaba en 1832.

He entrado en estos pormenores, porque me parece que contienen una leccion útil para la juventud estudiosa. Aun en los tiempos y circunstancias ménos favorables, todo lo vencen la aplicacion y el sincero deseo de saber. Este es el mejor de los maestros. Carpio, más que en las clases, se formó por el estudio privado. Desde el principio cuidó de conocer los últimos descubrimientos de la ciencia, y no rezagarse en el camino que esta iba haciendo; pero sin menospreciar por eso lo que habia sólido y útil en las obras de los siglos pasados. Prueba de ello es el estudio que hizo de Hipócrates, cuyos aforismos y pronósticos tradujo en español, y dió á luz pocos años despues de recibido de cirujano (2). Justo era que un facultativo de tanto seso pagase este tributo, en la entrada de su carrera, al gran padre del arte, al sagaz y profundo observador, cuyos inmortales escritos serán siempre digna ocupacion de los que merezcan leerlos y meditarlos. El tratado de las Aguas, los

(1) Vive de ellos el Sr. D. Ignacio Durán, actual director de la Escuela de medicina en Méjico, á quien debo las noticias que doy sobre esta parte de la vida de Carpio.

(2) Aforismos y pronósticos de Hipócrates, seguidos del artículo pectorfloquo del diccionario de ciencias médicas... Traducidos al castellano, los primeros del latin, y el último del francés, por Manuel Carpio. Méjico, 1823, oficina de D. Mariano Ontiveros, un tomo en 12 vól.

Aires y los Lugares lo tenía en singular aprecio, y aun á los extraños nos recomendaba su lectura, como de una de las buenas producciones que nos ha dejado la antigüedad. De los médicos modernos me pareció que estimaba mucho á Sydenham entre los ingleses, y á Bichat y Magendie entre los franceses.

El cuidado de seguir la ciencia en sus adelantos lo mantuvo hasta sus últimos días, aunque sin dejarse jamás deslumbrar con novedades. Porque en juzgar de las doctrinas, y sobre todo en admitirlas á la práctica, usó siempre grande alteza y severidad de juicio. Es cosa notable que un hombre dotado de tan lozana imaginación como muestran sus poesías, supiese así cortar las alas á esta peligrosa facultad (*la loca de la casa* la llamó alguno) cuando se trataba de cosas de la ciencia, ó de lo que mira á la vida práctica. Entonces la buena lógica y la atenta observación eran su único peso y su única medida para creer y para decidir; y no bastaba ningún género de arreos, ningún artificio de raciocinio ó de exposición para alucinarlo. En el principio de su carrera debió alcanzar los últimos restos del brownianismo, de que no se contagió; más adelante le cogió de lleno la invasión de las doctrinas exageradas de Broussais, que tanto séquito lograron entre nosotros. Oyólas con precaución, púsolas luego al crisol de la observación y el raciocinio, y no tardó en decidirse contra ellas. Ni se contentó con desecharlas para sí; sino que persuadido de que, además de falsas, eran nocivas, las atacó de todas maneras; en escritos científicos, en la conversacion familiar, hasta con el arma del chiste. Algun epigrama suyo sobre la materia se hizo popular como un adagio; prueba de la verdad que encerraba (1).

En la práctica de su profesion á la cabecera del enfermo, me pareció que más que recoger porción de síntomas, procuraba estudiar alguno que creía característico, y por él se guiaba. Quizá de ahí vino que pareciese como distraído, y que dijera el vulgo que ponía poca atención en el enfermo. Sin embargo, su diagnóstico era certero, y sobre el particular ocurrieron casos notables con sus compañeros. Usaba generalmente remedios simples, y en cuanto á operaciones quirúrgicas, apelaba á ellas lo ménos que le era posible: por sí propio no sé que las ejecutara; si bien esto podría atribuirse á sobra de sensibilidad, que no le permitía presenciar el espectáculo del dolor.

Pero yo invado límites ajenos, metiéndome á hablar de su práctica médica. Lo que puedo afirmar es que su paciencia y bondad con los enfermos eran inagotables, y que unia á eso un desinterés, una longanimidad, de que hay pocos ejemplos en el mundo. El pobre que acudía á él, estaba seguro de encontrar tan buena acogida como el hombre opulento. En lo que ménos pensaba nunca, era en la remuneración de su trabajo; y no poseyendo en la tierra más caudal que su arte, descuidaba lo que debiera producirle, como derrama un pródigo la hacienda que heredó. Su sigilo en reservar lo que se le comunicaba como facultativo, y su recato con las personas del otro sexo, no tenían tasa. Bondadoso é indulgente, como he dicho, con los enfermos, jamás, sin embargo, lisonjeaba, ni mentía, ni halagaba manías; que todo eso era incompatible con la mesura y gravedad de su carácter. Algunos libros se han escrito de moral médica: creo que bastaría por todos uno que constase cómo ejercía Carpio su oficio.

A pesar de tantas dotes, y de la reputación de sábio que alcanzó en Méjico, su clientela fué siempre corta. El no se afanaba por acrecerla, y además no podía tomar ciertos aires, que con el vulgo, más numeroso de lo que se piensa, valen infinito. Por eso nunca estuvo de moda, y solo algunas pocas familias capaces de estimar su mérito, ocurrían á él. De suerte que más que como médico práctico, influyó por medio de la enseñanza en la mejora y adelantamientos de la ciencia entre nosotros. En 1833 se formó un plan de estudios, aprovechando en parte el que dos años antes habia presentado el Gobierno á las Cámaras. Los estudios estaban en él enriquecidos, y mejor dispuestos que en el método antiguo. Para medicina se creó un establecimiento propio, con el número de profesores necesarios y á D. Manuel Carpio se dió la cátedra de fisiología é higiene, ramos que habia visto siempre con predilección, y en que descollaba sobre todos. Entonces comenzó la lucida serie de lecciones que han oido los más de los actuales facultativos de Méjico, y que tan justa nombradía le dieron en la facultad. Sus discípulos notaban la precisión de ideas, la solidez del juicio, la claridad de exposición que en ellas usaba, así como la animación de estilo y la brillantez de colorido con que alguna vez sabia engalanarlas. Esto no era extraño en un médico que decia: *La máquina del cuerpo humano no es ménos admirable que la máquina del Universo, ni muestra ménos el poder y sabiduría del Criador*. De su mansedumbre y accesibilidad con los discípulos, es por demás hablar.

Aquel primer ensayo sufrió sin embargo un récio contratiempo. Antes de un año vino la reacción llamada de Cuernavaca, justa y aun necesaria en muchos puntos, apasionada en otros, como

suelen serlo las reacciones políticas. Si en el nuevo plan de estudios habia defectos, si alguna elección se habia errado, si sobre todo era injustificable el acto de haber ocupado por confiscación los bienes del marquesado del Valle para dotar la enseñanza, eso debiera haberse enmendado; pero no destruir de planta la obra, y volver las cosas á la estrechez de los antiguos métodos.

El establecimiento de Medicina, que era todo de nueva creación, estuvo á punto de zozobrar. Y habria indefectiblemente caído, si sus profesores, con una abnegación y un celo que nunca se elogiarán bastante, no se hubieran decidido á salvarlo. Continuaron sus lecciones sin sueldo, á veces aun sin recursos para los gastos más precisos; privados una y otra ocasion del local en que las daban; pero siempre sufridos, siempre empeñados en la obra; cubriendo los claros que la muerte ú otros sucesos abrian en sus filas, con reemplazos dignos de los primeros veteranos; haciendo, en fin, una conquista, ó más bien, ejerciendo un apostolado de la ciencia. Así lograron mantener la *Escuela*, que fué el nombre que luego se le dió; así adelantarla y subirla por último á la altura en que está. Entre esos profesores ocupaba lugar distinguido D. Manuel Carpio, que fué, como hemos visto, uno de los primeros fundadores, y continuó sin interrupción sus lecciones hasta que la muerte vino á cortarlas.

Ni solo con ellas sirvió á la medicina. Hacia la época en que la suerte de la Escuela era más desgraciada (1836), algunos facultativos de la ciudad formaron una academia con el objeto de tener conferencias en que se comunicaran sus noticias y observaciones, y de publicar un periódico dedicado exclusivamente á la ciencia. No podia ser que don Manuel Carpio no perteneciese á este cuerpo, del cual en distintas épocas fué secretario y presidente. Las conferencias se tuvieron con regularidad, y produjeron buen fruto; el periódico, que era mensual, y contiene bastantes artículos suyos, fué, entre los científicos que ha habido en Méjico, el que más larga vida alcanzó, pues se mantuvo por espacio de cinco años, desde mediados de 1836 hasta 1841, en que quedó suspenso (1). La academia sobrevivió poco al periódico, y aunque varias veces se la ha restaurado despues, no se ha logrado volverle el espíritu y animación que tuvo en su primera edad. Casi siempre se contó para la restauración con Carpio, porque su nombre llegó á hacerse necesario en toda empresa médica que se tentara en Méjico.

A menudo estuvo en el primer rango oficial de su facultad, ya como miembro de la Dirección general de estudios por el ramo de medicina, ya como vicepresidente del Consejo de Salubridad, que en 1841 reemplazó á la Facultad de Medicina del distrito. La Universidad de Méjico le dió espontáneamente en 1834 el grado de doctor, incorporándolo al gremio, conforme á los Estatutos sin exigirle ninguna nueva prueba, ni gastos; y seguidamente le confirió las cátedras de Higiene y de Historia de las ciencias médicas. Diré, por último, para concluir lo relativo á su profesion, que años atrás oí de su boca que escribía una Medicina Doméstica, obra utilísima, especialmente en los campos, á par que difícil, porque debe reunir dotes que parece imposible hermanar; suma claridad, suma exactitud, completa seguridad de doctrina, y al mismo tiempo nada de aparato científico, ni de lenguaje técnico, ni de lo que solo es propio de facultativos y de la escuela. Una medicina doméstica es como el catecismo sanitario del pueblo; y el trabajo más árduo en cada ramo de los conocimientos humanos, es la formación de un buen catecismo. Ignoro en qué estado quedaria la obra á su muerte.

Pero D. Manuel Carpio no era solo un médico distinguido, era también una persona de mucha y varia instrucción. Debo confesar que algunas ciencias no tenían para él atractivo, como la metafísica que veía con desvío, y las matemáticas, que á manera de la metafísica son una abstracción, quizá la abstracción más fuerte de la mente humana. Tal vez provenia eso de la calidad de su entendimiento, que aunque perspicaz y vigoroso, necesitaba que la idea se le presentara revestida de formas sensibles, para fijarse en ella y poder seguirla en su desarrollo. Mas en cambio poseía extensos conocimientos en otros ramos: gustábase mucho la geología, y con la astronomía se estaxiaba. En queriendo uno entretenerlo, no habia más que platicarle de las revoluciones físicas del globo, y sobre todo, de astros, porque respecto de la geología, á pesar de su amor, confesaba que es ciencia que está aún en los verdores de la juventud, y tal vez no ha tenido tiempo de recoger todos los datos necesarios para deducir consecuencias completas y seguras.

La arqueología, la ciencia sagrada y las bellas letras, llamaron siempre mucho su atención. Dije atrás que desde jóven habia cogido afición á los escritores clásicos de Grecia y Roma; así es que conocia bien la historia y literatura de ambos pueblos. No ménos aliciente tenia para él la alta antigüedad; Nínive, Babilonia, Siria, Egipto. Desde que entre nosotros hubo noticia de los descubrimientos de Champollion el menor, procuró estudiarlos, tanto como es posible en Méjico, y seguirlos en sus adelantos graduales. Lo mismo hizo con

lo que se ha publicado sobre las dos grandes ciudades de Asiria y Caldea, y con lo que por medio de ellas ha podido rastrearse de esa antigüedad. Pero sobre todo, Palestina era para él tierra de predilección: á Josfo lo habia leído quizá tanto como á Hipócrates, y los viajeros de Tierra Santa lo ocuparon siempre mucho. Aun se encargó de trazar el plan y dirigir la publicación de una obra sobre este argumento, que imprimió su amigo D. Mariano Galvan, decano y benemérito de la librería en Méjico. El fondo del libro es la parte del Itinerario de Chateaubriand, que trata de Siria y Egipto; pero interpolada á menudo con grandes trozos copiados de Lamartine, Michaud, Poujoulat, Champollion, etc., y exornada á tiempo con poesías del mismo Carpio, de su amigo Pesado y quizá de algun otro. El libro, aunque hecho de mosaico, es, sin embargo, de fácil y amena lección, y llena el objeto de dar á conocer al comun de lectores aquel interesantísimo país (1).

En cuanto á la Biblia, fué para Carpio el libro de todos los días, porque á más de la enseñanza religiosa, encontraba en ella dotes y excelencias incomparables; ninguna cosmogonía más filosófica, ninguna historia mejor tejida, y que suba más alto en los orígenes y en las ramificaciones de la familia humana, ninguna poesía más briosa y elevada. En verdad, aun cuando la Sagrada Escritura no fuese para nosotros la revelación de Dios, seria siempre la más rica mina de erudición, el primero en importancia de todos los libros conocidos, y el que con ningún otro se reemplaza. Carpio la estudió á fondo, y bien se echa de ver en sus poesías sacras, empapadas todas del espíritu bíblico, y en las que casi no respira otro ambiente que el de los escritores inspirados. Tenia también algun manejo de intérpretes y expositores, entre los cuales estimaba mucho á Calmet. Cuando su amigo Galvan acometió la empresa de dar en español la erudita Biblia que llaman de Avignon ó de Vencé, fué él uno de los colaboradores, habiéndole tocado en la repartición de trabajos la version del tomo en que se contienen el Deuteronomio y Josué: no sé si se tradujo también el profeta Jeremías. A pocas manos tan hábiles podia fiarse aquella labor.

Pero Carpio, más que como médico y como erudito, será quizá conocido de la posteridad por sus versos. *Musa vetat mori*. Aunque desde jóven fué afici onadísimo á las bellas letras, y las cultivó con aplicación, sin embargo, esperó á formarse, á que madurara su talento y se hubiera enriquecido con un gran caudal de conocimientos, para empezar á producir. Así es que tenia ya más de cuarenta años, y entraba en la edad en que otros se despiden de la poesia, cuando vió el público su primera composición original, que fué una Oda á la Virgen de Guadalupe, impresa y repartida el año de 1832 en la función anual que hace el comercio de esta ciudad. El autor no la incluyó luego en la colección de sus obras. Los años siguientes don Mariano Galvan tomó la costumbre de reemplazar el soneto que en los viejos calendarios se ponía á la misma Virgen, con una poesia religiosa, de más extensión é importancia, la cual encargó siempre á Carpio. Alguna vez puso también epigramas suyos. Así fueron saliendo al público sus composiciones, y derramándose en Méjico, hasta que en 1849 su amigo D. José Joaquín Pesado, las reunió en un tomo que dió á luz, con un buen prólogo suyo. Carpio le franqueó para eso lo que tenia inédito. El aplauso que luego alcanzó fué universal, y se ha mantenido, porque tuvo la fortuna de que lo entendieran y gustaran de él los que reflexionan sobre lo que leen, y los que sólo leen por esparcimiento. Esto me parece que provino de dos causas: el estado que por entonces tenia entre nosotros la poesia, y el carácter propio de sus obras.

Los resabios de la escuela prosáica que dominó en España una buena parte del siglo pasado, y que en Méjico se enseñoreó de las letras hasta bien entrado el presente; el ruido de las armas, y la revolucion que desde 1810 en adelante ha trabajado la tierra, y para nada dejaba sosiego; y luego la invasión de los estudios políticos y económicos, que se llevaron poderosamente la atención de muchos, y casi ahogaron la delicada planta de la literatura, creo que bastan para explicar por qué la poesia habia llegado entre nosotros al miserable punto en que se hallaba cuando Carpio empezó á darse á conocer. Si se compara lo que se escribía hácia el año de 1830 con lo que dos siglos antes habian producido Valbuena, Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, la comparación es notoriamente desventajosa para el tiempo posterior, y hay que convenir en que habíamos atrasado en vez de adelantar. Heredia, mejicano por residencia, aunque nacido en Cuba, era quien entonces descollaba entre nosotros; pero sin negar las prendas poéticas que realmente tenia, creo que las personas entendidas é imparciales convendrán en que aquél jóven precoz no podia dar nuevo y atinado impulso á la poesia, ya por falta de originalidad en la invención; ya porque huyendo de un vicio, se orilla á veces al contrario, tocando en las

(1) Método de nuestros días
Luego que algun mal asoma:
Agua de malvas ó goma,
Sanguijuelas y sangrías,
Y que el enfermo no cóma.

(1) Periódico de la Academia de Medicina de Méjico: 5 tomos en 4.º, los cuatro primeros en la imprenta de Galvan, y el último en la de Ojeda.

(1) La Tierra Santa, ó descripción exacta de Joppe, Nazareth, Belem, el Monte de los Olivos, Jerusalem y otros lugares célebres en el Evangelio. A lo que se agrega una noticia sobre otros sitios notables en la historia del pueblo hebreo. . . Publicada por Mariano Galvan Rivera. Méjico, 1842, 3 vol. 8.º

exageraciones y arrebatos de Cienfuegos; ya en fin por la naturaleza de los argumentos que trató. Lástima que en esta parte Heredia se hubiera dejado llevar de la corriente de aquellos días, y sobre todo que no hubiera esperado á asertarse mejor en los estudios, y á que su talento llegara á sazón, para concebir y ejecutar obras dignas. El mozo á quien el torbellino revolucionario, como dijo él de sí propio, ha hecho recorrer en poco tiempo una vasta carrera, y con más ó menos fortuna ha sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, periodista, magistrado, historiador y poeta á los veinticinco años, (1) es casi seguro que en nada ha de haber dejado buenos modelos, y que apenas podrán recogerse de él bocetos á medio hacer. El espíritu humano no puede con tantas cosas á la vez y tan de prisa. Notable prueba del talento de Heredia, es que en la balumba de tan variados oficios como quiso tentar, sus poesías, sin embargo, sean lo que son. Pero á pesar de todas ellas no podían restaurar entre nosotros el arte, que casi había acabado.

Necesitábase para eso abrir nuevos caminos, tocar asuntos nobles, unir el entusiasmo y la entonación con la corrección y el gusto, enriquecer la rima, hacer muestra de la magnificencia del habla castellana. Afortunadamente vinieron á tiempo dos hombres capaces de ejecutarlo: Pesado y Carpio. Al ejemplo de ambos deben las letras el renacimiento de la poesía en Méjico; la sociedad y la religion les deben el que sus hermosos versos hayan servido de vehículo para que se propaguen pensamientos elevados y afectos puros. Esto segundo vale más que lo primero. Las composiciones de Carpio tienen todas un perfume de religiosidad, de bondad de alma, de alteza y rectitud de sentimientos, que hace formar la más ventajosa idea del autor. Quien quiera que las lea, ha de quedar persuadido de que aquel era un noble carácter.

La primera muestra del talento de un autor, está en la elección de sus asuntos, y los de Carpio son inmejorables: cuando no los toma de la esfera religiosa, ocurre á los sucesos clásicos de la historia, y á los grandes caracteres que en ella se presentan. Si se examina luego el modo con que los desempeña, en la construcción material de los versos nada hay que reprender, porque tienen siempre número y plenitud; tal vez en todo su libro no se encuentre uno solo mal torneado. El lenguaje es correcto y puro, y sabe ataviarse con la riqueza y galas del castellano. En pocos de los idiomas modernos creo que hubieran podido escribirse cuartetos como estos, del poemita de la Anunciación:

Está sentado sobre el cielo inmenso
Dios en su trono de oro y de diamantes;
Miles y miles de ángeles radiantes
Lo adoran entre el humo del incienso.

A los piés del Señor, de cuando en cuando
El relámpago rojo culebrea,
El rayo reprimido centellea,
Y el inquieto huracán se está agitando.

El príncipe Gabriel se halla presente,
Ángel gallardo de gentil decoro,
Con alas blancas y reflejos de oro,
Rubios cabellos y apacible frente.

O estos otros, que se leen despues que el Arcángel ha recibido el orden de bajar á hacer á la Virgen el feliz anuncio:

Habló Jehová, y el príncipe sublime
Al escuchar la voluntad suprema,
Se quita de las sienas la diadema,
Y en el pié del Señor el lábio imprime.

Se levanta, y bajando la cabeza
Ante el trono de Dios, las alas tiende
Y el vasto espacio vagoroso hiende,
Y á las águilas vence en ligereza.

Baja volando, y en su inmenso vuelo
Deja atrás mil altísimas estrellas,
Y otras alcanza, y sin pararse en ellas
Va pasando de un cielo al otro cielo.

Cuando pasa cercano á los luceros,
Desaparecen como sombra vaga,
Y al pasar junto al sol, el sol se apaga
De Gabriel á los grandes reverberos.

En todas sus composiciones se encuentran ejemplos semejantes. La rima en sus manos es fácil, variada y rica; se conoce que no le costaba trabajo hacer versos, ni redondear sus estrofas. Sin andarse buscando de propósito, como otros, consonantes difíciles, no los esquivaba cuando se le ofrecían al paso, ni le hacen jamás sacrificar su pensamiento.

Por lo que toca al estilo, es siempre limpio y claro; y con tanto empeño buscaba esta dote, que el ansia de obtenerla le hizo caer en uno de los pocos defectos que en sus escritos se notan, y es que á veces descendiendo casi al tono de la prosa, y por hacerse perceptible á todos, abandona la elocución y los giros propios del lenguaje poético. No le falta entonces valentía en la idea, sino solamente en el instrumento de enunciación.

En cuanto al fondo de la composición, él se había formado esta teórica del arte: pensaba que la poesía se encierra toda en imágenes y afectos, y que el pensamiento propiamente dicho pertenece

á otro distinto, el de la filosofía. Las imágenes poéticas, en su sentir, son los objetos ó grandes ó bellos que ofrece el mundo visible, la naturaleza material; los afectos son, con preferencia á cualesquiera otros, la compasión y el terror, los mismos que constituyen el caudal de la tragedia. Componiendo bajo tales reglas, es sin duda que sus obras habrían de tener suma brillantez. Pero dió por desgracia en dos escollos; el primero, cierta monotonía que reina en sus composiciones, las cuales parecen todas como vaciadas en un molde, porque en todas juegan unos mismos objetos y unas mismas pasiones: el segundo, que ese corto número de imágenes y afectos está derramado profusamente en cada composición; en términos de que hay pocas á las que no pudiera cercenarse algo, sin que haga falta, porque realmente es exuberante. Este segundo vicio lo echaba de ver él mismo, y reconocía sin empacho que pecaba del defecto que Ovidio; sobre de ornato. Tal vez lo hubiera evitado todo, si no hubiese visto con despego la poesía de pensamiento, en que tantos recursos encuentran los talentos superiores; la poesía al modo horaciano. Pero, sea génio, sea sistema, él seguía otro camino.

El conjunto de sus cualidades forma un carácter propio y peculiar, que lo distingue de cualquiera otro poeta, y no permite que se le confunda con nadie. Ese carácter, en saldo final de cuentas, es bueno y bello en el orden literario; bajo otro aspecto, es decir, subiendo á consideraciones morales, es imposible no pagarle un tributo de estimación y aun de respeto. El alma de donde tales poesías han rebosado, entonaba sin duda un himno perenne de alabanza, de admiración y gratitud al autor de la creación y la redención, y no abrigaba un solo sentimiento que no fuera bueno y elevado. Con tales prendas, naturalmente debía de llamar la atención; y el público de Méjico, que había ya oído y repetía con placer los valientes trozos de *La Jerusalem* de Pesado, no podía dejar de hacer lo mismo con la *Cena de Baltasar*. Ambos escritores levantaron entre nosotros la poesía á la region en que debe estar, y de la que fuera una especie de profanación hacerla descender. (1)

Las reglas que Carpio profesaba sobre la composición poética, no solo las ponía en práctica en sus escritos, sino que procuraba difundirlas y sostenerlas de palabra. Así lo hizo constantemente en la *Academia de Letran*, reunion de personas dadas á la literatura, que desde el año de 1836 hasta el de 1856 acostumbraron juntarse una vez cada semana en el Colegio de este nombre, para leer y examinar mutuamente sus composiciones, y discutir los principios del arte. Aquella reunion, á la que pertenecieron D. Andrés Quintana Roo, don José María y don Juan N. Lacunza, D. Joaquin Pesado, D. Guillermo Prieto, D. Francisco Ortega, don Alejandro Arango, y algunos otros de los que luego se han distinguido, fué útil para hacer revivir un estudio que tan abandonado yacía. El papel de Carpio en la Academia era siempre el de mantenedor de los principios severos del gusto clásico; en el tribunal de su juicio no alcanzaba indulgencia lo que no se ajustaba estrictamente á esos principios. Lo mismo que en la poesía, le pasaba en bellas artes, de las que también fué aficionado. Ninguna pintura, ninguna estatua le llamó jamás la atención, si el asunto no era noble, si no estaba desempeñado con grandiosidad y con pureza de estilo. Los cuadros que llaman de género ó de costumbres, casi lo estomagaban; y si hubiera sido dueño de Versalles, habría dicho como Luis XIV cuando vió allí las donosas obreras de Teniers: *Retiren esos mamarrachos*. A la Academia de San Carlos, de la que era académico honorario, prestó buenos servicios, especialmente en los años 56 y 57, en que sirvió provisionalmente la secretaría. Daba también en aquella casa lecciones de anatomía á los pintores.

Pero ya es hora de dejar la poesía y pintura, para hablar de cosas ménos agradables. En cualquier país y en cualquier tiempo en que Carpio hubiera nacido, habría sido un buen ciudadano, aunque no hubiera llevado este título. Mas le tocó venir al mundo en época de agitación y revueltas, época en la que todo hombre de algun valer en la sociedad ha tenido alguna vez que ser político, é intervenir, de grado ó sin él, en los negocios públicos. Esto causó las únicas amarguras acaso, que tuvo en su vida. Por Octubre de 1824, despues de haber servido algunos meses la plaza de redactor de actas de la Legislatura del Estado de Méjico, fué electo diputado al Congreso general por el mismo Estado para el bienio de 25 y 26. Como aquel período corrió tranquilamente, Carpio no tuvo ocasion de mostrarse al público, aunque se hizo buen lugar entre sus compañeros, los cuales alguna vez lo elevaron á la presidencia de la Cámara. En el bienio siguiente fué miembro de la Legislatura de Veracruz, que era el Estado de su nacimiento. Aquel cuerpo quiso oponerse con brío al impetuoso y asolador desbordamiento del bando yorkino, que se había para entonces organizado en lóginas masónicas bajo los auspicios del ministro de los Estados-Unidos, Mr. Poinsett. Pero en el calor de la lucha sucedía alguna vez que el Con-

greso pasaba los límites que debiera respetar, y su oposicion tomaba el aire de una oposicion parcial y apasionada. Las medidas que dictó, justa algunas, violentas otras, acordadas todas en ménos de seis meses, daban mucho que decir en la contienda que sostenian por la imprenta los partidos, y servían de tema á juicios y calificaciones encontrados. La legislatura creyó necesario defenderse en un Manifiesto, y encargó su formación á D. Manuel Carpio. La pieza que trabajó, y fue adoptada por el Cuerpo en 19 de Junio de 1827, causó bastante impresion en el público; y realmente está escrita con fuerza y aun con vehemencia. Los que hayan conocido despues á Carpio, apenas creerán que aquel papel sea suyo, recordando la serenidad de su alma, y la templanza y mansedumbre de su carácter; pero por ahí formarán idea de la sensacion que hacia, aun en las personas de su índole, la vista de lo que por entonces pasaba en la República.

En fines del mismo año la Legislatura y el Gobierno de Veracruz se complicaron en la malaventurada revolucion de Tulancingo, que el Gobierno general ahogó pronta y vigorosamente. Los ánimos estaban encendidos, los rencores enconados, y Carpio, que había atraído sobre sí la atención, sufrió amenazas, y temió ser blanco de la saña del bando vencedor. Exaltada su imaginación con estas ideas, y atacado de una afecion nerviosa, que por más de dos años le trajo valetudinario, melancólico, é incapaz de tomar trabajo alguno, se retiró al Estado de Puebla y pasó algunos meses en el campo. En Setiembre de 1828, acercán lose la elección de Presidente de la República, volvió á Jalapa; y á pesar de cuanto había pasado, y del empeño y los prestigios del general Santa Anna que gobernaba entonces el Estado, votó como sus colegas de Congreso en favor de D. Manuel Gomez Pedraza, y contra el general D. Vicente Guerrero, candidato de los yorkinos. Mas como estos por medio de la revolucion de la Acordada se sobrepusieron al voto público, é hicieron triunfar su candidatura en fines del mismo año, Carpio vino á Méjico, y se retiró á la vida privada.

Pocas veces salió luego de ella. Bajo la Constitucion de 37 fué individuo de la Junta departamental de Méjico, cuerpo que, como decia él mismo con donaire, no tenia más facultad que la de concebir deseos. Rigiendo las Bases orgánicas debió entrar á las Cámaras de 1846; pero antes cayó aquella Constitucion por la asonada de San Luis Potosí. Despues de la paz de Guadalupe en 48 fué miembro de la Cámara de diputados, y en 51 de la del Senado. Finalmente, en Enero de 1853 entró al Consejo de Estado, como representante de Nuevo-Leon; mas á mediados del mismo año renunció el cargo, como lo habían hecho varios de sus colegas, cuando se anunció que iba á adoptarse una política ménos templada que la que había seguido el primer Ministerio del plan de Tacubaya.

Carpio no tenia prendas de orador parlamentario, ni su génio le permitía emplear las artes que ordinariamente se usan para adquirir influencia en los cuerpos deliberantes. Además los sucesos de los años 27 y 28 dejaron tristes recuerdos en su alma. Así es que pocas veces tomaba parte en las discusiones públicas, y más bien se daba al trabajo de comisiones. En estas y en el acto de votar mostraba siempre imparcialidad y rectitud. Por principios, por carácter, por los hábitos todos de su vida, él no podía pertenecer al bando popular; pero tampoco podía avenirse con las destemplanzas del poder arbitrario. Patriota sincero, amando con pasión el país de su nacimiento, y queriendo para él ventura y buen nombre, no podía desear sino un Gobierno de orden y justicia, que respetara el derecho donde quiera que estuviese, y que de verdad, sin estrépito ni agitaciones, promoviera el adelantamiento de la República. Todo el mundo hacia justicia á sus sentimientos, y todos los partidos al fin respetaron su persona y estimaron su virtud.

Esta estimación no podía negársela quien llegara á conocerlo. Carpio era hombre genialmente bueno, incapaz de aborrecer sino el vicio en sí mismo. Yo no he conocido persona que ménos se permitiera juzgar mal de nadie, ni manifestar opinion ó sentimiento contrario á otro. Delante de él la murmuración tenia que callar, porque con su presencia grave y severa le obligaba á guardar mesura. Lo mismo sucedía con toda chanza descompuesta, con toda liviandad de palabras: los chocarreros y lenguaraces jamás hallaron acogida con él. Y no porque en su conversacion faltara amenidad, jovialidad y aun chiste; sus epigramas prueban bien lo contrario; sino que no sufría que se hiriese á ninguna persona, que se lastimase ninguna reputación, ni que se ajara ninguna cosa de las que deben ser consideradas en el trato humano. Su bondad, sin embargo, no era una fiereza mujeril que se dejase vencer inoportunamente de la lástima, ó le hiciera abandonar sus deberes, por duros que fuesen. Siempre obraba conforme al dictamen de la conciencia, y practicaba á la letra la máxima de Leibnitz: *La justicia es la caridad del sábio*.

En pocos pechos habrá tenido ménos cabida la ira, pasión inmoral, de la que con razon se dijo que es una verdadera demencia, aunque pasajera: Carpio poseía su alma en sosiego, y era siempre señor de sí mismo. Amaba sobremanera la verdad en todas las cosas, y la mentira era para su corazón lo que el sofisma para su entendimiento: objeto de una repugnancia instintiva, anterior á toda

(1) Al hablar así, me refiero á la poesía lírica, pues en cuanto á la dramática, cuando Pesado y Carpio empezaron á darse á conocer, vivían en Méjico Gorostiza, igual cuando ménos al mejor cómico español moderno, y Calderon, que hizo ensayos felices en el género trágico.

(1) Prólogo de la segunda edicion de sus poesías.

reflexion. De la limpieza de sus costumbres y de su probidad en todos los actos de la vida, es por demás hablar. Excelente amigo, lleno de bondad y de afecto para con las personas que llegaba á distinguir, y con quienes se unia para siempre, no prodigaba sin embargo la amistad, conociendo su precio. Finalmente su piedad era sincera y viva; tenia un profundo respeto á la Divinidad, de la que nunca hablaba sin emoci6n, así como de la revelacion cristiana, á la que estuvo siempre entrañablemente apegado. Las disputas religiosas le parecian nocivas, y seguia con entera pero razonada fé la creencia de la Iglesia cat6lica.

He ido demorando hasta aquí contar lo que no quisiera. D. Manuel Carpio se casó años atrás con Doña Guadalupe Berruecos, señora llena de prendas y de amabilidad. En el seno de su familia fué esposo y padre feliz. Tuvo la desgracia de perder á su excelente consorte en 1856, y en Enero de 1859 á su cuñada el Lic. D. J. Rafael Berruecos, sugeto estimable, y á quien amaba como hermano. Aquellas pérdidas le hicieron dolorosa y profunda impresion. Dos meses despues fué atacado él mismo de un mal cerebral, que de pronto se explicó por una especie de obliuion, y por algun entorpecimiento de la inteligencia. Arrastró así una vida difícil cerca de un año; y habiendo repetido el ataque el 11 de Febrero del presente (1860), espiró á las pocas horas, pasando á la eternidad como si entrara en un sueño tranquilo. Sus funerales fueron un duelo público, y seguramente no se hubiera hecho más con el primer hombre de la ciudad. Esas demostraciones, espontáneas todas, fueron el último tributo que pagó Méjico á quien habia sido uno de sus mejores ornamentos.

Su persona era bien compuesta, de mediana estatura, de rostro sereno, la frente desembarazada y espaciosa, los ojos claros, el andar (espejo del carácter, segun algunos fisonomistas) grave y reposado. Los discípulos de la clase de escultura de la Academia de San Carlos, bajo la direccion de su hábil profesor D. Mannel Vilar, sacaron poco ántes de su muerte un busto suyo, de tamaño mayor que el natural, y que lo representa con bastante exactitud.

En este escrito he querido conservar la memoria de sus virtudes, y pagar una deuda. Si dentro del sepulcro pudiera aún escucharse la voz de los vivos, D. Manuel Carpio no desconoceria la de una amistad de más de treinta años, nunca eclipsada con la niebla de la tibieza, y que yo estimé siempre como un presente del cielo. No por eso me propuse escribir un panegírico, sino decir la verdad, tal como creo haberla conocido; que si otra cosa hubiera intentado, poco habria yo aprovechado con el ejemplo y las lecciones del buen modelo que por tanto tiempo tuve á la vista. Mas si á pesar de todo esta obra mostrare en algunas partes la traza de un elogio, la culpa será de D. Manuel Carpio, no mia. Del talento y la bondad unidos es imposible hablar sin algun sabor de alabanza.

BERNARDO COUTO.

Méjico.

REPUBLICA ARGENTINA.

HONROSO PARA SUS MAGISTRADOS.

Hace ocho años que formando parte de la Redaccion del *Evénement*, de París, contestando á una diatriba tan injusta como infame contra las repúblicas americanas, decia en las columnas de aquel diario:

«Día llegará, y no está lejano, en que los mismos que hoy atacan y denigran esos pueblos, por no conocerlos, ó por pagar tributo á la moda de hablar mal contra la América, volverán sobre sus pasos, y materialmente vencidos por la evidencia de los hechos, acabarán, no sólo por hacerles justicia, sino por levantar muy alto el nombre de aquellos gobernantes, que, con sus hechos, sepan inspirar el respeto y consideracion de los extraños, como supieron conquistar la simpatía de los propios.»

Poco tiempo ha trascurrido, y la profecía se ha convertido en hecho, á juzgar por lo que está sucediendo en la prensa Europea en estos momentos, con relacion á varias Repúblicas Americanas, y muy principalmente á la Argentina.

En vez de la indiferencia de aquellos días hoy se nota un verdadero interés en ocuparse de ese país, de su marcha, de sus progresos, de sus hombres y sus actos, no ya haciéndoles únicamente la justicia que entonces yo pedía para ellos, sino presentando á sus altos funcionarios ante la Europa como gobernantes dignos de ser imitados.

Un ejemplo muy reciente de lo que afirmo. Acaba de llegar á mis manos una nueva é importante publicacion, que ve la luz en Madrid, titulada *Revista Hispano-americana*, publicacion de la misma índole y carácter de la *Revue des Deux Mondes*, francesa.

Como ésta, trae una crónica política de la quincena.

En ella su autor estudia la situacion general de las principales naciones europeas, bajo un punto de vista, en verdad, poco halagüeño, y despues de trazar un cuadro lleno de sombras, dirige la vista hácia la *Virgen del mundo*, como á la América llamó Quintana, y particularizándose con una de las Repúblicas que la forman, exclama:

«Alguna excepcion, empero, habíamos de ofrecer hoy á nuestros lectores en ese ancho y sombrío lienzo de exage-

raciones y desaciertos, y á bosquejarla vamos, con placer recóndito, en breves palabras.

Hay una nacion, en cuyo seno reina la paz más profunda, el orden y la libertad más completos, en cuyas poblaciones se han despertado con vigor extraordinario la vida, el movimiento, el espíritu de empresas útiles y el amor al trabajo, en cuyos ciudadanos reina la saludable conviccion de que los pueblos sólo conservan su independencia y su integridad con la paz interior, las virtudes cívicas del ciudadano, el respeto al principio de autoridad y al acatamiento á la Constitucion y á las leyes; una nacion cuya aduana principal ha recaudado en los últimos seis meses un millon cuarenta y cinco mil quinientos pesos fuertes, más que en el anterior semestre inmediato; cuyos títulos de Deuda pública se cotizan en Londres con una fuerte prima, mientras que en su mercado nacional no se cotizan, porque nadie quiere desprenderse de uno sólo; cuya exportacion general en 1880 representa un valor de mil millones de reales, y de mil ciento veinte millones el de su exportacion; que ha enviado á Europa desde 15 de Enero á 15 de Abril más de cuatro mil toneladas de semilla de lino; que ha amortizado en el año último sesenta millones de su Deuda exterior é interior; cuya principal línea férrea cotiza también sus acciones en el mercado inglés con buen premio, que tiene y posee, en su inmenso territorio, cuarenta y cuatro mil ciento cincuenta y una leguas, ó sean 110 millones 377.500 hectáreas de tierra baldía ó pública, cuya venta y laboreo ha empezado ya á echar la inmensa base de su inmensa riqueza futura; una nacion relativamente pequeña y despoblada, donde, sin embargo, han circulado en el mismo año anterior cerca de doce millones de cartas; donde se están fundando y abriendo, sin interrupcion, universidades y escuelas normales; donde se han licenciado por innecesarios ya para la paz pública, los cien mil hombres de su guardia nacional, yendo á constituir con aumento su moralizado ejército de línea; cuyas flotillas remontan rios hasta ahora no navegados, y se posesionan de dilatadísimas regiones vírgenes é inexploradas; una noble nacion, en fin, donde el patriotismo, la cultura y la general conciencia del deber y del derecho, no necesitan para nada de ningun radicalismo en la obra de su próspero engrandecimiento.

¿Creen nuestros lectores que esta nacion es Jauja?

Pues es, sencillamente, la americana nacion argentina, que acaba de establecer definitivamente su capitalidad en la comercial, rica y bella de Buenos Aires, y cuyo digno presidente actual, D. Julio A. Roca, acaba de prometer en su Mensaje á las Cámaras, del que copiamos todo lo subrayado, que se retirara gustoso á su casa en cuanto advierta en la opinion pública el menor síntoma de descontento hácia su gestion gubernativa y su persona. Lo cual creemos nosotros que ésta es la vez primera que se ha dicho y escrito en castellano.

¿Qué vueltas dá la civilizaci6n!

Ahora parece que su movimiento va á venir de Occidente á Oriente.

No hará mal la vieja Europa en apercebirse agradecida para la recepci6n.»

Tal es el juicio que *La Revista Hispano-Americana* hace de la República Argentina, inspirándose para ello en el Mensaje que su presidente acaba de dirigir al Congreso, al iniciar el período legislativo de este año.

Si le doy un lugar preferente en este artículo, es precisamente porque ese juicio viene á justificar lo que años antes anuncié en el *Evénement* que debia suceder en Europa con relacion á los pueblos americanos y sus gobernantes, esto es, que plena justicia les seria hecha, y que los actos de sus hombres serian realizados en nombre de la verdad y de una evidencia que seria ridículo poner en duda.

¿Ni cómo podria tampoco ser de otra manera, tratándose de la República Argentina, por ejemplo, en presencia del Mensaje de su presidente?

Ese documento no se limita á deslumbrar al pueblo con promesas; presenta hechos, cifras, resultados, conquistas, adelantos, mejoras, progreso, todo aquello, en una palabra, que un gobernante puede decir para dar á conocer la marcha próspera y feliz de la nacion á cuyo frente se halla.

De aquí el verdadero interés con que este Mensaje ha sido acogido por la prensa europea, y principalmente por la española; interés legítimo, porque se trata de una nacion jóven, nueva en su organizacion, y que en su marcha y en su manera de gobernarse parece una de esas naciones que cuentan siglos de existencia.

Esto es debido al gran sentido práctico que tienen los hombres públicos de aquel país, que desde la caida de la tiranía de Rosas, 1852, han venido comprendiendo que en el orden, en la paz, en el ejercicio tranquilo de la : instituciones, en el respeto á la ley, en la educacion popular, en el aumento de poblacion, en el trabajo constante, en el fomento á toda empresa de pública utilidad, en los ferrocarriles y telégrafos, estaba el gérmen fecundo de la prosperidad y grandeza de la República Argentina.

Y los resultados estan ahí.

Acaba de levantarse un empréstito de doce millones de duros en la plaza de París, destinado á obras públicas, y en un día, fué cubierto diez y seis veces!!!

¿Puede una nacion que tal crédito ha conseguido alcanzar, — nivelándose á las primeras del mundo, — pasar desapercibida, de los hombres llamados á juzgar los grandes movimientos que la humanidad opera, en el sentido de su prosperidad y engrandecimiento?

Pero, ¿qué más han hecho los Estados-Unidos para llegar á la altura en que se encuentran, que lo que está haciendo la República Argentina?

Como allá, en ella los Gobiernos se suceden regularmente.

Como allá, miles de emigrantes llegan cada mes á sus playas.

Como allá, encuentran trabajo; pero mejor remunerado.

Como allá, se construyen ferro-carriles y telégrafos, suprimiendo las distancias que separaban á las poblaciones entre sí.

Como allá, la fiebre del progreso del *go a head* tradicional de los yankees, calienta todas las cabezas, aplicando la actividad natural del país al desarrollo de la industria, y de los centenares de empresas de todo género y especie que surgen como por encanto en medio de los esplendores de una libertad sólidamente establecida, y de la paz que garantiza el espíritu emprendedor de un pueblo cosmopolita.

Si: la República Argentina siguiendo el ejemplo de la gran nacion del norte, que asombra al mundo con sus adelantos y progresos en todos los ramos del saber humano, está llamando justamente la atencion de la Europa entera, por el estupendo desarrollo de su comercio, por la rapidez con que su poblacion acrece, por la manera fabulosa con que aumenta sus productos, por la marcha regular y ordenada de sus administraciones, y por la liberalidad extraordinaria de todas sus instituciones.

De aquí la atencion que la prensa toda acaba de prestar al Mensaje del general Roca, haciéndole un honor, que á la vez que importa título de gloria para la patria Argentina, levanta muy alto el nombre del jóven magistrado, único de aquellos países americanos á quien tales consideraciones se han dispensado en el Viejo Mundo.

H. F. VARELA.

LAS CIENCIAS POSITIVAS

EN CALDERON DE LA BARCA.

III

CONCEPTO DE LA NATURALEZA Y DE SUS LEYES EN LAS OBRAS DE CALDERON.

(Continuacion.)

Continuando la exposicion, cúmplenos examinar si, pasado este límite, el poeta admitió en alguna parte materiales procedentes de las falsas ciencias y de las supersticiones que tanta vida tenian en su época, aun cuando tal vez no lo hiciera con satisfacci6n suya, sino obligado por los de su tiempo

pues contra achaques del siglo, hasta la ciencia es forzoso valerse del artificio (1).

A cada momento se encuentran ya quejas por la desdicha de la estrella, que fatalmente conduce á la desgracia.

Lo que está determido del cielo, y en azul tabla Dios con el dedo escribió, de quien son cifras y estampas tantos papeles azules que adornan letras doradas nunca engaña, nunca miente: (2)

ya escenas enteras en que procuran los personajes ver si con la variacion de conducta ó con artes diabólicas se modifica

en su cruel condicion ó se mitiga, ó se temple, (3)

porque, si no conduce necesariamente al mal ó al bien por lo menos á él inclina segun piensa quien así se espresa:

Mi estrella (que aunque no fuerza, Beatriz inclina con tal violencia, que en mí apenas se distingue la inclinacion de la fuerza) (4)

y de tal suerte obran siempre como impulsados por extraña manera,

porque viven atentos á una estrella que pierden libertad, discurso y brío, el alma, la razon y el albedrío (5),

hasta el punto de decir:

si quisieron las estrellas mi amor, que en ellas está, despues y antes durará todo lo que duren ellas. (6)

Siendo de tal índole la influencia dicha, que en un mismo momento, y presidiendo idéntico fenómeno, da resultados opuestos. Así se explica la diversa condicion de Prometeo y de su hermano.

De un parto nacimos yo y Epimeteo, sin duda para ejemplar de que puede haber estrella que influya en un punto tan distante

(1) *Darlo todo y no dar nada*, Jornada III, Escena XX.
 (2) *La vida es sueño*, Jornada III, Escena XIV.
 (3) *Ibid.*, Jornada II, Escena I.
 (4) *Mañana será otro día*, Jornada I, Escena IV.
 (5) *Hombre pobre todo es trazas*, Jornada II, Escena I.
 (6) *La hija del aire*, primera parte, Jornada III, Escena VII.

afectos, que sea una cuna en vez de primero abrigo campaña de primer lucha (1).

En honor de la verdad, debemos fijarnos en que si tales cosas se dicen, viene inmediata y cuidadosamente el correctivo para que nadie se deje alucinar de quimeras que el tiempo ha de borrar para siempre, aun de los cerebros más débiles, y así cuando Leonelo afirma:

que no hay ventura donde falta estrella, se apresura el duque á contestarle

¡Qué error tan recibido de la opinion comun, Leonelo, ha sido decir que las estrellas de amor terceras son, y que está en ellas! (¡Oh, necio desvarío!) la primera eleccion del albedrío! (2)

palabras que revelan un criterio superior al entonces corriente, tan dado á mezclar la falsa ciencia con la verdadera; que quien se dió

á la especulacion de causas y efectos suma dificultad en que toda la filosofia se funda (3),

comete el error de decir,

la astrología, con más afecto que otra ninguna seguí: porque como ella habia empezado sin duda no descansé hasta saber cuanto en un instante mudan al rapto curso del sol, veloz siempre y tardo nunca los astros semblante, pues entre primera y segunda influencias se dividen, no sólo aunque nazcan juntas, las inclinaciones, pero la desdicha y la ventura,

y continúa despues;

aquí no sólo del sol, no sólo aquí de la luna las lecciones repasaba, que en esa plana cerulea me dieron el dia y la noche, leyendo á edades futuras líneas de dorados rayos en pautas de luces rubias, pero de plantas y flores en la silvestre cultura naturales cualidades, y aun de las aves que sulcan el aire; cantos y vuelos; pues las que á la luz saludan y las que á la sombra aplauden á mi invocacion anuncian vaticinios como faustas y agüeros como nocturnas (4).

No se crea que puede esto considerarse ya como antiguo y solo sostenible en la época remota en que se supone sobre la tierra á Prometeo, de cuya boca salen los anteriores versos, sino que lo mismo puede pasar en los tiempos en que se representaba *El Astrólogo fingido*, obra en que si bien es cierto que Calderon pone en ridiculo á todas las ciencias fantasmagóricas, presenta en animado cuadro la fe ciega que en tales desvarios, mezclándolos con los verdaderos conocimientos, tenían algunas personas sensatas y aficionadas á saber; una de las cuales lo confiesa ingenuamente,

Que ví por la astrología que aunque es ciencia muy dudosa ha hecho algun sentimiento; (5)

y así puede haber quien juzgue que habla con verdad D. Diego, cuando dice:

Llegué á Nápoles, adonde por mi dicha conocí á Porta, de quien la fama cantaba alabanzas mil; ése, á quien no reservó dudoso suceso el fin, porque su ciencia tenia presente lo porvenir; á quien planetas y signos en sus astrolábios ví tan obedientes, que nunca le pudieron encubrir el más inconstante efecto... con estudiar y asistir, llegué no sé si á saber (estoy por decir que sí) la astrología tambien, que pudiera competir con el mismo: (6)

al propio tiempo que el cándido de D. Antonio, cree que

el hombre más docto es que tiene la astrología (1)

digno compañero, de quien asegura entre los astrólogos

muchos ha habido que en estudio tan dudoso aquese nombre han tenido; mas es tan dificultoso que pocos le han merecido: (2)

Ciertamente que tiene razon en lo que se refiere á las dificultades,

porque esa es una ciencia que no la sabe nadie (3),

aun cuando mejor seria decir:

que es ciencia que tanto yerra, que en un punto solamente mayores distancias miente que hay desde el cielo á la tierra (4),

acertando solo alguna vez si desdichas presagia:

¡Qué buen astrólogo fuera si siempre casos crueles anunciára; pues no hay duda que ellos fueran verdad siempre! (5)

Así logró algun farsante embaucador que de él se dijera:

en láminas leyendo de diamante caracteres de estrellas, hoy los futuros contingentes dellas á todos adelanta: tanta es la fuerza de su estudio, tanta que es oráculo vivo de todo ese cuaderno fugitivo (6),

por quien se decía, con grave formalidad:

los acasos prevenidos no los dudo: que no ignoro que ese estrellado zafiro república de luceros, vulgo de astros y de signos, á quien le sabe leer es encuadernado libro donde están nuestros alientos asentados por registro (7).

A tal punto llegaba la aberracion de algunos, que para encomiar su propia persona, y como prueba de su mucho valer, decian pomposamente:

siendo para mí patentes agüeros ó vaticinios la quiromancia examino cuando en ajadas arrugas de la piel, el fin admiro del hombre; la geomancia en la tierra, cuando escribo mis caracteres en ella; y en ella tambien consigo la piromancia, cuando de su centro, de su abismo, hago abrirse las entrañas... (8)

A tamañas locuras, que ha de consignar el autor dramático, si al retratar una época ha de reprenderlas, pone Calderon correctivo eficaz en esta breve frase:

el juicio podré perder; pero no, Cosme, creer cosa sobrenatural, sin creer que hay en el mundo ni duendes ni familiares. (9)

No se entienda que, elevada su vista solamente á las altas regiones de los cielos solo ellas le ocupan cantando las bellezas del

rey de los astros y signos, de luceros y de estrellas, vida de frutos y flores y alma de montes y selvas, (10)

sino que desciende á la tierra para buscar en los contrastes de la vida del planeta ricos filones de inspiracion, entre el foco que derrama energía á torrentes y las leyes fatales por las que todo lo que vive está condenado á perecer, para que sean sus elementos engendradores de nuevas vidas, y dice así:

no temas caer desde el zénit al nadir, pues es tan otro tu ser... que nace para morir y muere para nacer. ¿Quién podrá contradecir que nace para morir y muere para nacer?

- (1) *El astrólogo fingido*. Jornada II, Escena V.
- (2) *Ibid.* Jornada II, Escena II.
- (3) *El astrólogo fingido*, Jornada II, Escena X.
- (4) *El mayor monstruo los celos*, Jornada I, Escena I.
- (5) *La vida es sueño*, Jornada II, Escena XI.
- (6) *El mayor monstruo los celos*, Jornada I, Escena I.
- (7) *El mayor monstruo los celos*, Jornada I, Escena XIII.
- (8) *El mayor encanto amor*, Jornada I, Escena VII.
- (9) *La dama duende*, Jornada I, Escena XVI.
- (10) *La estatua de Prometeo*, Jornada I, Escena XI.

No temas, no, pues adquiere nueva luz la luz que yace y tanto á todas prefiere, que muere de la que nace y nace de la que muere: (1)

y esto sucede obedeciendo á las leyes naturales á las que da el poeta personificacion como origen de todo lo que vive y de todo lo que fallece cuando, dice la Muerte:

Si es la luz el sol, yo soy la sombra, y si él la vida del mundo, yo del mundo la muerte: (2)

recurso indispensable para llevar al vulgo conocimientos de orden superior á su inteligencia y saber. Así vemos que tienen tambien representacion personal los cuatro elementos, que prestan en su opinion, humilde servicio al universo.

El fuego en claros tributos, el agua en dulces acentos, la tierra en sabrosos frutos y el aire en blandos alientos, (3)

de tal manera que en el auto *El Veneno y la Triaca*, sale cada uno de ellos á encarecer sus excelencias, diciendo el

AIRE. Bella esfera del aire que á cargo tuve dar aliento á cuanto tu ámbito influye, porque todo alentado de auras tan dulces, la naturaleza de todo triunfe,

y atribuyéndose iguales condiciones los demás elementos, agua, fuego y tierra, en estrofas idénticas.

Ciertamente que á nadie parecerá que este sea el camino mejor ni el más bello de los que siguió Calderon, y comprendiéndolo él sin duda usó pocas veces de semejante artificio, prefiriendo intercalar en largas narraciones ó en el diálogo, pruebas de que procuraba conocer el globo, sirviéndose para tan noble empeño alguna vez de su propia observacion, que si le conduce á errores son disculpables desde el punto de vista del arte, por el primoroso engarce en que los envuelve. Utiliza en el mayor número de ocasiones lo que aprendió en los libros científicos, ya cuando describe este ó el otro fenómeno, explicando el modo de producirse, ya cuando habla de todo el magestuoso conjunto que en estos términos presenta al oyente:

En el mundo, que es un monstruo compuesto de parte varias, (4)

lo que parece eco lejano de la opinion sostenida por Lucrecio y con mayor brillantez expresada cuando dice Calderon:

Pequeño mundo soy, y en esto fundo que en ser señor de mí lo soy del mundo, (5)

con lo cual no solo se dá á entender que el globo es semejante á un organismo, sino tambien que en el hombre, el más perfecto entre los seres vivos tienen representacion todas las fuerzas exteriores, aún con mayor complicacion.

Injusto sería censurar al príncipe de nuestros dramáticos porque en su tiempo afirmara todavia la doctrina de los cuatro elementos, creencia generalizada entre sus contemporáneos; cuando vemos por fortuna que en otras materias sólo en los últimos acuerdos de la ciencia trataba de inspirarse. Así lo declara cuando habiendo dicho,

despues que admirado ví todo el mundo en breve mapa, (6)

recorre con su mirada escudriñadora todos los ámbitos del mundo y enumera sus diversas porciones escribiendo;

la docta cosmografía, que midió la tierra y cielo, en cuatro partes divide el globo del universo, Africa, América y Asia la cuarta parte es Europa. (7)

No sabemos por qué especie de distraccion, al citar las tres partes que describe Herodoto, cambia la Europa por la América; error tan innecesario, como convertir en puertos de mar á Jerusalem y Menfis, y disparar cañonazos en comedias cuya accion es muy anterior á la Era cristiana, y otros más disculpables, porque eran para cautivar la atencion del público, ávido casi siempre de efectos de relumbron.

Buscando el poeta acentos vigorosos en la contemplacion de los trastornos de la tierra cuando describe los grandes terremotos

¿No veis, no veis que esa sierra se retira, que ese monte se extremece? El cielo tiembla

- (1) *Idem id.*, Jornada I, Escena XII.
- (2) *La cena del rey Baltasar*. Auto, Escena VIII.
- (3) *El Veneno y la Triaca*. Auto, Escena I.
- (4) *Mejor está que estaba*, Jornada III, Escena VII.
- (5) *La Gran Cenobia*, Jornada I, Escena I.
- (6) *Hombre pobre todo es trazas*. Jornada I, Escena I.
- (7) *La Virgen del Sagrario*. Jornada I, Escena VI.

- (1) *La estatua de Prometeo*, Jornada I, Escena II.
- (2) *El galan fantasma*, Jornada I, Escena VII.
- (3) *La Estatua de Prometeo*, Jornada I, Escena II.
- (4) *La estatua de Prometeo*, Jornada I, Escena II.
- (5) *El astrólogo fingido*. Jornada II, Escena II.
- (6) *El astrólogo fingido*. Jornada II, Escena I.

desquiciado de sus polos
y su fábrica perfecta
á mí me está amenazando
con su eminente soberbia:
el viento se me oscurece,
el paso á mis piés se cierra,
los mares se me retiran, (1)

extiende su vista por los dilatados horizontes de las aguas que se levantan encrespadas por los huracanes,

con el viento el mar se altera (2)

dividiéndose en diminutas partículas, tan pequeñas, que se puede decir de ellas

átomo del agua es,
cuando del viento envidiosa
quiere que átomos también
discurra su espuma sorda. (3)

Penetra bajo las aguas de los mares para analizar

peñascos de algas y de ovas, (4)

ó por la corteza terrestre para descubrir el fuego central que á torrentes inmensos se abre paso por los cráteres de los volcanes, antes tapados por abrupta roca.

¿No ves ese peñasco que parece
que se está sustentando con trabajo
y con el ánsia misma que padece
ha tantos siglos que se viene abajo?
Pues mordazgo es que sella y enmudece
el aliento á una boca, que debajo
abierta está, por donde con pereza
el monte melancólico bosteza. (5)

Dice, que, arroja inmensas cantidades de fuego del centro de nuestro planeta,

llamas el centro de la tierra espira (6)

y enseña también, que estas llamas se encuentran mezcladas con gases;

los hostezos de la tierra,
que por entre abiertas grutas
suspiran, cerrado ya
en prision ciega y oscura
tuvieron el aire; y él
que por donde salir busca,
brama encerrado, y al fiero
latido que dentro pulsa,
las montañas se estremecen
y los peñascos caducan (7).

Cita el fenómeno de que con mayor estruendo se verificará el estallido cuanto más grande sea la resistencia que se oponga á su salida, recordando un ejemplo:

mina de pólvora es
que mientras más oprimida,
revienta con más poder (8).

Los materiales que impetuosos se levanten con tal explosión, caerán sin remedio por la acción ineludible de la gravedad.

¿Cómo el gran poeta había de desconocer esta acción que desde los más remotos tiempos está al alcance del vulgo? Alude á ella á cada paso y acordándose de sus grandes efectos, dice:

¿Quién detener de un río la corriente
que corre al mar soberbio y despeñado?
¿Quién un peñasco suspender valiente
de la cima de un monte desgajado? (9).

Más apurada ciencia podría suponer la declaración que hace de la propiedad que tienen los líquidos de subir á la altura de su nivel primitivo, fundamento de la teoría de los vasos comunicantes, al verle asegurar:

que el agua precipitada
pudo luego el artificio
levantarla, cuanto pudo
despeñarla el precipicio (10).

Tampoco ignoraba que el sonido sólo á través de los cuerpos se trasmite siquiera sean tan sutiles como el aire, pero que este hace falta.

En los montes no más eco se encierra
que eco no puede haber donde no hay viento. (11)

Pruébase además en Calderon un concepto de la naturaleza superior al vulgar que falto de ilustración se contentaba con expresar lo que sus sentidos percibían, por el modo de manifestar en sus versos los fenómenos del magnetismo ó de la electricidad, del calor ó de la luz.

La máquina de dos polos, (12)

la tierra, que dirigiendo constantemente á un mismo punto del espacio la aguja imanada presta al

- (1) *El purgatorio de San Patricio*. Jornada II, Escena XIII.
- (2) *Saber del mal y del bien*. Jornada I, Escena IX.
- (3) *La puente de Mantible*. Jornada III, Escena XIII.
- (4) *Idem id.* Jornada III, Escena XIII.
- (5) *El purgatorio de San Patricio*. Jornada II, Escena XIX.
- (6) *Idem id.* Jornada II, Escena XIX.
- (7) *La Cena del Rey Baltasar*, Auto, Escena I.
- (8) *El Astrólogo Fingido*, Jornada I, Escena II.
- (9) *La Vida es Sueño*, Jornada III, Escena V.
- (10) *Saber del mal y del bien*, Jornada II, Escena XIX.
- (11) *Los tres mayores prodigios*, Jornada I.
- (12) *La gran Cenobia*, Jornada I, Escena II.

marino guía segura en la movediza y desierta superficie de los mares; suple la ausencia de las estrellas que antes servían de única guía, dando movimiento determinado á la brújula

que registro de los astros
es aguja de sus rumbos. (1)

En la forzosa atracción del imán y la tierra encuentra similitud para expresar con brillantez cómo se unen aquellas almas que nacieron para amarse y atraerse con irresistible simpatía.

Difícilmente quisiera
el norte, fija luz clara,
que el imán no le mirara;
y el imán difícilmente
intentara que obediente,
el acero le dejara (2)

lo cual no puede ser, pues aún dado el caso de que se viera solicitado con igualdad por encontradas fuerzas, obediente á las dos, se quedaría como el que dijo:

estaré como el acero
suspension entre dos imanes. (3)

Calderon deja deslizar por su pluma error admitido aun en nuestros días, por gentes que no han querido ser discípulos prácticos,

de la naturaleza
en tantos estudios docta,
sábía en tantas experiencias: (4)

cuando dice:

si no se yerra
mi memoria, aquí se encierra
piedra de un rayo; (5)

aún cuando nada tiene de particular que ignorara entonces que esas piedras son producto de la industria humana en tiempos remotísimos, aplicadas para útiles labores ó para combates encarnizados.

Pero en cambio expresa con claridad, que el rayo no desciende, si no que es corriente entre nube y la tierra en opuestos sentidos.

á las nubes se levantan
las centellas, que parecen
estrellas desencajadas,
rayos que á la esfera suben
luces que al abismo bajan (6);

apreciando sus efectos bellamente expresados en estos versos:

porque el rayo y la fortuna
su mayor efecto hacen
en la eminencia del monte
que en la humildad de los valles,
pues aquí vive seguro
el lirio que humilde nace
y allí no el roble, que quiso
ser contra el cielo gigante. (7)

Conocía también que el rayo destruye la vida del hombre, sin dejar huella alguna sobre el frío cadáver ó transformándolo como en este caso:

un rayo, que fué en el viento
caliginoso cometa,
volvió en ceniza á los dos
que de mí estaban más cerca (8),

lo cual no puede ocurrir si no por elevada temperatura, semejante á la que produce inmenso foco calorífico ó un

rayo del luciente alcázar
en tres edades del fuego,
pasando de luz á brasa
y desde brasa á ceniza,
su actividad aplicada
á la dispuesta materia (9),

En el caso citado, no procede el calor de otro foco calorífico, pues que no existe ni en la tierra ni en la nube, sino que allí se engendra, y que puede fundir hasta los metales por tener mayor potencia que el templado haz que se refleja pálidamente sobre cristalina superficie como en la descripción que hace del pálido sol de invierno:

tiende sábanas de nieve,
do se acuesta enfermo el sol (10),

y manifiesta también que se eleva á la atmósfera el contenido de arroyo bullicioso ó de cuajada nieve en vapores sutiles:

Cuando el sol sobre la nieve
su rubio esplendor desata
hace una nube de plata
que del monte al valle llueve (11).

Ninguna maravilla de la naturaleza le detiene tanto como la luz, y por eso da cuenta de todas sus manifestaciones, desde la producida por el sol á

- (1) *El mayor monstruo los celos*, Jornada III, Escena XV.
- (2) *Casa con dos puertas mala es de guardar*, Jornada I, Escena I.
- (3) *Hombre pobre todo es traza*, Jornada II, Escena X.
- (4) *No hay cosa como callar*, Jornada I, Escena I.
- (5) *Lances de amor y fortuna*, Jornada I, Escena VII.
- (6) *El sitio de Breda*, Jornada I, Escena IX.
- (7) *Saber del mal y del bien*, Jornada I, Escena XII.
- (8) *La devoción de la cruz*, Jornada I, Escena III.
- (9) *La e títua de Prometeo*, Jornada II, Escena VIII.
- (10) *A un río helado*, Calderon.
- (11) *Amor, honor y poder*, Jornada I, Escena VIII.

torrentes y la que acompaña á la exhalación eléctrica hasta la tenue chispa levantada por rudo callo sobre luciente piedra,

saltaron centellas puras
de las piedras; que el castizo
bruto, por llamarte, hizo
aldabas las herraduras (1).

No podía desconocer, ni aun con el atraso de su tiempo, que la luz de grande hoguera como la diminuta, que cada noche nos alumbra, necesitan del aire para existir;

porque las llamas
alimentadas del viento (2)

ni que ese mismo aire puede extinguirlas.

pues á un aliento
una llama vive y muere (3)

dependiendo también la brillantez de sus rayos de que no vengan á ocultarlos otros de mayor intensidad:

una llama en noche oscura
arde hermosa, luce pura,
cuyos rayos, cuyo aliento
dulce ilumina del viento
la esfera; sale el farol
del cielo, y á su arbol
todo á sombra se reduce,
ni arde, ni alumbra, ni luce;
que es mar de rayos el sol,
.....
porque hasta que sale el sol
parece hermosa una estrella. (4)

¿Cómo un poeta de imaginación tan brillante no había de sacar partido una y mil veces del arco primoroso que forma un rayo de luz quebrado en diversos matices?

una nube, que el favonio
trajo, pendiente de un iris
amarillo, verde y rojo,
desplegó las rubias hojas
de cuyos senos Apolo
llovió luces rayo á rayo, (5)

y sabía que la causa de tan mágica descomposición era la misma masa vesicular,

estas nubes que deshacen
tanto esplendor como el sol
en tornasoles cambiantes,
que en tumba de mármol muere
y en cuna de flores nace. (6)

Este fenómeno admirable, es fuente de bellas imágenes en las obras poéticas, y muy especialmente en aquellas en que se prodiga el lirismo, son objeto de comparaciones á cada paso los caprichosos juegos de la luz que, á pesar de su claridad, engañan, pues,

nada más distintamente
se ve que la luz del sol,
siendo así que su arbol
con cada viso nos miente.
En púrpura es diferente
que en nieve, y pues á porfia
varios reflejos envía
en que su color se extraña;
.....
Nada se deja ver más
que ese azul cielo que ves,
siendo así que cielo no es,
sino un objeto no más
de la vista, á quien jamás
su color halló el desvelo: (7)

Estos fenómenos no son caprichos de la naturaleza, sino que tienen su explicación para el hombre que, como el insigne vate, sigue al rayo en su camino y le ve quebrarse cuando se refracta al penetrar en un medio de distinta densidad, como el que del aire llega á la superficie de tranquilo estanque y atraviesa sus aguas;

baste un remo, el más igual
de corvo nos da señal,
como en su esfera se baña (8).

Oigamos como fija su atención en los fenómenos lumínicos, sin que se escapen á su mirada escudriñadora aun los más sutiles.

El mar á una parte via
que con azules bosquejos,
entre las sombras y lejos
varios países fingía (9).

y sigue á la luz cuando hace mutaciones que tanto puedan extrañar como que el sol

equivocando rayos
de rosas y de estrellas
tanta noticia pierde,
que trueca en nube azul el monte verde (10).

- (1) *El astrólogo fingido*, Jornada I, Escena I.
- (2) *Los hijos de la fortuna*, Jornada II, Escena XVII.
- (3) *Saber del mal y del bien*, Jornada II, Escena VII.
- (4) *El médico de su honra*, Jornada I, Escena X.
- (5) *Los tres mayores prodigios*, Loa.
- (6) *Saber del mal y del bien*, Jornada I, Escena XII.
- (7) *Mañana será otro día*, Jornada III, Escena II.
- (8) *Mañana será otro día*, Jornada I, Escena II.
- (9) *Lances de amor y fortuna*, Jornada I, Escena VI.
- (10) *El Veneno y la Triaca*, Auto, Escena II.

Después de haber estudiado al vibrante rayo que atraviesa los cuerpos transparentes;

sol que dió
en una sutil vidriera
pues aunque el sol quede fuera
el resplandor penetró (1).

y al que se refleja como cuerpo que cae sobre pulida superficie, llegará también á sorprender aquellos rayos extremos del espectro que se escapan á la exquisita sensibilidad de la retina.

Vengais á dar alegría
sol disfrazado, á estas flores,
que bebiendo resplandores
de una luz que no se ve (2).

Algo aparece otra vez de aquel espíritu profético, al hablar de la reproducción de un retrato: pero entiéndase bien que no pensamos que ni aun con su ingenio admirable pudiese adivinar Calderón de la Barca los adelantos novísimos de las ciencias ni de las artes; pero sí que de igual manera que todo hombre verdaderamente grande, encuentra menos limitado el campo de la ciencia y sin saber cómo espera de ella mucho más.

Sin duda que los grandes poetas, cuando lanzaron alguna de esas adivinaciones que citadas quedan, no lo hicieron tras de razonamiento profundo como los que habían conducido á Arquímedes ó á Torricelli, á señalar las leyes físicas que llevan sus nombres, sino que salieron de su pluma sin darse cuenta de todo el alcance que pudieran tener sus palabras; pero, al fin, al encontrarlas, no deja de causarnos cierta sorpresa, y el aguijón de la curiosidad nos lleva á indagar si es un hecho casual, ó si está sujeto á leyes semejantes á las que producen todos los demás fenómenos.

Sujerénnos estas reflexiones los siguientes versos del magnífico drama *El mayor monstruo los celos*.

Ver en poder de Otaviano
á Mariene retratada,
y en dos partes, como quien
dice que la luna clara
de un espejo, si está entera,
hace un rostro, y si quebrada
dos; (3)

y aún cuando es verdad que lo atribuye á malas artes, puesto que añade

mostrando en abusos
de supersticiones varias,
el espejo que se quiebra
siempre agüeros amenaza;
y es el mayor haber visto
á Mariene con dos caras. (4)

no lo es ménos que un moderno fotógrafo después de haber sacado de la primera imagen otras muchas, pudiera decir con Calderón al mostrar una de ellas

y este es el primer retrato
de cuantos de la pequeña
lámina al lienzo pasó
del noble arte la excelencia (5).

Esta cita sirva siquiera como punto de llamada que advierta nuestra opinión de que no hubiera dejado atónito al autor dramático el descubrimiento de reproducir un retrato cuya necesidad conocía; sin que creamos que entonase himno á la moderna fotografía ni á todas las aplicaciones maravillosas que hacen las artes.

Triunfos son estos tan solo conseguidos por los que sin descanso observan y experimentan la naturaleza, atesorando noticias con más avidez que el avaro esconde el precioso metal, y con más diligencia que guarda sus provisiones la hormiga trabajadora, para entregarlas al raciocinio operativo incansable y que jamás se saciará, porque

quien pusiere
límite al pensamiento
freno á la voz, y ley al sentimiento (6)

y porque

siempre hay más que oír
pues siempre hay más que saber (7)

sin que puedan destruirse aquellos principios demostrados ya de un modo indudable, que sirven de base sólida á investigaciones nuevas que vienen á revelarnos el

nunca engañado contraste
de las superiores leyes (8).

JOSÉ GRINDA.

(Se continuará.)

EL MURCIÉLAGO.

La alcoba está oscura.

¿Qué fué eso que medio sonó, y que pasó por mí

- (1) *El Sitio de Breda*, Jornada II, Escena VIII.
- (2) *Peor está que estaba*, Jornada I, Escena VII.
- (3) *El mayor monstruo los celos*, Jornada II, Escena IX.
- (4) *Idem id.* Jornada II, Escena IX.
- (5) *El mayor monstruo los celos*, Jornada II, Escena I.
- (6) *La dama duende*, Jornada II, Escena XIV.
- (7) *El valle de la Zarzuela*. Auto.
- (8) *El Veneno y la Triaca*. Auto, Escena V.

frente como el cierzo que atraviesa las naves abandonadas de una iglesia que amenaza ruina?

¿Por qué he sentido, gran Dios, eso que sentirán los moribundos, cuando bate sus alas sobre ellos el ángel alevoso de la muerte?

Y otra vez, y otra, y otra, oigo el ruido mudo, parecido al del velo negro que flota en la capilla del condenado á muerte.

Tengo miedo, algo como miedo. Tomo la luz y escucho.

Todo pasó. Gracias á Dios. Durmamos.

¡Ah! ¡Murciélagos malditos! ¡Eras tú!

¡Fuiste tú, tú, monstruo físico! Tú, plagio, remedo, copia ó parodia de todas las monstruosidades humanas.

**

Entre los misterios que ofuscan mi imaginación; entre los problemas que confunden las reglas de mi cálculo; entre los imposibles que me asedian, hay uno, pequeño, pero muy grande.

Es el murciélagos.

El murciélagos hizo delirar á Aristóteles; el murciélagos hizo un tonto de Escalígero; el murciélagos ha jugado con todos los naturalistas, desde el primer albor del mundo hasta nuestros días; é incógnita incomprendible, el murciélagos jugará con todos, cuando la última partícula del *Cosmos* ruede á confundirse en el seno del Creador Eterno.

El murciélagos es una ecuación de mil incógnitas, sin datos: no hay *a*, ni *b* ni *c* en él: todas son *xx*.

Animal maldito ó problema bendecido, yo no sé qué es el murciélagos.

Lo siento algunas veces cruzar mi estancia y batir mi frente con el murmullo de cierto viento misterioso, mudo, incomprendible.

¿Es el vuelo del alma que, llorando mi ilusión perdida, viene á refrescar mi frente calcinada?

¿Es el lampo de un tizon maldito que viene á quemar mis sienes bajo el falso soplo de un aliento frío?

¡Murciélagos! Te lo confieso: te tengo miedo.

Entras en mi alcoba, callado y pavoroso como el remordimiento; visitas mis estancias como alevoso ladrón. Llegas, haces el daño, silencioso, y sólo el día que sigue dejas ver los rastros de tu alevosía.

**

El murciélagos es la imagen viva de todas las maldades, de cuanto hay de grande en el delito, y de pequeño en la sutil astucia.

¡Amante que sueñas con el amor de una mujer! Tú que vestiste de luces de arrebol y azul á aquella en quien confiaste, ¿por qué la miras hoy fría, desgredada y ojerosa y flaca? Es que el murciélagos de un amor oculto, chupa calladamente la sangre del corazón en que creiste.

¿Avaro, por qué tiemblas? ¡Es porque sientes que el murciélagos del robo bate su ala helada en las cerraduras de tus arcas!

¿Por qué lloras, madre, que acabas de besar á tu hijo recién nacido? ¿Es porque adivinas en el calor de sus sienes el batir frío del murciélagos de la muerte!

Sepultura anónima! Revuelto osario! necrópolis callada! templo solitario! bosque sin ruidos! caverna sin murmullos! ¡qué es eso que sin ruido suena y que habla sin voz entre nosotros? Es el ala del murciélagos; es el viento frío que apaga los calores de la cuna; es la representación de ese hielo que, de los albores de la infancia, vuela á perderse en la soledad del cementerio!

Maldito seas, murciélagos; pero no: bendito seas!

**

Si tu ala traidora dejara un rastro en su camino; si en tu volar silencioso imprimieras en el alma humana la línea gráfica de tus evoluciones, el alma de los poetas líricos guardaría las tristes huellas de tu volar medroso.

¿Quién, sino tú, pudo llenar de luto y de resplandeciente hielo las almas de Ovidio y Byron, de Espronceda y Campoamor?

¿Quién sino tú, pudo hacer gemir la lira de Gutierrez G?

¡Murciélagos! El murmullo sordo que siento cuando pasas, entre sombras, junto á mí, me da al par que miedo, una esperanza, y por eso te perdono á veces.

Yo adivino en tu lúgubre volar mil voces escondidas que mi desgarrado corazón levanta.

¿Qué suena?

Nada.

Pero yo oí que algo sonaba.

¿Es el alma del hijo pequeñuelo que murió?

¿Es el alma de la madre que se fué?

¿Es el alma de la esposa que viene á acompañarme?

¿Es el hermano que viene á repetirme sus consejos y á recordarme su ejemplo?

¿Es el ángel que visita mi alma?

¿Es el mundo inmaterial que me revela su existencia?

¿Es la tímida crispatura de mis nervios?

¿Es el vuelo misterioso de mi espíritu?

¿Es la cadena que une á este mundo con el mundo de más allá?

¡Ecuación irresoluble y misteriosa!

**

Te odio, murciélagos, porque te temo.

¿Quién puede amar á quien lo aterrará?

Si sólo se temiese á Dios, difícil sería amarlo: y ese amor sería imposible si Dios fuera sólo Justicia, porque adorar no es amar: adorar es temer.

Y la Justicia seca sería castigo.

Y el castigo trae respeto, mas no amor.

Y el hombre viviría temblando, como tiembla el recluta bajo la vara del cabo, si sólo viera junto á sí la autoridad, el poder, el juez.

Por eso ¡santa creencia de mi madre! me enseñaste á ver, y yo veo, al lado de la autoridad la súplica, al lado del poder la intercesión, al lado del juez la caridad.

¡Y esa súplica, y esa intercesión, y esa caridad se unen, en la fe católica, en las personas del Cristo y de María!

¡Sin Jesucristo y María, Jehová sería incompleto.

**

¡Extraños fenómenos del alma!

Tan fácilmente vuela el pensamiento, que él mismo no se da cuenta del camino recorrido ni de la fuerza motriz que le arrastró.

Así me ves, ¡oh murciélagos! pasar, desde tus alas frías, á las blancas alas y al manto misterioso de la mujer sin mancha.

¡Bendita seas una y mil veces, en esta vida y en mil vidas más! ¡Bendita seas en la tierra y en el cielo, y en lo creado y en lo que no comenzó, tú, Hija eterna del Eterno, tú, María, alma de ángel en cuerpo sin mancilla!

Pero volvamos al murciélagos.

**

Como yo no soy naturalista, ni conozco los arcanos ni sutilezas de la ciencia zoológica, declaro:

Primero. Que el murciélagos no es *ave*, porque no tiene plumas ni dos patas; ni *cuadrúpedo*, porque no tiene cuatro idem; ni *bípodo*, porque no tiene dos; ni *cuadrumano*, porque no tiene ni una de éstas; ni *reptil*, porque no se arrastra; ni *insecto*, porque no tiene tres patas, ni cuatro alas, ni seis patas; ni *molusco*, ni... En último análisis, el murciélagos no existe.

Yo, por mi parte, sólo á fuerza de verlo, creo medianamente en su existencia.

Y digo «medianamente», porque me ha sucedido en este mundo y en esta vida (que no me acuerdo de otra anterior), creer en cosas que, después de analizadas, paran en paja, en humo, en gas, en nada.

Traslado á los que tienen amigos y queridas. Traslado á los poetas (no á los que hacen coplas, sino á los que tienen sentimiento, inspiración).

Si no lo hubiera visto, yo creería que el murciélagos era una creación mitológica y no más. Porque efectivamente, esa almaña, más parece una personificación psicológica, poética, que una criatura real.

**

Parécese el murciélagos á ciertas notabilidades, en que nunca está de pie. Se cuelga, cuando ha andado, con la cabeza abajo, como quien pide un destino; anda en las sombras como un intriguante, y chupa la sangre sin ser sentido, como un empleado supernumerario, como comodín de palacio.

Nadie sabe si, en una casa abandonada, hay un murciélagos, ó dos, ó ciento, ó mil: el murciélagos suena: es la imagen del escritor anónimo que roba los frutos de la prensa y deja sólo, junto al escremento, las semillas que ha roído; es el fullero que juega con gabela; es el espía que teme al sol; es el traidor escondido; es el *hombre de partido* de quita y pon.

Segundo. Declaro que el murciélagos no fué creado intencionalmente por Dios. De sus manos salió en definitiva, es cierto, porque ¿qué cosa existente no salió de allí? Pero tengo para mí que El no tuvo intención de hacerlo y que, tal vez, hasta ignora su existencia.

El murciélagos se formó de piezas heterogéneas. De la materia primera necesaria para hacer al hombre, á los cuadrúpedos, á las aves etc., quedaron algunas porciones que se atrajeron mutuamente, se unieron, se soldaron y quedó hecho el murciélagos.

Animal formado de recortes, como ciertas sobrecamas, y como ciertos partidos y programas, presenta contrastes y especialidades bien curiosos.

Dije que jamás está de pie, y ahora agrego que no solamente se pára de cabeza siempre, sino que jamás camina; pero si no anda vuela, ¡más que volar! en las tinieblas. Así son algunos escritores de artículos políticos; no andan en el camino de la investigación filosófica, porque no lo conocen; mas como es necesario escribir sobre algo para hacer ruido y crearse un nombre, echan á volar por los extremos de las exageraciones y á cruzar las sombras de las utopías más descabelladas.

El murciélagos es omnívoro. Después de chupar sangre, hace sobremesa con fruta. Es *todero* como ciertos hombres que viven de destinos y á quienes se ve siempre con sueldo: hoy están en una oficina, y mañana estarán en otra distinta y aún opuesta.

De este modo jamás aprenden cosa alguna; pero cobran sueldo, que es lo que importa. Estos

han sostenido, sostienen y sostendrán á todos los Gobiernos y á todos los partidos. La idea buena es la que está en moda, áun cuando no la comprendan: hoy la encomian hasta los cielos sin perjuicio de llenarla de contumelia al primer ceño, á la primera seña oficial. Y es regular, porque ellos se llaman siempre á sí propios «los más firmes y leales apoyos del Gobierno.»

Pero comienzo á divagar, que es mi manía. Y como quiero que no me traten de maniático por la milésima vez, suspendo este artículo, si acaso lo comencé, que de ello no estoy seguro.

CAMILO A. ECHEVARRI.

Medellin.

LA MADRE DE CECILIO ACOSTA.

En ráfagas de tristeza cruza los mares una noticia, que trae luto á mi corazón:—la madre de CECILIO ACOSTA ha muerto...

Alguna vez le he presentado á mis compatriotas: es un hombre de corte antiguo, una especie de Caton, dotado de un inmenso talento, de una imaginación esmaltada, especie de cielo de eterna luz en que las ideas parecen estrellas que flotan á manera de auroras, que se renuevan cada mañana.

Cecilio Acosta no es solo uno de los primeros y más galanos escritores de América: es filósofo profundo, que estudia los acontecimientos al resplandor brillante de una conciencia recta.

Observador sereno, no vive con el día: se adelanta á una época, á un suceso ó acontecimiento, para gozarse despues en la satisfacción de juzgarlos con el peso de opiniones que ya estaban *maduradas*.

¿En qué género descuella como escritor? No me sería fácil decirlo.

Es todo á la vez; literato, poeta, polemista, historiador y político, y más que esto, tierno, sensible, lleno de pasión y de encanto para escribir.

Cuando leo á Lamartine,—decía Alfredo de Musset,—me rejuvenezco, me siento transportado á otro mundo.

Algo semejante sucede cuando se lee al gran escritor venezolano: hay en su estilo miel, en sus palabras, perfume, y en su manera de decir, ese atractivo misterioso, que como las armonías del arpa célica, cautiva y embelesa.

Le conocí en Caracas, y le admiré y le quise.

Un día me ofreció su hogar.

Antes de llegar á él, sabía ya que le embellecía y encantaba un sér amado, objeto de su culto, vieja encina que vivía de su aliento, rocío que le refrescaba sin cesar, ángel delicado que le cubría bajo sus alas de luz, amparándolo al acercarse á la tumba, como le había velado al mecerlo en la cuna.

¡Era su madre!

¡Pero que madre aquella!

Cecilio no conocía más pasión, ni más amor, ni más religión.

Vivía para ella, y de ella vivía.

La miraba, y quedaba estasiado.

Oía el eco de su voz amada, y las cuerdas de su sensibilidad se estremecían.

Yo comprendía aquel culto, aquel amor, aquella veneración, porque la tengo por mi madre, mensajera de Dios enviada á la tierra para brindar consuelos, enjugar lágrimas, y ser la *Reina mirada* de las fiestas apacibles del hogar.

Entré en la casa.

Era el espléndido templo de la humildad.

En una pequeña sala casi desnuda, apenas había una que otra pobre silla.

¿Y la biblioteca, del que tenía un mundo de libros en la cabeza?

No existía.

Un momento despues apareció la madre.

Al presentarme aquella noble anciana, la fisonomía de Cecilio se iluminó: brisas de contento, de felicidad y dicha, empaparon su despejada frente.

¡Es tan legítimo el orgullo de poder presentar á la que nos ha calentado en su regazo!

La señora tuvo una atención por demás delicada.

Me acompañaba una niña de tierna edad, dulce, encantadora, que amo como si fuese la hija de mis amores, y llevase mi sangre, y que ha endulzado y endulza muchas horas de mi vida.

Tomó una cruz y se la colgó al cuello.

No recuerdo lo que la dijo; pero las palabras de la venerable anciana arrancaron lágrimas á mis ojos, y un hondo suspiro á su hijo.

Aquel cuadro, que tuvo por marco la más humilde y pobre de las habitaciones, quedó para siempre grabado en mi memoria, y más de una vez, en el seno de los míos, le he recordado con afecto y ternura.

Poco traté á la madre de Cecilio Acosta; pero me pareció una señora de clara y brillante inteligencia, sano criterio, virtudes de aquellas que, en medio de las tempestades de la vida, son ejemplo, estímulo y fuente de agua cristalina, en que se puede templar la sed de muchas pasiones.

Si la madre de los Gracos decía que sus hijos eran sus joyas, la del gran escritor venezolano le consideraba como su todo, vida, luz, consuelo,

amparo, dicha, alegría de su ancianidad, guardian celoso de sus últimos días.

Pero ¡ay!

El árbol viejo tenía que caer.

Aquella existencia, mil veces preciosa para el hijo ejemplar, tenía que apagarse al fin, y la muerte acaba de remontar al cielo á la que fué madre de CECILIO ACOSTA.

Bendito sea mi Dios, que no me ha sometido todavía al imperio sombrío de este dolor supremo; pero debe ser para el alma grande, el más cruel de todos los dolores que abaten y enlutan el espíritu.

¡Perder una madre, cuando se la respeta, se la ama y venera!

¡Pobre Cecilio Acosta!

Comprendo su amarga pena, y la comparto con la más esquisita sensibilidad.

Si en estas tristezas del alma cabe algun consuelo, mi noble amigo lo habrá tenido, y grande, al ver que sus lágrimas no fueron las solas que cayeron sobre la tumba querida; que sus amigos y admiradores esparciendo sobre ella flores, habrán compartido su dolor acerbo, mezclando su llanto y preces á las suyas, como piadoso homenaje debido á la apreciable dama que acaba de entrar en la vida de la inmortalidad.

¿Me cree su amigo?

Entonces, si yo comprendo su dolor, que Cecilio Acosta adivine *todo cuanto* habría querido expresar, en estas palabras, que llegarán á su enlutado hogar, como el eco sincero de la más santa y pura de las amistades.

Y para ELLA, paz en las alturas, al arrullo del canto divino de los ángeles!

HÉCTOR F. VARELA.

SECUESTRO

DE LOS SEÑORES D. JUAN BONELL Y SU SOBRINO D. JUAN ANTONIO, SÚBDITOS INGLESES.

—¿Y qué harías tú, padre cura? preguntó D. Antonio, que así llamaban ellos al jefe, el cual era un hombre como de cuarenta años, de regular estatura, color claro, cabellos rubios y mirada de águila.

—Yo, repuso el interpelado, no andaría contemplando gaitas.

—¿Y quién anda aquí con esas contemplaciones? replicó vivamente el jefe. ¿Querías que los hubiésemos fusilado en el camino?

—Me parece que no habría sido ningun disparate, cuando creo que al fin y al cabo será menester cortarles la cabeza.

—¿Y qué habríamos conseguido con eso? dijo el más anciano. A estas horas no tendríamos esperanzas de hacer todavía un buen negocio, pues á la postre se vendrán á buenas, porque la vida es amable.

—Pues ya viste que esta mañana ellos estaban muy conformes en entregar la pelleja ántes que el dinero, insistió el cejudo.

—¡Si tenían prisa por *merar los indios!* exclamó el más joven.

—Caballeros, dijo don Antonio; apénas hemos dado el golpe, no hacemos más que llegar aquí, no perdemos ni un minuto en tratar la cuestion, que ni siquiera debimos mentarla en el camino, y ya tenemos al padre cura que me quiere reconvenir, porque dice que estoy contemplando gaitas. ¿Qué contemplaciones se han tenido? ¿Qué tiempo se ha malgastado?

—Yo no he dicho que hasta ahora se haya perdido tiempo, sino que por mi parte, no andaría contemplando gaitas, como es posible que tú pienses hacerlo; y si lo piensas, desde ahora te digo que harás muy mal, respondió el cejijunto.

—Si lo dices por lo que ocurrió esta mañana, replicó el jefe, vás muy fuera de camino, porque cuando ellos salieron con aquella pata de gallo de que cuanto antes les quitásemos la vida, ¿qué había yo de hacer más que lo que hice? No tuve más remedio que mandar ponernos en marcha al instante, aplazando el negocio para ocasion más oportuna.

—Pues á mí me puso de muy mal humor la salida de los ingleses; pero todavía me enojó más tu indulgencia.

—Mi resolución fué la más prudente en aquel caso.

—No lo creo yo así, porque con tu conducta, quizás los has animado á que persistan en su negativa de gestionar su rescate; pues habiendo visto que esta mañana los salvó su decision, y convencidos de que nosotros queremos más bien su dinero que su vida, es muy posible que ahora respondan siempre lo mismo, confiados en que no nos atreveremos á cortarles la cabeza, ó meterles cuatro balas en el cuerpo.

—¿Y qué hubieras tú hecho? preguntó el más anciano.

—Yo les hubiera dado el gran susto del siglo, mandando venderles los ojos, que se incasen de rodillas y disparándoles una descarga por encima de las cabezas; descarga que tal vez no hubiera sido necesaria, porque viendo que la cosa iba formal, ántes que se hubiese llegado al último extremo, ya hubiera pedido alfaia con muchas fatigas.

Aquellas palabras resonaron siniestramente en los oídos de los ingleses, que redoblaron su atención, á fin de no perder ni una sola sílaba de aquel diálogo, para ellos tan importante.

El más joven de la cuadrilla, que por cierto llamábanle Bartolo, y era un hombre como de treinta años, bajo de estatura, moreno de color, con bigote y cabello negro, respondió:

—Pues me parece que no se hubiera conseguido nada de provecho. ¿No viste con qué frescura deseaban acabar de una vez? Estos ingleses son muy extravagantes y atestados, y se dejan matar por cualquiera manía que se les mete en la cabeza.

—Todo eso no es más que pura palabrería, respondió amostazado el cejijunto padre cura. Los hombres de todos los países opinan y sienten lo mismo poco más ó menos, res-

pecto á perder la vida, que es el primero de los bienes, y hasta el instinto natural obliga á evitar la muerte por todos los medios posibles, no sólo á los hombres, sino también á los animales.

—Eso no tiene vuelta de hoja, respondió el jefe.

—La vida es amable lo mismo para los ingleses que para los turcos, prosiguió el cejijunto, y por lo tanto, es segurísimo que si esta mañana te hubieras mantenido firme, ya hubieran ellos amainado.

—¿Y si hubieran persistido?

—Entonces... Entonces... Mira, Antonio, una vez puestos en el borrico, á mí no me ganan los ingleses á testarudos; quiero decir que si ellos se aferran en despreciar nuestras amenazas, yo me aferraré en levantarles la tapa de los sesos.

—Pues estamos del mismo parecer: toda la diferencia consiste en que tú los hubieras fusilado esta mañana, y yo no creí conveniente hacerlo tan de sopetón. Ahora ya hemos hablado despacio sobre el asunto, y verás qué pronto salimos del paso, porque yo tampoco quiero que esos señores ingleses lleguen á imaginarse que nuestras amenazas son juego de niños.

—Me alegró mucho de que pienses así, respondió el padre cura.

—Pero ántes conviene fijarla cantidad que hemos de exigirles de una manera terminante y sin admitir rebaja ni modificación alguna. Ya sabéis que les pedí treinta mil duros, en conformidad con lo que entre nosotros se había hablado. ¿Os parece que se les pida la misma cantidad, ó que rebajemos algo? Es necesario decirlo de una vez, sin andar luego con alteraciones, y teniendo en cuenta que debemos hacer muchas partes.

Entonces los bandidos comenzaron á discutir minuciosamente las cantidades ó porciones en que había de repartirse el importe del rescate, para satisfacer á sus diversos cómplices, algunos de los cuales no se hallaban presentes.

Despues de haber hecho sus repugnantes y odiosos cálculos, resolvieron de comun acuerdo el exigir á los ingleses ventisiete mil duros por su rescate, ó que de lo contrario, caso de no satisfacer aquella cantidad, serian inmediatamente *descabezados*.

Terminada la horrible conferencia, los bandidos retiráronse á dormir tranquilamente, mientras que el sueño huía de los ojos de los infelices prisioneros, los cuales en voz muy baja, cambiaron las palabras siguientes:

—¿Has oído?

—Todo.

—¿Qué te parece?

—Que la cosa va de veras.

—Es preciso acabar de una vez.

—Sí; morir es lo más pronto y barato.

—No es esa mi intención.

—Pues, ¿qué pensais hacer?

—Mañana te lo diré más despacio.

—Como gustéis.

—Procura dormir, no sea que nos oigan. ¡Buenas noches!

—¡A Dios!

Y tío y sobrino se recogieron en sus lechos, aguardando impacientes la venida del nuevo día, en el cual, segun todas las señales, debía decidirse irrevocablemente su suerte.

CAPITULO IV.

UNA VELA Á SAN MIGUEL Y OTRA AL DIABLO.

Al día siguiente por la mañana, el más anciano de los bandidos les sirvió á los secuestrados el desayuno, que consistió en chocolate con pan blanco.

El tío y el sobrino cambiaron una mirada de inteligencia, esperando que muy en breve habían de comunicarse el definitivo y solemne acuerdo adoptado en la noche anterior por los bandidos.

Pero pasó el tiempo y nadie les dijo nada del rescate, lo cual no dejó de sorprender mucho á los prisioneros.

El anciano bandido se les había manifestado muy propicio y obsequioso desde el principio, por cuya razon recurrían á él siempre que necesitaban alguna cosa, para que se la proporciónase.

No sería muy fácil averiguar y decidir si aquella benevolencia del bandido provenía exclusivamente de su ánimo y buena índole, ó si era una pífida manifestación, ordenada por el jefe, á fin de inspirar confianza á los secuestrados y sorprender por este medio sus propósitos é intenciones.

De cualquier modo, es lo cierto, que los ingleses miraban al anciano con marcada predilección, hablándole con afecto y pidiéndole cuanto les hacia falta y él podía suministrarles, con arreglo á las respectivas circunstancias en que se encontraban.

Aquel día, el citado bandido les proporcionó un colchon más, una buena manta de caballo y suficiente provision de cigarros.

Los secuestrados, con este motivo, departían largamente con el bandido, esperando que tal vez éste les haría alguna revelación relativa á las intenciones que respecto á ellos abrigaban sus compañeros.

Con este propósito, y á fin de hacerle hablar, los secuestrados le preguntaron con aire indiferente por el capitán; pero el bandido, con la mayor naturalidad, les respondió que estaba ocupado; mas que lo llamaría si por acaso ellos tenían algo que manifestarle.

Los ingleses apresuráronse á responder que nada tenían que decirle, y que su pregunta no tenía más objeto que saber del jefe bajo cuyo dominio se hallaban en aquella solitaria vivienda.

El anciano salió, cerrando la puerta con llave.

Cuando se hubieron quedado solos, el tío y el sobrino entablaron con recatada voz el diálogo que sigue:

—¿Habrán tenido que ausentarse de aquí los bandidos? preguntó el joven Bonell.

—No lo creo.

—Se me ha ocurrido esta idea, porque no los he oído hablar, por más cuidado que he puesto.

—Estarán muy distantes de aquí.

—Es posible; pero no se me aparta del pensamiento el que podía suceder muy bien que los vengamos persiguiendo por orden de las autoridades, y que se hayan visto en la precisión de escaparse.

Al oír tal ocurrencia, el tío quedóse mirando á su sobrino con una expresión indescriptible.

Aquella idea que al principio le había parecido extraordinariamente absurda, comenzó á presentársele como la más natural, verosímil y realizable.

—Tal vez tengas razón! murmuró al fin, bajo ese irresistible influjo que para todo preso encierra la idea ó la esperanza de su evasión probable, por más infundada que parezca.

Pero aquel pensamiento consolador cruzó por su mente con la misma velocidad que un relámpago cruza el espacio en medio de una oscura noche, brilla espléndido un instante, y luego desaparece, aumentando más y más el horror de las tinieblas.

—No! exclamó en seguida. No es fácil que las autoridades españolas persigan á estos bandidos por tan extraviados parajes. ¿Quién ha podido darles cuenta de su atentado, ni menos informarlas de la ruta que han seguido los malhechores?

—Pues yo no encuentro eso tan imposible.

—Las autoridades españolas tampoco se distinguen por su afición á perseguir sin tregua ni descanso á los criminales.

—Teneis razón; pero debéis considerar que en el atentado cometido contra nosotros, militan circunstancias particulares, que pueden haber influido muy eficazmente en las disposiciones y actividad de las autoridades españolas.

—No puedo hacerme la ilusión de que hayan salido de su habitual indiferencia en obsequio nuestro.

—Desde luego admito que por nuestra linda cara no habían de tomarse ese trabajo; pero también es muy posible que el gobernador de Gibraltar haya comunicado nuestra desaparición á las autoridades españolas, y que éstas hayan averiguado lo que ocurrió en el cortijo de Savá, por medio de las diferentes personas que allí quedaron detenidas, y de todo esto puede haber resultado la activa persecución de estos bandidos. ¿Qué decís de mis suposiciones?

—Digo que son tan acertadas, que pudieran muy bien hallarse conformes con la realidad más satisfactoria para nosotros; pero aunque toda esta serie de hechos fuese completamente cierta ó incontestable, todavía tengo una razón decisiva para creer que los bandidos no se han ausentado de aquí por ese motivo, y aún me atrevo á asegurarte que permanecen en esta morada.

—Si admitís el racional fundamento de mis suposiciones, tampoco debéis rechazar la posibilidad de que los malhechores hayan sabido por sus espías la persecución de que son objeto.

—Querido sobrino, de que sean muy fundadas tus conjeturas, respecto á las reclamaciones del Gobernador de Gibraltar á las autoridades de este país, y de que éstas hayan dispuesto la más incansable persecución contra nuestros secuestradores, no se sigue necesariamente que éstos lo sepan, ni que se hayan ausentado de aquí por ese motivo.

—Es verdad; pero la circunstancia de no haberlos visto ni oído, me ha llevado naturalmente á todas estas conjeturas y cavilaciones.

—Y acaso acertas, en lo que se refiere á Gibraltar y á las reclamaciones producidas por la autoridad inglesa; mas en cuanto á que se hayan ido de aquí nuestros secuestradores, te engañas de medio á medio.

—¿Y en qué os fundáis para creerlo así?

—Ya te he dicho que tengo una razón decisiva para participar de esta opinión, y es la respuesta que del modo más natural del mundo nos dió el anciano que nos asiste.

—No recuerdo.

—Debías no haber olvidado que cuando le preguntamos en dónde estaba el capitán, nos respondió que se hallaba ocupado, y que si queríamos, que lo llamáramos. Ahora bien; él no sabía ni podía saber si nosotros íbamos á responderle que lo llamáramos, por cuya razón debemos creer que es de todo punto cierto que el jefe se encuentra aquí; pues de lo contrario, no hubiese contestado en los términos que lo hizo.

—Verdaderamente esa es una razón de mucho peso; pues que el anciano bandido se habría visto en grande apuro, si nosotros le hubiésemos contestado que deseábamos hablarle al jefe.

—Tan es así, que no habría tenido más remedio que llamarle, ó descubrirnos que estaba ausente.

—En fin, allá veremos; pero á propósito, ¿qué era lo que anoche me dijisteis que hoy me contaríais más despacio?

—Cuando yo te manifesté que era necesario concluir de una vez con esta gente, después de lo que habíamos oído en el aposento contiguo, tú entendiste, á juzgar por tu respuesta, que yo estaba resuelto á dejar que nos degollasen primero que sucumbir á entregar nuestro rescate.

—Así es la verdad.

—Pues bien, yo te respondí que no era ésta mi resolución, porque, en efecto, me parece una tenacidad injustificable la de rechazar todo género de avenencia con esta mala gente, que será muy capaz de quitarnos la vida, como quien se bebe un vaso de agua, cuando todo puede evitarse con pagar veintisiete mil duros. ¿No valen infinitamente más nuestras vidas que la tal suma?

—Eso depende del cristal con que la cuestión se mire.

—No te comprendo.

—Pues me parece que la cosa es muy fácil de comprender.

—Veamos.

—Bajo el punto de vista de nuestra tenacidad y desden, que tanto les impresionó á esta gente, casi me parece preferible dejarnos matar primero que darles un céntimo; pero si consideramos que el ostentarse tan altivos en lucha con estos tunantes, sería concederles demasiada importancia, tratándolos como á iguales, y que no merecen la pena de que despleguemos contra ellos toda la energía de nuestro carácter;

en ese caso, no digo más ni discuto un momento; pues lo mejor sería arrojarles el precio de nuestro rescate, y volvernos á casa.

—Tú lo has dicho, querido sobrino; entablar una lucha elevada y propia de grandes caracteres, debe dejarse para los altos intereses de la vida, en contraposición con personas merecedoras de nuestra estimación y respeto; pero jugar nuestro amor propio, nuestro decoro, nuestra dignidad y hasta nuestra existencia en una lucha brutal contra estos malvados, me parece una empresa deshonrosa y un combate desigual y aún estúpido. He meditado seriamente sobre el asunto, y creo que en nuestra situación, nuestro principal deber consiste en salvar la vida.

—Yo entiendo, y lo siento en el alma, que habeis adoptado semejante resolución, no tanto porque tal sea vuestro parecer, cuanto por evitar que yo sufra las consecuencias de la crueldad implacable de los bandidos; pero debo advertir que yo estoy dispuesto á cualquier hora á jugar mi vida.

—Eso no es justo, ni moral, ni bueno. El hombre debe poner todos los medios que se encuentren en su mano y á su alcance para conservar su vida. Si después de hacer todo lo posible para salvarnos, Dios permite que nos sacrifiquen esos malvados, cúmplase la voluntad divina; pero nosotros habremos cumplido con nuestro deber más sagrado é imperioso. ¡Estoy, pues, resuelto á pagar nuestro rescate!

Después del precedente diálogo, los ingleses durmieron un rato la siesta, y llegada la hora de la comida, presentóse el anciano en la estancia para servirla, y consistió en un cocido muy sustancioso, con buena carne y tocino, y además gazpacho, que los prisioneros comían con mucho gusto.

No bien se hubo terminado la comida, entró el jefe, quien después de saludar cortesmente á los extranjeros, les dijo:

—Vengo á comunicarles que mis compañeros y yo hemos resuelto, que si quereis salvar la vida, entreguéis veintisiete mil duros por vuestro rescate.

El tío y sobrino cambiaron una mirada, que hubiera podido traducirse por estas palabras:

—«¡Ya pareció aquello!»

—De esta cantidad, continuó el jefe, estamos resueltos á no rebajar ni una peseta.

Los ingleses guardaron profundo silencio, esperando que el capitán de los bandidos prosiguiese su alocución; pero éste se detuvo, después de las frases expresadas, como quien aguarda una respuesta.

Al fin, Bonell mayor respondió con la siguiente pregunta:

—¿Y si no tenemos esa cantidad?

—Os cortaremos la cabeza sin remedio.

—¿Y qué delito es no tener veintisiete mil duros?

—Morireis sin delito.

—Pero eso es horriblemente injusto.

—Dejémonos de líos y de contestaciones. Lo dicho, dicho.

Luego es necesario buscar una cantidad que no tenemos, y que nos será muy difícil reunir, terció el sobrino.

—Es necesario buscarla y reunirla á todo trance, replicó el jefe, si no quereis morir, sin que haya remedio humano.

—¿Y qué culpa tenemos nosotros, dijo el tío, por no tener la cantidad que exigís?

—Tampoco nosotros tenemos la culpa.

—Pero si la tendreis si nos dais muerte.

—¿Qué quereis? ¡Ese es el sino de las criaturas!

Aquella fórmula tan fría mente fatalista hubiera estrechado á los secuestrados como una irrevocable sentencia de muerte, si ya de antemano, según el lector sabe, no estuviesen resueltos á pagar el precio de su rescate.

Esta fué la causa de que semejante contestación, en vez de atarrearles, produjese en ellos una burlona sonrisa, que desconcertó en algun modo al jefe de los bandidos, el cual se imaginó que los ingleses persistían, como anteriormente, en desafiar su furor y sus amenazas, prefiriendo la muerte á satisfacer la suma exigida.

El capitán, como respondiendo á esta intención de los secuestrados, añadió:

—Pues no hay que engañarse, porque no teneis más remedio que pagar ó morir.

—Pero nos dejareis tiempo para que escribamos á nuestra familia en Gibraltar, repuso el tío.

—Sin duda; mas si os negais á pagar vuestro rescate, esta misma noche estareis en la eternidad. Así lo hemos resuelto, y así lo haremos, aunque se hunda el mundo.

Por las precedentes palabras, proferidas con un acento de resolución, más fácil de comprender que de explicar, conocieron los ingleses que había llegado el caso de proceder sin ambages, dudas ni vacilaciones.

Así, pues, el tío se apresuró á decir:

—Yo no respondo de reunir en seguida la suma que reclamais, porque ya podeis conocer que no se juntan veintisiete mil duros así como quiera; pero prometo escribir, gestionar y hacer todo cuanto esté de mi mano para conseguirlo.

—Reconozco que tiene usted mucha razón en lo que dice, y basta su promesa para que aguardemos todo el tiempo que razonablemente sea necesario; mas por el pronto, conviene también que á la mayor brevedad les mande mil duros para atender á los gastos de su manutención; pues de lo contrario, ustedes mismos lo lastarán, á costa de su cuerpo.

—Me parece muy bien, respondió el tío.

—Eso es muy natural, añadió el sobrino, y os encargo que traigan buena carne, buen café, un poquito de rom y cigarros en abundancia.

—En habiendo monises, nada de eso faltará, caballeros.

—¡Bueno! ¡Bueno! exclamaron á la par el tío y el sobrino con un acento de satisfacción indecible.

—Ahora, dijo el jefe, lo que importa es que escribais cuanto antes, porque esta noche habrá buena proporción para que lleven la carta al correo.

—Con mucho gusto, respondieron los secuestrados.

El jefe salió en seguida, dejándolos bajo la vigilancia del anciano bandido, el cual retiróse á una seña que le hizo el capitán, cuando regresó provisto de tintero, papel y plumas.

El sobrino se puso á escribir, con sujeción á las indica-

ciones del llamado don Antonio, y terminada la carta, leyó-sela en castellano al jefe, el cual le exigió que con grande fidelidad la tradujese y copiase.

Hízolo así el joven Bonell, entregándole epístola y copia, la una para remitirla al correo, y la otra para que el jefe la guardase, conforme á su exigencia.

En la consabida carta manifestaban los señores Bonell á su familia que se hallaban muy bien de salud, pero muy mal bajo otros aspectos, anunciando el gran peligro en que se veían y ordenando que sin dilación les enviasen mil duros, así como también cierto documento para reunir la cantidad reclamada por su rescate.

Tanto el dinero como el documento susodicho, debía traerse á Cádiz por una persona que fuese á hospedarse en la posada del Mono; en donde se le había de presentar el sugeto autorizado para recibir ambas cosas.

El jefe de los bandidos se despidió de los ingleses muy satisfecho de haber logrado sus deseos, y salió inmediatamente de la estancia, sin duda para comunicar á sus compañeros el buen éxito de sus intimaciones á los cautivos.

Pocos momentos después, presentóse en el aposento uno de los bandidos con unas cuantas velas, que encendió y puso delante de las estampas, de que ya he hablado.

Los ingleses experimentaron la más viva curiosidad por saber la causa de aquella singular iluminación, de suerte, que el señor Bonell mayor no pudo contenerse en preguntarle:

—¿Con qué objeto enciende usted esas velas?

—Para que ardan en honra de los santos, respondió el interpelado.

—¡Ah! exclamó el sobrino. ¡La honra de los santos consiste en las luces!

—Pues ¿en qué quiere usted que consista?

—Yo pensaba que consistía en las buenas obras.

—De todo tiene la viña.

—Pero ¿qué ha ocurrido para motivar tanto alumbrado? preguntó el tío.

—Es para que Dios y los santos nos saquen con bien de la empresa que traemos entre manos, respondió el bandido, retirándose y cerrando la puerta con llave.

Aquella respuesta, no obstante el estado de aflictiva preocupación en que se hallaban los ingleses, produjo en ellos extraordinaria hilaridad, prorumpiendo ambos en una estrepitosa carcajada.

—¿Qué devoción tan peregrina! exclamaba riendo sin cesar el sobrino.

—Así entienden muchas gentes la moral y la religión! exclamó el tío con súbita gravedad.

—¡Esto es lo que se llama poner una vela al arcángel y otra al diablo!

Y el sobrino continuaba riéndose á más no poder, y encontrando muy chistosa y previsora esa bendita y admirable devoción, que no tiene inconveniente en robar con un mano, y en pasar con la otra las cuentas del rosario.

CAPÍTULO V.

TRABAJO FINO.

Tan luego como la familia de los señores Bonell recibió su carta, apresuróse á poner por obra todo cuanto en ella se le prevenía.

En efecto, sin dilación alguna presentóse en Cádiz y en la citada fonda del Mono un sugeto encargado por la familia Bonell, que llevaba los mil duros y el documento pedido, con la consigna de entregarlos á cierta persona, que se le había de presentar allí, autorizada para ello.

Sucedió, pues, que el tal encargado estuvo tres días en la mencionada fonda, sin que nadie se le presentase á recoger el dinero ni el documento, por cuya razón volvióse inmediatamente á Gibraltar para referirle á la familia lo acaecido.

Pero los secuestradores no dejaron de saber que estuvo en la fonda el sugeto enviado por la familia de los cautivos con el fin propuesto, y por su conducta discreta y reservada, conocieron aquéllos que los señores Bonell y su familia procedían de buena fé en el negocio del rescate.

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará.)

VENEZUELA.

El gran partido liberal de Colombia es ya un hecho. Las diferentes fracciones que lo componían acaban de unirse, haciendo cada una de ellas el sacrificio que en bien común de la libertad y del progreso les han impuesto los hombres á cuyos esfuerzos débese la creación de ese gran partido político, que de hoy más se llamará de la Union liberal.

A despecho del partido conservador, el país en general ha recibido con entusiasmo la noticia de esta fusión.

Los periódicos conservadores tratan de hacer aparecer el nuevo partido como una amenaza para el Gobierno de Núñez, sin pensar que, por el contrario, ahora más que nunca contará este Gobierno con una mayoría verdaderamente importante y compacta, sin desavenencias ni mar de fondo que más de una vez han redundado antes de hoy en perjuicio del Gabinete.

El Gobierno de Venezuela dá atención preferente á los intereses materiales del país, y el ministro de Fomento acaba de conceder una subvención de 20.000 duros á la compañía que tiene á su cargo la construcción de un camino entre Cumarebo y Barquisimeto.

A Coro habían llegado el 22 de Junio último los generales Gil é Ibarra, presidente y secretario general de aquel Estado.

El pueblo les hizo una entusiasta acogida, y aquellas autoridades se mostraron muy satisfechas del estado político y material en que se halla aquella población, que, como otras muchas de Venezuela, estaban visitando para estudiar prácticamente sus necesidades y atender á ellas.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—es agences ont la regie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

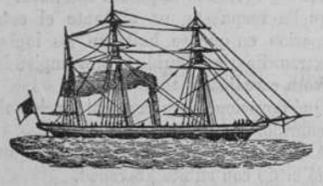
Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba — Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa —Bouquet Maria Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

BISMUTO ALBUMINOSO DE BOILLE
sunamente agradable al paladar, mas activo y menos irritante que el Bismuto ordinario.
Se emplea contra las Afecciones del estómago y de los Intestinos (Vomitos, Diarrea).
Exijase la firma
Farm^o 22, calle de la Bruyère, *E. Boille*
PARIS

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.^o
MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.
NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1881.
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.
Salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para **SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,** con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.
Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.
Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS
De Bromuro de Alcanfor
del Doctor CLIN
Laurado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazon y de las Vías respiratorias y en los casos siguientes: Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histérico, Convulsiones, Vertigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vías urinarias, y para calmar las excitaciones de todas clases.
Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantia en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C^o y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS
Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Gluten, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Hemorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos genito-urinarios.
DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.
Acompaña á cada frasco una instruccion detallada.
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C^o y la Medalla del PREMIO MONTYON.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE
DE
Hierro del Dr Rabuteau
Laurado del Instituto de Francia.
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginos en los casos de Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Estenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños, y las enfermedades causadas por el Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre á consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.
ACOMPaña A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigirse como garantia la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C^o y la Medalla del PREMIO MONTYON.
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

TRADICIONES DE TOLEDO
POR
EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.
Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y escelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.
Los Sres. Montoya y Compañía, —Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BANCO DE ESPAÑA.
Los interesados que tengan en depósito en este Establecimiento los valores que á continuacion se detallarán, pueden presentarse en las oficinas del mismo desde el dia de mañana á percibir los intereses correspondientes al primer semestre de este año.
Resguardos al portador de la Caja general de Depósitos.
Inscripciones de la Deuda municipal de Sisas.
Bonos de la Compañía del ferrocarril de Ciudad-Real á Badajoz.
Madrid 15 de Julio de 1881.—El secretario, *Manuel Ciudad.*

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.
Préstamos al 5 por 100 de interés en cédulas.
Préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.
Deseoso este Banco de promover y facilitar los préstamos en beneficio de los propietarios, ha acordado hacer á quienes lo soliciten préstamos en cédulas al 5 por 100 de interés desde el 1.º de Febrero próximo pasado. El Banco comprará las cédulas.
Al mismo tiempo continúa haciendo préstamos al 5 y medio por 100 en metálico.
Las condiciones comunes á unos y otros son las siguientes:
Este Banco hace los préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.
Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.
La cantidad destinada á la amortizacion varía segun la duracion del préstamo.

ADVERTENCIA IMPORTANTE
El prestatario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad, si hay términos hábiles.—En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.
Aduite tambien el Banco Hipotecario valores en custodia é imposiciones en cuenta corriente con interés.

PRÉSTAMOS Á CORTO PLAZO SOBRE FINCAS URBANAS EN MADRID.
Además de sus acostumbradas operaciones, el Banco Hipotecario hace préstamos en metálico á corto plazo desde uno á cuatro años, sobre casas en esta Corte, bajo condiciones especiales y ventajosas que estarán de manifiesto en dicho Establecimiento.

OBRAS NUEVAS.
UN VIAJE A PARIS POR EMILIO CASTELAR, seguido de un guía descriptivo de Paris y sus cercanías, por L. Taboada.
Si Paris no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.
Parecíamos que completaria el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de Paris y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de Paris y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.
Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

GOTTSCHALCK, POR LUIS RICARDO FORS, miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnífico retrato del celebrado pianista y una vista de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva-York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafa é inédita, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminente artista, con quien vivió lar-

go tiempo en Sur-América: á esta biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció íntimamente á GOTTSCHALCK, facilita la publicacion de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico, cuya existencia fué una serie no interrumpida de accidentes á cual más dramáticos é interesantes.
Puede asegurarse que el libro del Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norte-americano y los entusiastas admiradores de su potente genio y vastísimo talento. Reales. 30.
Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMÉRICA
—
Año XXII
Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.
Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.
LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.
Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamáica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.
Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.
En el Extranjero 40 francos.
En Ultramar, 12 pesos fuertes.
Precio de los anuncios, 4 reales línea.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.
Caños, 1.